CULPA, SUERTE Y MUERTE
LAS TRES CARAS DE LA MONEDA

1,2,3 ESCONDITE INGLÉS



ANA MASAGO

1,2,3,
ESCONDITE INGLÉS

ANA
MASAGO
1,2,3,
ESCONDITE INGLÉS

Título: 1,2,3, escondite inglés

Primera edición: marzo 2026

© De la obra: Ana Masago 2026
Publicación independiente

Versión original en español
Diseño de cubierta: Ana Masago
Maquetación: Ana Masago
Corrección: Sandra García /M.G. Aranguren

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

Mi agradecimiento es para mí misma,
por ser más fuerte de lo que nunca creí,
por ser más valiente de lo que la gente pensaba
y por saber decir NO a actos que no tenían perdón.

ÍNDICE

Contenido

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56

EPÍLOGO
NOTAS DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

Tenía miedo.

Un miedo atroz.

Un miedo primigenio, ancestral, arraigado al instinto primario de supervivencia.

El tipo de miedo que te torturaba de niño, en tus peores pesadillas, donde una criatura te hacía gritar de terror hasta que te explotara la cabeza y se desprendiera del cuerpo como el tapón de una botella de champán. ¡Plas! Y *bye bye* a tus sesos salpicando el techo de la habitación.

Ese tipo de miedo paralizante, como un ente con vida propia.

A pesar del miedo siguió avanzando con lentitud. El hielo crujía bajo sus pasos cada vez con más intensidad a medida que se iba adentrando en lo más profundo del lago y la capa se hacía más delgada y quebradiza.

Una ráfaga de aire gélido la sacudió con virulencia, deslizándose varios centímetros. Se tambaleó como un bolo golpeado por la pelota que recupera el equilibrio en el último segundo y se queda firme.

Le lloraban los ojos y le costaba ver por dónde andaba, en más de una ocasión había interrumpido su camino por un tropiezo o una caída. Tenía las rodillas magulladas y una rozadura en la barbilla que sangraba.

Pasó la lengua por los labios, estaban tan resecos que notó las hendiduras de piel muerta, como el pellejo de los cadáveres. La garganta le ardía como si en su interior tuviera incrustados miles de cristalitos punzantes.

Pese al miedo, el dolor y el frío continuó su camino con un solo objetivo en la cabeza, seguir avanzando hasta que sus fuerzas se extinguieran.

Seguir avanzando para que su dolor se acabara para siempre.

Era una pequeña complicación para una gran recompensa.

Paso a paso siguió desplazándose hasta que sintió que sus gruesos calcetines de lana, ya bastante empapados por el hielo, notaran el agua. Tenía los pies entumecidos por el frío y la humedad, los dedos al borde de la congelación.

Sintió que ese era el lugar.

Después de eso ya no habría más dolor, ya no habría más miedo. Sonrió pensando en la frase de Neil Armstrong al pisar por primera vez la luna: «un pequeño paso para el hombre, un gran paso para la humanidad» y saltó sobre la fina película de hielo.

Cayó dentro del agujero del gélido lago, pero para su horror fue consciente de que no era lo bastante ancho y que se había quedado atascada sobre los codos.

Notaba cómo el pánico subía hasta su garganta y trepaba por ella incitándola a gritar y pedir ayuda. De nuevo ese miedo primigenio y molesto que la instaba a sobrevivir. Que quería que se izase sobre sus codos y se impulsara hacia arriba, que reptara sobre el hielo hasta que se pusiera fuera de peligro. A hacer lo que había aprendido hacía tantos años como patinadora de hielo profesional. Mantener la calma, pensar que todo iba a salir bien. Salir y permanecer horizontal, moverse lo más lentamente posible a causa de que el borde se había debilitado tras la caída. Seguir tumbada para distribuir el peso en una superficie mayor y evitar caer de nuevo al agua helada. Reptar hasta un lugar seguro con el hielo más grueso y buscar una manera de calentarse para evitar morir de una hipotermia.

Era muy difícil luchar contra la histeria y los instintos que le roían el cerebro, implacables, para que se pusiera a salvo.

Se consoló pensando que moriría en el medio que había amado, en otra vida, cuando era tan feliz que la dicha le oprimía el pecho. El hielo sobre el agua, patinar por la dura superficie como si volara. Y sentirse libre, ¡tan libre! Dar vueltas sobre su propio eje y

desplazarse a gran velocidad la hacían sentir poderosa y capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera. Qué ingenua era.

Su ingenuidad la había puesto en esa situación, con el agua al cuello, literalmente.

Era muy afortunada de no estar pasando por todo aquello sola y con esa idea en la mente todo era mucho más sencillo.

Levantó los brazos por encima de la cabeza sabiendo que la corriente la arrastraría lejos de su única salida y que ya no tendría ni la más mínima oportunidad de salvarse. Se dejó llevar cerrando los ojos y soltando un poco de aire de los pulmones para bajar al fondo. Ya no sentía tanto frío. Sabía que mientras que la superficie estaba a unos -20ºC aquella noche, en el fondo del lago el agua era más densa y permanecía a una temperatura constante de 4ºC.

La envolvió la negrura; perdió la visión de la luna a través del agujero que cada vez quedaba más lejos de su vista.

Ya no estaba tan convencida de que eso fuera lo mejor para ella, no estaba siendo para nada como lo habían imaginado. La oscuridad no le gustaba, no le gustaba nada.

No, ni por asomo. No estaba siendo nada fácil.

Durante algunos segundos, intentó gestionar la sensación de pánico que amenazaba con dominarla.

No, ni por asomo. No quería morir allí, no quería morir sola.

Quería vivir.

Siempre había sido una excelente nadadora, pero el enfriamiento de sus músculos le impedía hacerlo con efectividad, además la hipotermia le imposibilitaba razonar. Hacía años había leído que el agua fría estimulaba el reflejo de buceo de los mamíferos pudiendo prolongar la supervivencia en agua fría. Este reflejo de buceo disminuía los latidos y redirigía la circulación sanguínea desde las manos, los pies y el intestino hacia el corazón y el cerebro, lo cual ayudaba a preservar estos órganos vitales.

¡Oh, Dios! Rezó porque su cuerpo estuviera luchando por sobrevivir.

Intentó salvaguardar el poco aire que contenían sus pulmones para evitar la penetración del agua, pero al cabo de unos segundos

fue incapaz de evitar inhalar el líquido verdoso que la envolvía. Nadó con todas las fuerzas que pudo hacia delante y hacia arriba, pero la corriente era cada vez más fuerte dejándola sin fuerzas. Notó que su cuerpo sufría convulsiones asfícticas, donde el líquido continuaba penetrando de forma discontinua en las vías respiratorias.

También pensó que la muerte por ahogamiento no era dulce, nada dulce, y sintió un dolor atroz y un miedo mucho más profundo de lo que le habían explicado.

¿Por qué, por Dios, por qué se había deslizado por aquel miserable agujero? ¿Por qué le había hecho caso?

Rendida, realizó un par de inspiraciones profundas, precedidas de una pausa respiratoria preterminal.

Implacable, el agua llenó sus pulmones.

Su cuerpo inerte fue arrastrado por la corriente, como un barquito de papel en un día de lluvia.

CAPÍTULO 1

PACO - LA OFERTA



Decidió que si tenía que morir ese día le importaba una puta mierda. Total, los últimos años de su vida habían sido una basura. La crisis del tocho hundió su empresa cuando tenía cincuenta y nueve años. Mala edad para quedarse sin trabajo, pero siempre había sido una persona bastante optimista y creyó que era un bache que podría remontar.

Un supuesto chivatazo de un colega le hizo invertir todos sus ahorros en un fondo de supuesto bajo riesgo y altos beneficios.

—Pan comido, Paco. Nos vamos a montar en el dólar —aseguró el malnacido. Se acordaba bien de esas malditas palabras cuando confió en que doblaría su montante. Pero el muy cabrón se fugó con su dinero y nunca más se supo. Lo desplumó en un santiamén. Como a un pardillo.

«No es nada que no puedas superar, Paco», se dijo. Torres más altas han caído.

Pero la última estocada no la supo ver. Cuando creía que nada podía ir peor, pilló a su mujer en la cama con su mejor amigo, Luis.

—Quiero el divorcio, pichafloja —sentenció la condenada con su amigo aún dentro de ella—. ¡Y cierra la maldita puerta cuando te vayas! ¿Es que nadie te ha enseñado a llamar antes?

Paco se quedó petrificado ante la escena. No se molestaron ni en parar de follar delante de sus narices. En su cama de matrimonio.

Cerró la puerta tras de él. Avergonzado, ante su intromisión, como si la falta de respeto fuera suya.

Aquello lo dejó devastado y entró en una profunda depresión. No se podía imaginar que el pilar de su vida, su Carmela, a la que conocía desde los quince años, le hiciera semejante jugada.

—Paco, no dejarás a tus hijos en la calle, tú te vas.

Y claro. Siempre había sido un poco calzonazos. No pensaba contradecirla ahora. Él se iba.

Para más inri, el divorcio lo dejó en la más absoluta miseria. Su exmujer se quedó con sus hijos, su casa y con su dignidad. Él se quedó en una diminuta habitación en un piso compartido hasta que no tuvo dinero y lo echaron. Ya había empeñado su Rolex, su coche y unos cuantos litros de sangre. No le quedó más remedio que dormir en la calle, lejos de Madrid claro, aún le quedaba una mínima dignidad para evitar que sus hijos lo vieran en esa condición lamentable. Estuvo deambulando de aquí a allá hasta que se instaló en las calles de Barcelona.

Tras tres años de miseria, piojos, monedas rogadas y alguna que otra paliza, ya no le quedaba ni pizca de optimismo. Por él, el optimismo se lo podían meter por el culo.

Eran las dos de la madrugada. Paco estaba adormilado, tumbado sobre su banco cuando algo lo meneó, sacándolo de su duermevela.

—¡Despierta hombre! —dijo alguien zarandeándolo.

Paco se sobresaltó pensando que serían algún grupo de adolescentes que venían a increparle, no sería la primera vez que lo hacían. Por ello solía dormir siempre en un estado constante de semialerta que provocaba que no descansara del todo. Pero ya era julio y la mayoría de chavales estaban veraneando por ahí. Abrió los ojos y se incorporó de un salto.

—¡Qué! ¿Qué cojones pasa?

—¿Querrías jugar a un juego? —susurró un hombre con una voz de lija dotada de un ligero acento que no supo ubicar. Quizá fuera del norte.

—¿Cómo? ¿Qué demonios dices? ¿Por qué me has despertado? ¿No serás un rarito de esos con alguna proposición rarita? —Hipó Paco al desconocido que se había acercado a sus cartones tendidos en un banco apartado del parque del Mirador del

Poble-Sec. No estaba siendo una mala noche, hasta ese momento. Horas atrás había conseguido unas cuantas monedas a la salida del supermercado donde era habitual y había podido llenar la barriga con un refresco y salchichas ahumadas.

—Hace unos años me hicieron la misma pregunta y mírame. ¿Te parece que sea un hombre al que le gusten las bromas?

Paco no quiso opinar. La osadía siempre había sido un problema para él, pero, aunque se asomó a sus labios una respuesta cínica y mordaz, se mordió la lengua. Aquel tipo olía y vestía bien. Aquel traje sin duda costaba tres de los grandes. Los conocía perfectamente, era de los que él usaba hacía cuatro años.

—No. Creo que no lo eres —negó Paco intentando mantener la compostura y parecer espabilado.

Observó a aquel hombre de cara lobuna y mirada afilada. La sombra que proyectaba la farola le iluminaba parte del rostro, la otra mitad quedaba en penumbra. Paco sintió un escalofrío, en ocasiones, circulaban historias entre los vagabundos que poblaban las casuchas de hojalata y pestilencia. A veces desaparecían personas a las que nadie iba a echar de menos, decían que los cazaban los depredadores para jugar con sus vidas. Que eran como conejos en el bosque, pero que los despojos de la sociedad caminaban sobre dos patas.

También corrían leyendas urbanas donde los diseccionaban para robarles sus órganos, aunque Paco dudaba mucho que los suyos fueran aprovechables. Por lo menos el hígado, en los últimos años había pimplado de lo lindo. Por fin estaba decidido a dejar su adicción, por ello llevaba un par de días que no bebía.

—Te llamas Francisco Alcántara Antúnez —graznó—. Tienes sesenta y dos años y vives en la calle desde hace tres. Naciste en un pueblito de Badajoz. Tu mujer te desplumó y vive con tu exmejor amigo, Luis, al que tus hijos llaman papá.

A Paco lo que tenía en el estómago se le agrió haciendo que los efluvios treparan por su boca. Estuvo a punto de vomitar en los mocasines Prada del desconocido. Este reculó con cara de asco.

—No tiene ni pizca de gracia, ¿qué broma es esta?

—¿Sigues pensando que estoy de coña? Te lo voy a repetir por última vez. Paco, ¿quieres jugar?

—¿En qué consiste el juego? —respondió con hastío. No sabía por qué, pero comenzaba a odiar a ese tipo. Quizá porque se había permitido recordarle que había sido una persona que creía enterrada. Que quería borrar de su memoria. Todos esos años en la calle le habían hecho creer que ya no era más que una carcasa de piel y huesos. La gente pasaba por su lado sin verlo, como un fantasma. Como si ya no fuera un ser humano.

—Es muy sencillo. Debes tirar una moneda al aire. Si sale cruz pagas con tu vida. Si sale cara debes matarme. Si lo haces, si acabas con mi vida, te dejaré toda mi fortuna valorada en unos dos millones de euros.

—No puedes hablar en serio —le dijo Paco, disipada su modorra de un plumazo.

—No tengo miedo a morir, total, yo ya estoy desahuciado. Tengo un cáncer terminal de páncreas y me queda un mes de vida. Pero prefiero decidir yo el momento y el lugar. Debes matarme. Yo no soy capaz. Podrá parecer cosa del pasado, pero por mi religión no concibo acabar con mi propia vida.

Paco intentaba concentrar sus pensamientos en la voz de aquel hombre. No perdía de vista aquella moneda que giraba entre sus dedos de forma hipnótica. ¿Estaba dispuesto a morir por volver a una vida libre de penurias? Bueno, en realidad, la pregunta era: ¿Estaba dispuesto a morir por ser millonario y recuperar a sus hijos? Se dijo que sus opciones no eran muchas y que solo había una respuesta posible: jugaría. Rezando, confió en que, si aún existía algún Dios, estuviera velando por él.

—Si sale cara y vivo, ¿cómo sabré que cumplirás tu promesa?

—Hay un testamento a tu nombre que se te otorgará de aquí a un mes. Mi abogado tiene la orden de abrirlo si algo me pasara. Serás millonario, pero solo hay una condición: si sale cara y me matas tienes que estar dispuesto a seguir esta cadena. En un momento determinado, recibirás otra moneda como la que tengo en la mano, y deberás formular esta misma pregunta a un desconocido. Debe ser alguien al que la vida no haya sonreído. Pero te advierto,

Paco, creo que es un dinero maldito. Estoy convencido de ello. Creo que el cáncer es un castigo por jugar con la vida y la muerte. Con jugar a ser Dios.

—¿Cómo sabes que cumpliré mi promesa de seguir con el juego?

—Nos observan. Siempre nos observan. Si no sigues jugando, matarán a lo que más quieres, seguramente a uno de tus hijos.

—¿Y si muero antes de que llegue el siguiente?

—El juego nunca parará. Pasará al próximo.

—No entiendo el objetivo del juego.

—No tienes por qué entender nada, solo debes jugar. Preguntas demasiado y se me está acabando el tiempo y la paciencia.

Paco permaneció un rato en silencio, meditando su decisión final y si de verdad estaba dispuesto a seguir por aquel camino sin retorno.

La oferta de aquel cabrito no le pareció un mal trato.

Total.

¿Qué podría ser peor que la vida de mierda que llevaba?

Tomó la moneda que le ofrecía el extraño y la tiró al aire esperando que la puta vida le diera un poco de tregua.

La moneda brilló en el aire deslumbrada por la luz tenue de la farola. Aquellos escasos segundos fueron los más largos de su vida.

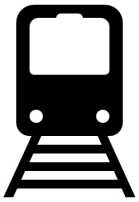
Se oyó un *clinc* y la moneda giró en el suelo como una peonza sobre sí misma, luego perdió velocidad quedando parada.

Paco contenía la respiración, pero se dio cuenta de que no era el único. El desconocido parecía más dispuesto a morir que él mismo a arriesgarse a hacerlo.



CAPÍTULO 2

TINA – EL ANDÉN



—¡Joder! ¡Voy a llegar tarde! —maldigo mientras miro por enésima vez el reloj de la estación, el de mi muñeca y el del móvil. Mira que intento evitarlo, como si el simple hecho de contemplarlo fuera un mal fario que impide que el tiempo transcurra. Tengo que reconocer que, muy a mi pesar, tengo más de una superstición absurda como bajar de la cama con el pie derecho o no pasar por debajo de una escalera abierta. Reducen mi ansiedad.

Son las 16:37 h y tengo una entrevista en una pequeña redacción a una hora de aquí, a las 17:00 h por lo que sí o sí voy a llegar tarde. Sé que no es gran cosa y se trata de un contrato basura y mal remunerado, pero es lo mejor que me ha pasado en los últimos meses en los que básicamente me he fundido todos mis ahorros, suministrados por la herencia de mi pobre difunta tía abuela Madison a quién toda la familia, sobre todo los nietos con mejillas achuchables, llamábamos Mad[1]. ¡Esa mujer era insoportable! Pero mira tú por dónde, si bien era insoportable, estaba forrada, y al morir nos dejó una buena suma de dinero a mis primos y a mí. De eso hace medio año, ya sé que está muy mal hablar de los difuntos, me diría mi madre, pero ella no está aquí y gracias a Dios no puede leer mis pensamientos. ¡Alabado sea!

Total, que aquí estoy sentada en un banco de piedra de la estación desde hace una hora y media, y lo único que pasa por las vías es mi creciente desesperación. Una de mis cualidades no es la paciencia, pero intento distraerme cómo puedo.

Le envío un wasap a Marcelo, el redactor jefe, diciéndole que llegaré con retraso por culpa del maldito transporte público. Me contesta, con bastante simpatía, que no hay problema y que estará hasta bien tarde en la oficina. Lo deduzco por el emoticono sonriente. Respiro aliviada ante la aparente actitud relajada de mi posible jefe. Pienso por un momento en Agatha, la tirana que tenía en mi último trabajo como cajera, ¡menuda zorra! Le faltaba poco para azotarnos con el látigo y jalearnos para que remáramos con más ahínco.

Como tengo tiempo de sobra que perder, y soy curiosa por naturaleza, me centro en observar a las personas que esperan como yo en el andén. Hay una pareja de adolescentes que se hacen carantoñas y se magrean de forma descarada en el banco contiguo al mío, por lo que aparto de forma discreta la mirada. También veo a una niña con pecas: tiene una rabieta y tira del vestido de su madre, quien, abochornada, intenta que se tranquilice y que no siga montando el espectáculo. Recurre a dejarle el móvil y la niña, pícara, sonríe restregándose los mocos por el brazo. Ya ha conseguido lo que quería.

Pero lo que más me llama la atención es una adolescente escuálida que va escondida tras ropa holgada y oscura. La capucha de la sudadera le cubre la cabeza, pero algunos mechones de pelo rosa fucsia le sobresalen por los lados de la cara. Debe de estar sudando a mares, porque es junio y el sol sigue apretando con fuerza a esta hora de la tarde. Se gira un instante hacia mí y percibo su mirada triste, sin brillo, como la de un autómata que se mueve por inercia.

Me da la sensación de que se está comportando de forma bastante extraña, camina de arriba abajo del andén y parece muy inquieta. Supongo que llega tarde a una cita importante, como yo, pero las clases ya han acabado y lleva una mochila a la espalda bastante voluminosa.

Me mosquea. Creo que ahora tengo un radar especial para evaluar las situaciones anómalas y los comportamientos inusuales de las personas. He tenido que aprender a ello, a analizar cada paso que tendría que haber dado en el último año.

De lejos veo que se acerca un tren a gran velocidad. Por megafonía escucho la locución de advertencia:

—Atención, tren sin parada por vía 1, prohibido cruzar las vías, manténganse alejados del borde del andén.

Quedan escasos segundos para la llegada del tren y veo con absoluto horror como la chica de la capucha se despoja de ella, tiene el resto de la cabeza rapada y me parece un peinado bastante peculiar, el flequillo largo vuela alrededor de su cabeza formando un aura rosada. Tiene una larga cicatriz que le cruza el cráneo, es imposible no verla. Me pregunto qué le habrá sucedido. Me pongo en tensión en vista de que observo que se acerca de forma temeraria al borde del andén, por lo que podría ser arrastrada por el reflujo del aire o golpeada por uno de los vagones. No puedo quitar los ojos de ella.

Quiero chillar y decirle que se aparte de allí, que está demasiado cerca, quiero cogerla entre mis brazos y ponerla a salvo, quiero apartarla del peligro letal que abre sus garras ante ella como las fauces de un carnívoro, pero está lejos de mi alcance, de mi voz sepultada por el horror.

La ansiedad y la tensión hacen que me quede petrificada ante la escena dantesca que mi cerebro anticipa. Soy totalmente incapaz de mover un solo músculo, incapaz de que mis cuerdas vocales negocien un grito enloquecido.

Sin advertirlo recurro a arrancarme los cabellos de mi cráneo, no soy consciente de que tengo un mechón largo de cabello negro aferrado a mi mano, esta costumbre será frecuente a partir de este momento, de infligirme dolor. Se inicia al contemplar la pesadilla que se avecina.

Cuando el tren está a punto de llegar, la chica se lanza a las vías y se convierte en un mísero amasijo de carne, vísceras y sangre que salpica a la gente congregada en el andén. No queda nada de ella, bueno, nada de lo que podía considerarse un ser

funcionalmente vivo. Una señora ataviada con un nada discreto abrigo de leopardo, a pesar del sofocante calor que hace, empieza a chillar como si no hubiera mañana, y en verdad no habrá otro día para aquella joven. Envidio a esa señora por poder gritar, por darle vida al dolor que me apresa la garganta.

Sigo petrificada en el banco de piedra, pero mis manos actúan solas, rascando y pellizcando mi piel hasta hacerla sangrar. Mis uñas se clavan en mi carne marcando pequeñas medialunas sanguinolentas, torturan mi piel sedientas de sangre, como poseídas. No puedo parar de infligir dolor para reprimir el desasosiego que siento, actúo por impulsos como manejada por unos hilos invisibles que me dirigen a su antojo.

Me asquea ver que ya se han acercado bastantes curiosos a revolotear sobre la muerte como los buitres sobre la carroña. No por afán de ayudar, sino por el mero hecho de mirar por el escaparate del horror, hipnotizados como las polillas que se dirigen a la luz.

Yo también miro, absorta por el horror y la curiosidad. Observo la escena espeluznante hasta que veo una *Converse* alta, enfrente de mi vista. Aún lleva el pie dentro. Del cuerpo de la chica, que ya no es una persona, sino los restos de carne como los despojos de un animal descuartizado después de la matanza.

No recuerdo nada más. Mi mundo se funde en negro como un apagón en una tormenta.

CAPÍTULO 3

PACO - LA SUERTE ESTÁ ECHADA



Paco se acercó a su destino en forma de moneda. Estaba tan angustiado que temía desmayarse antes de ver la conclusión del azar. El desconocido estaba más cerca y pudo comprobar el resultado antes que él.

Con horror vio como aquel extraño sacó una pistola de una bolsa de mano, le quitó lo que supuso que era el seguro y le apuntó con ella. Paco se estremeció pensando que sería la última respiración que tomarían sus pulmones antes de expirar. Sin embargo, para su asombro, aquel hombre giró la pistola en su mano y se la ofreció por la empuñadura.

—No temas. Ha salido cara. Hoy es tu día de suerte, Paco. Tú ganas.

—¡Joder! No sé si podré superar esta noche. Creo que me va a dar un ataque al corazón.

—Procura que no te dé hasta haber acabado con mi vida. Coge la pistola.

Paco tomó el arma y pensó que no sería capaz de acabar con la vida de aquel hombre, una cosa es soñar con la expectativa de ser millonario y otra muy distinta es apretar el gatillo a sangre fría. El pulso le temblaba como una hoja mecida por el viento. El intestino se le retorció y tuvo miedo de acabar haciéndose sus necesidades encima.

—No te atrevas a rajarte. No quiero seguir viviendo. No quiero acabar mis días siendo un vegetal y atormentado por el dolor.

Te suplico que lo hagas. Si no es por mí, hazlo por tus hijos. Por poderles ofrecer un futuro mejor. En esta mochila tienes ropa de recambio y todo lo necesario para asearte. No te ofendas, pero hueles a rayos. También las llaves de un Audi A4 gris que está a tu nombre y diez mil euros. Está aparcado en la calle Mata alrededor del número veinte. A unas cuantas manzanas de aquí. No te preocupes, lo distinguirás, su matrícula acaba en BB. En la guantera encontrarás los papeles del vehículo y otros diez mil euros en efectivo. ¡Ah! Lo olvidaba, el arma es irrastreable, pero deshazte de ella una vez que acabes con mi vida. Creo que no se me olvida nada más. Discúlpame, pero yo también estoy un poco nervioso, a uno no lo van a matar todos los días.

Aquel hombre intentó fabricar una sonrisa, pero su boca dibujó una escalofriante mueca. Parecía exhausto, como si sus fuerzas estuvieran destinadas a acabar aquel día, como los cetáceos que van a morir a las costas.

Paco lo observaba con detenimiento. Tenía miedo de no poder retener toda aquella información. Estaba apabullado y muerto de miedo. Todavía no sabía si sería capaz de acabar con la vida de una persona, creía que en el único caso posible sería si fuera en legítima defensa. O si tocaban a sus hijos, de eso no tenía la menor duda.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de ti? ¿De que hay un dinero esperándome detrás de esta locura? —masculló Paco mirándole a los ojos por primera vez desde que había conocido al extraño hacía escasamente diez minutos, aunque parecía que el tiempo se había alargado y estirado haciéndose irreal.

—Me llamo Arturo Quintanilla López, en la bolsa tienes diez mil euros y la tarjeta de la habitación 507 del hotel Miramar. Sabes quién soy. Yo sé quién eres. Te he elegido a ti. De nuevo sé que soy un hombre chapado a la antigua, pero te doy mi palabra. Y eso es lo mejor que tengo. Y ahora dejemos de hablar y aprieta de una vez el gatillo, estoy agotado, la vida no tiene nada más que ofrecerme.

Entonces, el desconocido tomó el cañón del arma con la mano derecha y la metió dentro de su boca, apoyándola en su paladar. Asintió a Paco con un levísimo gesto de la cabeza y cerró los ojos.

Paco puso el dedo sobre el gatillo y lo apretó con fuerza, acompañado por la presión en sus manos de Arturo, que quizás quería asegurarse de que Paco se ciñera al plan. Pero estaba dispuesto a hacerlo. Pensó que sería como arrancar una tirita cuando te han sacado sangre. Mejor de golpe. Sin pensar.

Esperaba un ruido ensordecedor. Pero no fue así.

No se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados, lo había hecho como un mecanismo de defensa para no contemplar el horror que creía avecinar. Se imaginaba que el sonido de su cráneo al explotar no se le olvidaría mientras viviera. Se figuraba que sus sesos estucarían el suelo y que su sangre saldría por un orificio como un géiser sin control. Oyó el cuerpo de Arturo cayendo al suelo como un peso muerto, que es lo que era.

Se imaginó que la tapa de la cabeza se había abierto como un resorte. Sin querer se imaginó que era una de aquellas cajitas sorpresa que se accionaban y saltaba un muñeco de dentro en forma de payaso que te asustaba de lo lindo. Aquella aterradora imagen le provocó el mismo efecto en su interior, un pánico desmesurado explosionó y, aterrado, se oyó a sí mismo chillar sin ser consciente de ello, como si su voz fuera el fuelle de aquella caja horripilante. A sus propios oídos les costó reconocer aquel alarido como propio, como si sus sentidos estuvieran desconectados los unos de los otros, aun ligeramente aturdido y algo sordo del sonido de la detonación amortiguada por la cavidad bucal del difunto.

Le daba pavor abrir los ojos y ver aquella escena fruto de una pesadilla, pero lo hizo. Supo que no tenía más remedio. Para su tranquilidad, la imagen que contempló no era tan horrorosa como su mente había anticipado. Su boca estaba abierta y se veía el orificio redondeado de entrada de la bala, pero no había orificio de salida. Por suerte para él. Había muerto sin que la escena fuera dantesca, sin un amasijo de restos craneales y sangre. Eso lo hacía más soportable para su cordura.

Entonces oyó algo en los lindes del bosquecillo limítrofe al parque, seguramente fuese un conejo o tal vez no, que le hizo ser consciente de que podría ser visto u oído. Era verdad que siempre elegía este lugar para dormir por estar alejado de la zona transitada

y raras veces veía a alguien, pero nunca se sabía. Tomó sus pocas pertenencias de una bolsa de plástico y metió dentro la pistola con la intención de deshacerse de ella. Después recogió la mochila de Arturo y echó a correr como alma que lleva al diablo.

CAPÍTULO 4

TINA – BLACK OUT



Despierto mientras una señora me cachetea para que vuelva en mí. Quizá con demasiada efusividad, parece que está disfrutando de abofetearme cuando es evidente que ya estoy consciente.

—¡Pare, pare! Que ya estoy despierta, señora. Por favor. —Alzo las manos, aún un poco aturdida, en señal de defensa y sin saber dónde estoy.

Percibo que la luz es diferente. Me preocupo pues no sé el tiempo que he permanecido inconsciente. Es como si hubieran cercenado un pedazo de mi vida y quiero recuperarlo.

—Disculpe, señora, ¿qué hora es? —pregunto con un regusto ácido en la boca como si tuviera resaca.

—Menudo susto me has dado, muchacha, no había forma de que despertases. Tenemos que salir del andén. Nos están desalojando. Han suspendido los trenes hasta que limpien todo este desastre. —Señala con la barbilla el vagón salpicado con restos humanos.

Quiero decirle indignada que cómo se atreve, que eso no es un desastre, que se trataba de una persona, con sueños, anhelos y emociones. Pero mis pensamientos se quedan aletargados en mi cerebro parpadeante sin llegar a mi boca. Mi mundo se apaga con otro *black out*.

CAPÍTULO 5

PACO – PIES PARA QUE OS QUIERO



No recordaba haber corrido tanto desde que era niño y su padre le perseguía para pegarle una paliza por haber robado una chocolatina en la tienda del barrio. Los pulmones le ardían y sus respiraciones eran tan rápidas y descontroladas que temía desmayarse en cualquier momento, se sentía como un pez asfixiándose fuera del agua. Cuando pensó que ya estaba a una distancia bastante prudente, se paró en seco y echó hasta la primera papilla.

Sabía que no podría caminar ni un paso más sin descansar, por lo que se sentó en un banco de una pequeña plazoleta que a esas horas estaba desierta. Dejó la bolsa en el suelo, apartándola de él como si quemara.

«¡Coño, Paco! ¿En qué lío te has metido? ¿Qué demonios has hecho? ¿Cómo has sido capaz de acabar con su vida?», pensó mientras sollozaba apretando con fuerza las manos contra la cara.

Cuando recobró un poco la compostura y en un estado de alerta paranoide ante cualquier ruido, tomó la bolsa de encima de sus rodillas y se dispuso a abrirla. Su corazón bombeaba tan rápido que tuvo que tomarse unos segundos para inhalar, expirar y calmarse.

Su voz interna no paraba de contradecirse: que abre la mochila, que no abras la mochila, qué estás haciendo, Paco, huye,

que si venga, Paco, que tú puedes.

Sentía una especie de excitación incontrolable ante lo que podría encontrar dentro. Si todo lo que Arturo le había dicho era verdad, pronto su vida en la calle sería cosa del pasado.

Primero abrió su bolsa de plástico y comprobó que la pistola seguía allí. Aún estaba impregnada de restos de sangre y lo que creía que serían trozos de su cavidad bucal. Pensó que debía deshacerse de ella, pero tendría que hacerlo con seguridad. En algún sitio donde no pudieran encontrarla. En el pasado había visto demasiadas películas de crímenes e intuía que sus restos de ADN podrían estar en ella. También pensó en los restos de pólvora que sus manos podrían contener. Tenía que recapacitar y no dejarse llevar por el pánico que le había dominado instantes atrás.

Apartó la bolsa y cogió la mochila. Dentro había unos pantalones tejanos, unos calzoncillos y una camiseta de manga corta. Se quitó la suya, mugrienta y con restos de vómito, y envolvió la pistola con ella. Después se puso la limpia y se sintió casi humano. Una vez apartada la pistola de su vista y metiéndola en la mochila, se tranquilizó un poco.

Siguió sacando cosas de la bolsa. Había un neceser que contenía: un peine, un cepillo y pasta de dientes, un gel de baño, un desodorante, una tijera, una cuchilla de afeitar, una colonia y un cortaúñas. Respiró más aliviado. De momento todo lo que le había dicho Arturo era cierto. En el fondo de la bolsa había un sobre. Lo cogió mirando a su alrededor por si alguien lo estaba observando desde los balcones aledaños. Todo en calma.

Abrió el sobre donde esperaba encontrar el dinero prometido junto con las llaves del coche.

Recortes de periódico. En un taco. Simulando el tamaño de unos billetes.

Era tan ridículo y espantoso que se echó a reír en un ataque hilarante y demente.

Había matado a un tipo, por un fajo de papeles sin valor.

Estaba muy jodido. Casi más que Arturo.

Si es que ese era su verdadero nombre.

CAPÍTULO 6

TINA LA LLAMADA



Me despierto tumbada en la camilla de una ambulancia. El técnico de emergencias me mira con fijeza. Es mono. Me ruborizo. Me sonríe y pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Tina Willis.

—Muy bien, Tina, ¿sabes qué día es hoy?

—Creo, creo que es miércoles veintidós de junio —respondo confusa.

—Por poco, Tina, hoy es veintiuno. ¿Me puedes decir cuántos años tienes?

—Veinte, pronto es mi cumpleaños. Es el cuatro de julio.

—Nacida el cuatro de julio, como los americanos, ¿verdad?

—Sí, como Tom Cruise en aquella vieja película…

—Nos han llamado porque has estado bastante rato inconsciente, por suerte no has sufrido ninguna conmoción al caer al suelo. Nos han contado lo que ha ocurrido en el andén. ¿Te acuerdas de lo que ha pasado antes de desmayarte?

—Pues verás, he visto ese pie en el suelo, el de la pobre chica. —Bajo la mirada hacia mis propias zapatillas—. Entonces he empezado a sentir un sudor frío, pero a la vez sensación de calor, ¿eso tiene sentido? Y he empezado a ver borroso, como si estuviera viendo por una mirilla, como en una especie de túnel.

—Por lo que cuentas puede que hayas sufrido un síncope vasovagal. Te has desmayado debido a que tu frecuencia cardíaca y tu presión arterial han disminuido de forma abrupta. Al disminuir el flujo sanguíneo al cerebro pierdes el conocimiento. Ahora tu presión está un poco baja, pero los niveles de glucosa en sangre están bien. ¿Es la primera vez que te sucede?

—Pues la verdad es que no perdía el conocimiento de este modo desde hace un año.

—¿Hace un año? ¿Qué sucedió?

—Mi hermana murió.

—Lo siento.

—No pasa nada. —Intento contener las lágrimas ante el desconocido. Cosa que no logro en absoluto—. También se suicidó. Como esa pobre chica. Bueno, eso es lo que creemos.

Jugueteo sin querer con la cadena de oro que llevo al cuello, Valen tenía la otra mitad del corazón que llevo colgando en el que pone: *Always juntas*. Ni estamos juntas, ni es para siempre. Ironías de la vida. Es como nuestro nombre, mis padres tuvieron la genial idea de que se pudieran unir en uno solo. Valen y Tina. Valentina. Su significado designa a una persona fuerte, valiente, sana y poderosa.

—¡Vaya! Me sabe muy mal —dice el chico y esa respuesta me suena un poco impostada. Se ve que está un poco incómodo ante la inapropiada explicación de mi vida personal.

Estoy acostumbrada a que la gente reaccione así ante un tema tan tabú como es el suicidio, pero me escuece que precisamente un chico que se dedique a la sanidad se muestre tan incómodo ante la exposición de mis sentimientos. Pienso que quizá está harto de ver y escuchar tanto horror en su día a día que se ha inmunizado. Supongo que te acostumbras a todo. Incluso a coger restos de carne incrustados en un vagón de tren.

—Entonces creo que puede que te hayas desmayado por la impresión de ver el accidente, por el sufrimiento emocional que te ha ocasionado. ¿Te encuentras mejor? ¿Hay alguien a quien puedas llamar?

La verdad es que a las únicas personas que puedo acudir son mis padres y aunque no me apetece en absoluto preocuparlos, creo que esta vez no me queda más remedio. No me veo en condiciones de volver a casa por mis propios medios. Viven a hora y media de aquí, parece que no es un trayecto muy grande, pero nos hemos distanciado tanto que parece un recorrido insalvable.

—Sí, podría llamar a mis padres. —No me emociona especialmente la idea, pero pienso, apenada, que en verdad no tengo a nadie más al que llamar.

—Pues incorpórate muy lentamente y espérate unos cinco minutos sentada. Si ves que estás bien así y no te mareas, intentaremos que te bajes al suelo. ¿De acuerdo? Si quieres puedes ir llamando a tus padres para que te vengan a recoger.

Asiento con la cabeza mientras me ayuda a levantarme muy despacio, me coge de la mano de forma reconfortante.

Me la aprieta.

Ese gesto me recuerda a mi primer día de clase, en primaria, estaba con Valen. Nos querían separar al ser gemelas. Para que estuviéramos cada una en una clase distinta. Mi hermana me cogió de la mano tan fuerte que me hizo daño. No hubo forma de soltarla. Berreaba como una loca. Lloró como nunca la había visto, más que cuando se cayó del trineo y se dislocó el hombro. La profesora se alteró mucho e intentó separarla a la fuerza, pero ella se resistió con uñas y dientes. Literalmente. A la señorita le tuvieron que poner tres puntos de sutura en la mano. Mi madre casi se muere del disgusto. Por suerte, la profesora no hizo ninguna denuncia. Después de aquello, Valen montaba una pataleta cada día en su clase llamándome a gritos. No desistió en su empeño y el claustro finalmente nos dejó hacer el curso juntas.

Al pensar en ella sonrío. Era terca como una mula, en carácter no nos parecíamos nada, a pesar de ser genéticamente idénticas, en eso se parecía mucho a papá. Para mi hermana, aquella separación, fue un trago muy duro al ser mucho más introvertida. Recurría a mí siempre como si yo fuera su altavoz por el que comunicarse. Como si fuera su hermana mayor, su referente en la vida. Pese a que yo era diez minutos más pequeña que ella, era

su faro. La echo tanto de menos que me duele de forma física, como si me estrujaran el corazón con unas tenacillas.

Por un momento casi me doy una cachetada en la cara para despertarme de mi ensoñación. Alucino con lo que ven mis ojos. ¿Será un espejismo? No, no lo es. Creo que no va a hacer falta que me comunique con mis padres, se acercan de lejos, me ven y se dirigen a la parte trasera de la ambulancia. Creo que me voy a desmayar de nuevo, no estoy preparada para enfrentarme a mi familia. Otra vez no.

CAPÍTULO 7

PACO – VOLVER SOBRE SUS PASOS



Solo había una cosa que podía hacer. Volver sobre sus pasos e intentar limpiar su mierda. Ya tendría tiempo de averiguar quién cojones era ese tío y por qué demonios lo había querido meter en semejante embrollo. En esa mochila no había dinero, ni llaves de ningún coche. Pero sí había ropa y un neceser. Paco no entendía nada. ¿Por qué le había dado parte de la información veraz y parte falsa? Lo que más le preocupaba es que lo había creído de verdad, se lo había tragado todo. Pero es que ¿cómo conocía su nombre? Este había sido el detonante de acceder al plan y a la promesa de una vida mejor. Siempre había escuchado que quien miente debe basar sus mentiras en parte de la realidad. Para que queden camufladas entre ellas.

«¡Serás gilipollas, Paco! ¡Estás con la mierda hasta el cuello! ¡Y tú que pensabas que vivir entre desperdicios era malo! Te podrías haber quedado en tu puto banco con el sueñecito bueno que estabas teniendo y enviar al tío raro a tomar por culo».

Paco decidió salir corriendo de nuevo a la inversa y empezaba a estar bastante agotado, tanto emocional como físicamente. En su pensamiento había sido como la historia del cuento de la lechera, ya estaba disfrutando de cómo se iba a gastar el dinero que no tenía.

A los diez minutos se hallaba de nuevo en el parque donde había matado al desconocido. Se asomó furtivamente por si alguien hubiera llegado a la escena del crimen y descubrió con creciente alivio que no había nadie. El cuerpo seguía allí en la misma posición en la que lo había dejado tras dispararle a bocajarro.

«¡Perdóname, Arturo, o como demonios te llames, malnacido hijo de la gran puta! Pero voy a tener que revisarte los bolsillos».

Lo más rápido que pudo tiró sus cartones al suelo, puso encima el cadáver y lo arrastró hasta la maleza, alejándose de donde podía ser visto con el objetivo de intentar averiguar algo más de información de ese tipo. Intentó evitar a toda costa mirarle la cara, pero era inevitable. Aquellos ojos vidriosos lo seguían como la Gioconda y tuvo que pararse un momento para cerrarlos. El tacto era ceroso y frío, debido a que ya había perdido la calidez y color que indicaba que albergaba vida dentro de él. Sintió una repulsión y un estremecimiento tal que su piel se erizó. Sufrió una arcada, pero para su satisfacción evitó el vómito.

Encontró la cartera en uno de los bolsillos del pantalón. El maldito gilipollas se llamaba tal como le había dicho. En su DNI figuraba su nombre: Arturo Quintanilla López, oriundo de Madrid. Cincuenta y ocho años.

«Lo que pensabas, Paco. Toda mentira estaba basada en la realidad, pero en la bolsa no hay dinero, o sea que te ha timado como a un pardillo».

Se metió la cartera en el bolsillo de su pantalón con la intención de revisar más tarde todo su contenido, pero entonces, lo más importante era apartar el cadáver de la vista de cualquier posible transeúnte.

En el otro bolsillo de Arturo había el mando de un coche. Concretamente un Audi. También un iPhone y la maldita moneda. Se los guardó en su pantalón.

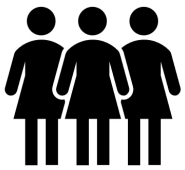
«De nuevo, ahí está, Paco, la mentira camuflada en parte de la verdad, me ha dicho que tendría un coche a mi disposición, concretamente un Audi A4 gris que estaría aparcado en la calle Mata alrededor del número veinte. Otra cosa no tendré, pero memoria tengo un rato largo. Puede que me estuviera contando la verdad, o

parte de ella. Tendré que ir a averiguarlo. Pero primero debo esconder el cuerpo».

Paco lo escondió en la maleza lo mejor que pudo y lo cubrió con el saco de dormir que le había servido de refugio en los últimos años.

CAPÍTULO 8

TINA – EL REENCUENTRO



—¿Qué hacéis aquí? —Me sorprende que mi tono de voz suene más desagradable y áspero de lo que me gustaría proyectar, como un esputo de sílabas—. En ese momento me doy cuenta de que aún tengo mucho rencor hacia ellos, más de lo que creía. En el fondo creo que lo que menos necesita mi bienestar emocional es un enfrentamiento con mis padres. La última vez que los vi fue cuando vinieron a recogerme al centro de salud mental donde me habían internado a la fuerza. El doctor Peláez consideró que ya no suponía un peligro para mi propia vida. La conversación que mantuvimos al darme el alta hace seis meses no fue para nada agradable, insistieron en que volviera a casa y me negué.

—¡Hola, hija, eh! Yo también me alegro de verte. —Lanza las palabras con su tono pasivo agresivo que tanto me molesta.

—Sí, mamá… Me alegro, sí —digo con la boca pequeña y bajando la vista por si detecta mi mentirijilla con sus ojos de halcón —. Es que no me esperaba veros. ¿Qué hacéis aquí? —insisto.

—Pues que nos ha llamado la policía, somos tus tutores en caso de urgencia. Ya sabes por qué. ¡Tu madre casi se muere de un infarto! —sentencia mi padre más frío que un témpano mientras pone los ojos en blanco. *What 's happened?*

—Me he desmayado. Pero ya estoy bien. ¿Me puedo ir ya, por favor? —digo mirando al técnico de emergencias que nos contempla

pasmado. —Creo que no se esperaba esta relación tan tirante entre familiares y se le nota incómodo.

—¿Te encuentras bien? —Me aprieta la mano como si tuviéramos un código secreto.

—Sí, creo que saldré de esta. —Le guiño un ojo mientras sonrío.

Ahora es él quien se sonroja y al verlo se me hace un cosquilleo en el estómago. Luego recuerdo que mis padres están ahí y mi fugaz e inexistente romance se volatiliza.

Asiente y me ayuda a deslizarme hasta el suelo de la ambulancia desde la camilla.

Camino con cautela y me bajo del vehículo agarrándome a la estructura de la puerta metálica. Al poner un pie en la calzada, muy a mi pesar, me tambaleo como una peonza. Mi madre va a hacer un gesto para cogerme de la mano y mi padre hace otro de desaprobación, pero luego parece que recapacita y viene a ayudarme. También se nota que aún está enfadado conmigo, siempre ha sido muy rencoroso y la última vez nos dijimos cosas que nunca se deberían decir dos personas que se quieren. Sobre todo yo. Fui cruel y despiadada con ellos. El orgullo es como la cera de las orejas, si le aplicas el tiempo, como un bastoncillo, cada vez se inserta más profundo.

—Espera que te ayudo, que siempre has sido *a little butterfingered*, no sea que te caigas de cara y te hagas daño en esa nariz de urraca —dice mi padre cogiéndome del codo—. Se me arruga un momento el corazón y reprimo una lágrima que pugna por salir de mi ojo derecho. Conociendo a mi padre decirme esa clase de tonterías es lo más parecido a una disculpa que podré obtener por su parte.

—Gracias, *daddy* —digo con la voz quebrada mientras lo miro a los ojos.

La verdad es que ahora que los tengo cerca tengo que reconocer que los he echado de menos. Mi padre es bastante frío en contraposición a mi madre. Supongo que su educación en América tiene mucho que ver, no hay más que ver a mis abuelos, parece que son de Invernalia y no de Florida.

—La policía nos ha contado lo de la chica del andén, *honey*. Nos preocupa mucho lo que te ha pasado. Tu madre y yo lo hemos estado hablando de camino hacia aquí. Queremos que vuelvas a casa.

En mi mente me resisto, quiero ser una mujer independiente, no dar mi brazo a torcer y recurrir a mi orgullo y decir que estoy bien y que me valgo por mí misma. Pero en realidad estos últimos seis meses han sido horribles para mí. Vida 1 Tina 0. Vivo en una pensión de mala muerte, me he fundido todos mis ahorros y la entrevista que tenía se ha ido al garete. Creo que lo mejor que puedo hacer es claudicar, meter el rabo entre las piernas y aceptar que no estaba aún preparada para abandonar el nido. Seguramente me arrepienta en cuanto lleve unos días en casa, pero en estos momentos estoy muy blandita y necesito apoyo emocional. Pero me queda mucho para perdonarlos.

—Vale, papá. Pero antes de irnos tengo que recoger unas cosas en la pensión.

Mi madre se empeña en subir conmigo a mi habitación y veo su cara de disgusto, bueno, más bien de repugna, al entrar en las zonas comunes. Reúno mis pocas pertenencias lo más rápido que puedo mientras observo que se queda petrificada en el medio de la sala procurando no tocar nada en absoluto. Diviso una cucaracha que sale del baño y entro en pánico pensando que si la detecta mi madre va a chillar como un cochino en una matanza, les tiene una fobia atroz. Por suerte nos vamos de allí sin que se dé cuenta. Abono a la casera lo que me queda de mes y me despido de ella con la esperanza de no volver a verla en mi vida.

Subo al coche de mis padres y veo que tengo un mensaje de Marcelo por la entrevista de trabajo.

«¡Ay, madre! Me he olvidado por completo de él», pienso avergonzada.

Me disculpo y le explico un poco lo que ha pasado. Me dice que no me preocupe y que si vuelvo a la ciudad no dude en contactar con él. Sonrío al pensar en que por suerte no tengo prisa por emanciparme de nuevo, he tenido suficiente este año. Me quedo

un poco adormilada en el camino de vuelta y cuando me quiero dar cuenta ya hemos llegado a casa.

CAPÍTULO 9

PACO – EL COCHE



Con el mando en la mano se dirigió presto a intentar encontrar el coche de Arturo, con suerte lo localizaría y habría dinero suficiente con el que huir. Paco pensaba que, si aquel hombre había llegado allí, a aquel parque alejado, dudaba de que se hubiera acercado caminando a esas horas de la noche. No era un lugar frecuentado por la gente.

Fue a paso ligero hasta la calle más cercana al parque y fue accionando el mando del coche a ver si tenía suerte y este se iluminaba. Caminó dando vueltas a la manzana, alejándose cada vez más de su punto de partida hasta que llegó a las inmediaciones de la calle Mata, maldita casualidad. No fue en el número veinte, sino alrededor del cuarenta cuando uno de los vehículos encendió las luces de emergencia y abrió sus retrovisores y seguros.

Paco sintió cómo se le aceleraba el pulso y su corazón latía desbocado. Se metió rápidamente en el mismo por la puerta del copiloto, la que más cerca estaba de la acera. No deseaba ser visto. Seguía teniendo un aspecto bastante desaliñado y no quería que nadie pensara que lo estaba robando.

Era un Audi, gris, pero era un modelo mucho más nuevo, por lo poco que entendía de coches y, efectivamente, la matrícula acababa en BB.

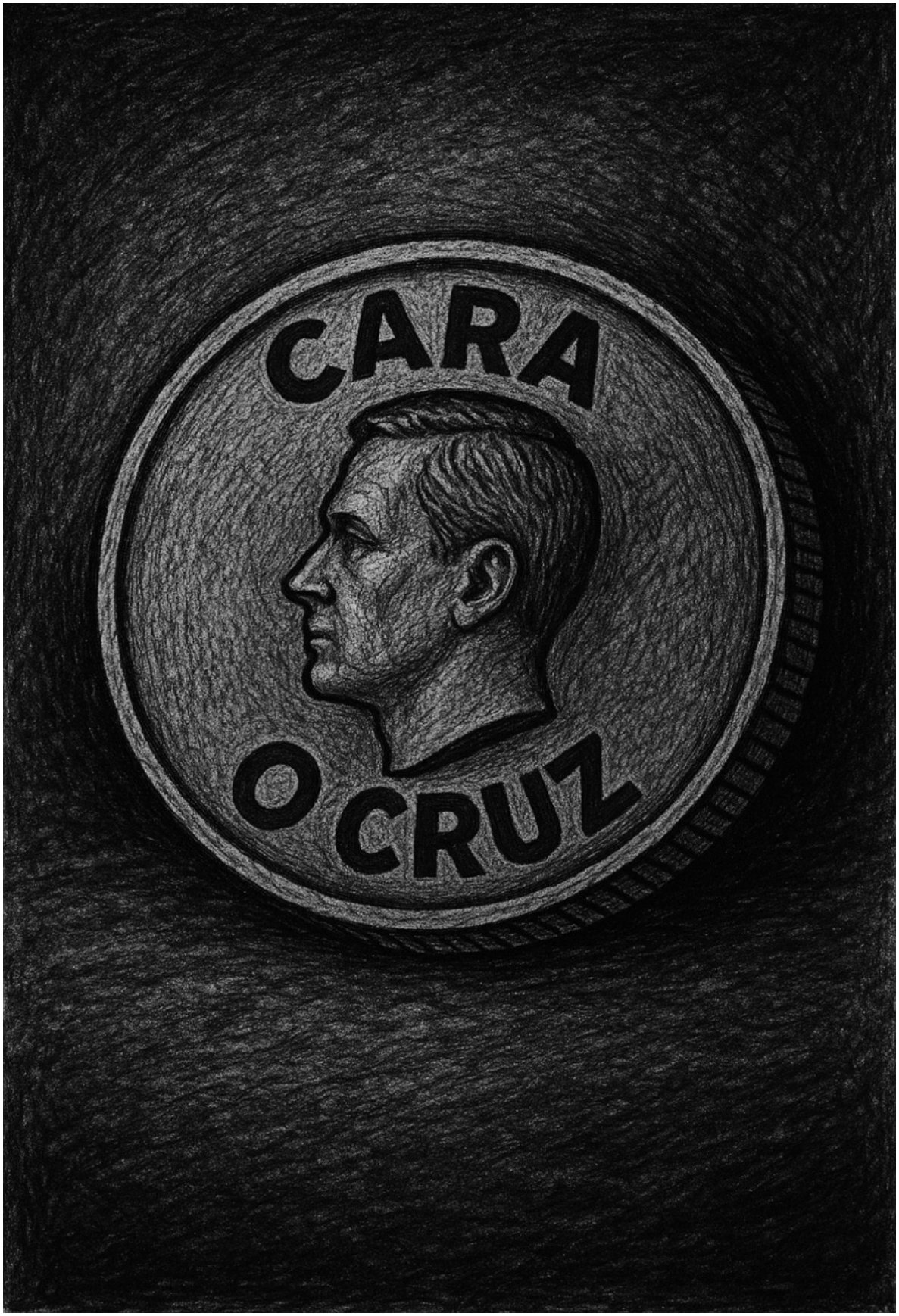
Miró la guantera con ansiedad, encontró los papeles del coche a nombre de Arturo, nada de al suyo. Pero ahí, debajo de los papeles, sin rastro del dinero prometido, estaba la tarjeta de la habitación 507 del hotel Miramar.

«Una vez más, Paco, la mentira camuflada en la verdad».

Se cambió al asiento del conductor y el motor rugió con fuerza. Pensó que lo mejor que podía hacer antes de que se hiciera de día era borrar todo rastro del difunto.

«Maldito Arturo, en qué jodido momento te habré conocido. Me has desgraciado la vida, más de lo que ya estaba».

Rascó la marcha atrás, porque hacía mucho tiempo que no conducía y temió haber hecho demasiado ruido. Ya eran las cuatro de la madrugada, el tiempo empezaba a esfumarse entre sus manos. Sin demora, se dirigió al parque del Mirador del Poble-Sec, intentando acercarse lo máximo posible donde el cuerpo de Arturo yacía en rigor mortis. Debió estacionar en la carretera de Montjuïc y continuar a pie, ya que no era posible acercarse más debido a las restricciones en la ruta, esperando que ningún vehículo municipal de limpieza o mantenimiento transitara por ese camino inhabilitado para el uso general en ese horario. Se le ocurrió mirar en el maletero por si encontraba algo que le sirviera de ayuda. Solo había una maleta pequeña, la caja de herramientas del vehículo y la rueda de recambio. Vio una palanca y se le ocurrió una idea, que quizás no fuera tan descabellada. Paco pensó que podría hacerle ganar bastante tiempo. Aún no sabía cuánto, no le quedaba otro remedio que intentar averiguarlo.


CARA
O CRUZ

CAPÍTULO 10

TINA – EL PASADO SIEMPRE VUELVE



La verdad es que tengo que reconocer que echaba mucho de menos estar en casa, en mi habitación, en un espacio propio y, sobre todo, estar por fin libre de problemas monetarios. Sé que la tranquilidad no va a durar mucho después de la última discusión con mis padres al recogerme después de darme el alta en el centro de salud mental, aún no puedo creer que me hicieran una cosa así. Aquellos meses fueron como vivir en el infierno, me sentí sola y abandonada como un perro que dejan en una cuneta.

Aún recuerdo que el origen de todo fue una discusión con mi padre, me instigaba para que volviera a retomar mis estudios y que no tirara mi futuro por la borda. Lo peor de todo es que me comparó con mi hermana, con la constante, aplicada y brillante Valen. Infinidad de veces me había repetido que, a pesar de que lleváramos los mismos genes, no nos parecíamos en nada. Y odio en lo más profundo que me comparen con ella. La quería más de lo que puedo explicar con palabras, casi éramos el mismo ser, pero no soy Valen.

—¡Odio que me compares! ¡Y también la odio a ella! ¡Por ser una cobarde y haber tomado el camino fácil! ¡Por dejarme sola con vosotros!

Y por supuesto estoy tan, pero tan enfadada, que creo que si la volviera a ver primero la abofetearía y luego le daría tal abrazo

que le partiría las costillas —lo digo por la intensidad, no de forma literal, claro—. Pero creo que estoy más cabreada, si cabe, conmigo misma. Por no detectar que necesitaba ayuda. Por no saber que quería desaparecer de este mundo.

Y sobre todo por dejarme sola.

—¡Ni se te ocurra nombrarla! ¡A tu hermana no le llegas ni a la suela de los zapatos!

Aquella frase me perforó el corazón. Intenté reprimir las lágrimas, pero me fue imposible, rodaban por mis mejillas, implacables y la rabia me bullía la sangre.

Entonces yo le dije algo horroroso y de lo que me arrepiento amargamente:

—¡Jódete, papá! Ha sobrevivido la oveja negra.

Mi padre me cruzó la cara con tanta fuerza que me pitó el oído toda la tarde.

Por la noche me tomé unas cuantas pastillas, al cabo de un rato, arrepentida, fui a vomitar al váter. Creo que fue una forma de llamar la atención, de decirles que aún estaba allí, que les quedaba una hija a la que cuidar. Mi madre, siempre conciliadora, entró a la habitación para consolarme e intentar mediar en la pelea. Encontró el blíster de Diazepam vacío y me oyó vomitando. Supongo que por más explicaciones que le quería dar, los hechos eran irrefutables. Lo veía todo en una nube, entiendo que algo de efecto hizo el medicamento, porque lo siguiente que recuerdo es que estaba en la planta psiquiátrica del Hospital Universitario Fundación Jiménez Díaz y una vez que me hicieron un lavado de estómago mi siguiente destino fue una institución mental. Por más que les juraba que no tenía ninguna intención de hacerme daño, no me creyeron. Supongo que no querían volver a perder a una hija.

CAPÍTULO 11

PACO – OCULTAR UN CADÁVER



Con un par de trapos de microfibra, unos guantes, el botiquín y el líquido limpiaparabrisas, se dirigió al lugar donde había escondido a Arturo. Quizás no era mucho, pero por lo menos tenía un plan en mente que creía que podía funcionar.

Estaba bastante paranoico, por lo que no paraba de mirar en derredor por si alguien lo observaba o captaba alguna cámara de seguridad de algún local o banco que pudiera estar registrándolo. Suponía que alguna de ellas había grabado el paso del vehículo, pero al menos confiaba en que no se le hubiera visto la cara. Descartó de su mente esa idea; no era algo que pudiera controlar.

Paco siempre había sido una persona equilibrada y bastante centrada, solía mantener la cabeza fría en situaciones de riesgo. Recordó cuando uno de sus empleados, un albañil que estaba rematando una de las obras, no siguió las medidas de seguridad y se precipitó por el hueco del ascensor. Por suerte se quedó atascado en una de las redes que estaban instaladas dos pisos más abajo. Aunque estaba inconsciente debido a que había sufrido un fuerte traumatismo craneal, no se había precipitado al vacío, evitando una muerte segura. Sin dudarlo ni un segundo, Paco tomó una de las cuerdas de seguridad, se la agarró a la cintura y la ató a uno de los pilares del octavo piso. Bajó por el hueco del ascensor y puso a salvo

al trabajador antes de que la red finalmente colapsase por su peso. Sin duda le salvó la vida.

No obstante, salvar una vida, no era similar a arrebatarla. Y este hecho le estaba causando un inmenso pesar. No era mala persona, por lo menos él lo creía así, pero nadie creería su versión de la historia. No estaba justificado lo que había hecho, movido por la compasión de la historia que le había contado el desconocido, pero sobre todo por la promesa de conseguir un bien material y salir de esa posición miserable en la que se encontraba. Nadie se creería que la misma víctima se había expuesto así, brindando su vida en un juego estúpido. Nadie creería a un jodido vagabundo que dormía en un banco. No era más que la escoria de la sociedad, ni siquiera la gente que pasaba por su lado le veía. Muchas veces se sentía invisible. A veces se tenía que mirar en el reflejo de algún escaparate para ser consciente de que aún existía. Se aferraba a la esperanza de que aún podía revertir esta situación, esta jugarreta de la vida, y que, si un día pudo montar una empresa de la nada, con solo cien pesetas que llevaba en el bolsillo cuando vino desde un pueblo de Badajoz hasta la gran ciudad, sería capaz de volver a hacerlo.

Pero ya habían pasado tres míseros años y seguía en la misma posición y ahogando sus penas en vino barato. A lo mejor esta desgracia se había convertido en una oportunidad para despertar de su letargo, de cambiar su vida, aunque fuese a costa de la pérdida de otra. Que estuviese justificada en algún sentido.

Llegó a los arbustos y volvió a mirar alrededor, por si algún corredor o alguien que estuviera paseando al perro lo viese, pero estaba en una zona fuera del paso. Paco se había ocupado en ese caso de volverse invisible de forma consciente a consecuencia de que en los últimos años había sido increpado, apaleado y desalojado por la policía en diversas ocasiones y de diferentes ubicaciones más céntricas. Este lugar era uno de los más escondidos que había sabido encontrar.

Se armó de valor, no iba a tener más remedio que tocar a Arturo. Y manosear a un muerto, le daba bastante grima y respeto. Tiró de la improvisada cama de cartón donde reposaba el cuerpo y

sin pensarlo mucho quitó el saco de dormir que lo recubría. Lo primero que pensó era simular un suicidio y volver a preparar la escena del crimen. Pero sabía que había los suficientes indicios en la escena, que sin duda analizarían para implicarle, de eso estaba completamente seguro. Lo segundo que se le ocurrió era deshacerse del cadáver y limpiar lo mejor que pudiera el lugar del suceso. Y eso es lo que se disponía a hacer. Debía ser rápido y eficaz. La adrenalina había hecho que cualquier vestigio del sueño que contenía su cuerpo se hubiera volatilizado.

«Paco, solo tienes una oportunidad para salir de esta. Más vale que actives el motor de pensar y que seas más espabilado de lo que lo has sido nunca en tu vida».

Se sentía desfallecer del agotamiento físico y mental y de buen grado se hubiera tumbado un rato a descansar y cerrar los ojos en aquel banco que era lo más parecido a un hogar, pero este era un lujo que ahora mismo no se podía permitir.

CAPÍTULO 12

TINA – LOS PATINES



Recuerdo que hace unos siete meses la policía estuvo en nuestra casa de Chicago. Estaba escribiendo en mi diario, escuchando música, cuando mi padre entró en la habitación llorando. Lo que llevaba en las manos era uno de los patines de Valen. Oxidado y mohoso, pero aún se reconocía el grabado de su nombre en la cuchilla, como el nombre de Andy en la bota de Woody en la película *Toy Story*. Eran unos patines de competición profesional y mis padres los habían comprado con gran esfuerzo, ya que la situación en mi casa en aquellos momentos no era boyante. Mi madre había dejado de trabajar hacía años para cuidar de nosotras y a mi padre le estaba afectando la crisis inmobiliaria y llevaba varios meses que no vendía nada, debido a que el mercado estaba en recesión.

Compraron aquellos patines que no se podían permitir en ese momento porque mi hermana era condenadamente buena, a diferencia de mí que era negada en los deportes. Yo no tenía esa obsesión y ese don para deslizarme sobre el hielo. En su adolescencia ganó bastantes competiciones y si la vida no le hubiera superado la partida, creo que hubiera llegado muy lejos.

Pero no, cinco meses después de ese día, lo que vinieron a decirnos esa horrible mañana era que el cuerpo de una joven había aparecido en la superficie del lago Michigan. No quería ni pensar en

su estado. En muchas de las pesadillas que he sufrido en los últimos meses veía mi propio cuerpo desmadejado y devorado por los peces y demás habitantes acuáticos del fondo lodoso. Los pececillos mordisqueaban mi carne descompuesta, poco a poco, a pequeños bocados y me dejaban agujeros diminutos que me recordaban a Bob Esponja, pero en mis sueños no era tan gracioso como en Fondo de Bikini, era frío y oscuro. Y aunque quería dejar de pensar en esa imagen de mí misma devorada bajo el agua no podía dejar de hacerlo. Pequeñas volutas de carne flotando al desprenderse de las mejillas como las velas de un barco con la brisa marina.

Pero en ese momento tenía muchas dudas sobre si sería ella, ¿después de un año? ¿Cómo es posible? Seguro que no era Valen. Discutí sobre que se estaban equivocando, que no podía ser ella, en mi mente mi hermana estaba como un colador bajo el lago, enterrada en el fondo cenagoso y los peces diminutos seguían picoteando lo que quedaba de ella.

La agente Smith nos explicó con infinita paciencia, como le habría narrado a más de una familia, que, en muchas ocasiones, al cabo de un año sumergido, la adipocira[2] se generaliza y el cuerpo disminuye mucho su densidad, con lo que su flotabilidad aumenta y esto hace que el cadáver salga a flote.

Eso me descolocó. Pensaba que nunca la encontrarían. Ya inspeccionaron el lago en varias ocasiones y no hallaron nada.

Luego pienso que si no tuvieran pruebas suficientes no habrían venido a nuestra casa, a perturbar nuestro duelo.

En ese momento me derrumbé. Me imaginé que tendría que ir al depósito de cadáveres, como en las películas, a reconocer una masa de carne que era idéntica a mí y que estaría en un nicho refrigerado. Y que esas pesadillas recurrentes no serían fruto de mi imaginación y de mi subconsciente, sino que serían muy reales, y tendría esos pequeños boquetes devorados por los peces delante de mis narices y querría meterme una bala real en los sesos para alejar esa imagen de mi mente para la perpetuidad.

Sin embargo, lo que la agente Smith sacó de una pequeña bolsa de plástico de pruebas fue una cadenita de oro, idéntica a la

mía, con la mitad del corazón que faltaba. *Always juntas*. Valen y Tina y nuestra fecha de nacimiento. Y en ese momento se me paralizó el corazón, porque, si bien en mi fuero interno tenía el convencimiento de que mi hermana estaba muerta, hasta ese breve y despiadado instante, no se cercenó la débil esperanza de que estuviera viva y que de algún modo hubiera querido desaparecer.

Supe que el cuerpo que había aparecido era sin duda alguna de ella.

Los últimos días en nuestra antigua casa en Chicago fueron devastadores. Por ello mis padres decidieron venirse a España.

CAPÍTULO 13

PACO – LA BUENA O MALA IDEA



Miró con detenimiento el cuerpo de Arturo bajo la luz de la farola más cercana. Había restos de sangre en su ropa, pero no mucha, solo leves salpicaduras al retirar la pistola de su boca cuando el cuerpo se desplomó hacia atrás. Cogió uno de los trapos de microfibra y vertió un poco de agua oxigenada en él. Frotó las manchas secas del cuello de la camisa sin apretar demasiado, para que las proteínas de la sangre se rompieran y poderlas limpiar con más facilidad. Luego mojó el otro trapo con agua fría y acabó de limpiar los restos rosados circulares que quedaban. Estuvo más que satisfecho con el resultado obtenido, por suerte la camisa era blanca, si hubiera sido de color, seguramente la hubiera blanqueado. Pensó que daba el pego, aunque suponía que, si miraban la ropa con una de aquellas lámparas que se utilizaban en CSI y rociaban luminol sobre ellas, los restos se iluminarían como el culo de una luciérnaga.

Una vez limpio de manchas, lo desnudó y lo dejó en ropa interior. Desplegó su saco de dormir y lo depositó encima. Después lo envolvió como el capullo de una mariposa. Dobló cuidadosamente su ropa y la metió en la mochila. Ocultó la misma en los arbustos, junto con sus pertenencias para tener las manos libres, tendría que

volver a por ellas en un segundo viaje. Con un increíble esfuerzo, cargó el saco sobre sus espaldas. Como si fuera un fardo.

«Buff. El condenado, pesa como un muerto, Paco», se dijo para sus adentros y sonrió por el chiste malo. Solía hacerlo en momentos de tensión, aligeraba la carga mental con humor, aunque estuviera fuera de lugar. A Carmela este hecho le solía incomodar muchísimo, le decía que le hacía pasar mucha vergüenza y quedar en ridículo. Pero no podía evitarlo. Hacer bromas absurdas en momentos incómodos. Recordó una ocasión que estaba en un tanatorio, contemplando al difunto y les soltó a los familiares:

—Pues lo encuentro muy mejorado.

Paco se refería al hecho de que Tomasín había tenido una larga enfermedad y había dejado su cuerpo muy demacrado. Con el maquillaje de los tanatopractores, su cara tenía un aspecto la mar de saludable. Pero los familiares lo miraron como si estuviera loco, incluso pensó que el hermano del difunto iba a pegarle. El resto de personas que estaban alrededor evitaban reír a carcajadas y las lágrimas de dolor se confundían con las de risa. Carmela estaba roja de rabia y lo observaba como si quisiera fulminarlo con la mirada.

Así era Paco, un tío peculiar y sin filtros. O lo amabas o lo odiabas. No había término medio.

Los años de malnutrición de la dura vida en la calle habían mermado algo de la corpulencia de Paco, sin embargo, aún conservaba algo de su coraje y fortaleza. Tuvo que recurrir a ellos para cargar el peso de Arturo hasta lo más cerca que pudo de la carretera. Depositó el cuerpo entre la maleza y fue a buscar el coche. Ya eran las cinco de la mañana y quedaba poco para que se hiciera de día. Paco sudaba como en su vida lo había hecho, más por la ansiedad que por el calor de esas horas del día. Estaba paranoico, temblando por pensar que de un momento a otro sería descubierto.

Corrió hacia el coche y dio la vuelta en la calle sin salida. La maniobra era difícil porque el espacio era reducido, pero logró a duras penas conseguirlo. Maldijo el sonido de la marcha atrás del vehículo que se oía como una alarma contra incendios en la quietud de la noche.

Condujo a poca velocidad hasta el lugar donde había dejado el cuerpo y bajó del coche dejando el motor encendido. Después abrió el maletero y fue a buscar el saco de dormir. Sin resuello lo cargó de nuevo sobre sus hombros y con la última fuerza que le quedaba lo depositó dentro. Una vez que cerró, suspiró aliviado. Quitar de su vista el cuerpo y tenerlo a buen recaudo en el coche hizo que un ligero rayo de esperanza se abriera en su pecho. Pero aún le quedaba mucho trabajo por hacer.

Apagó el motor del vehículo y activó el mando a distancia maldiciendo el sonido del cierre centralizado.

De nuevo volvió al lugar del crimen a recoger sus pertenencias y cubrir las pruebas que pudiera haber. Con una rama barrió las huellas del arrastre del cuerpo hacia la maleza. Miró por última vez lo que fue lo más parecido a un hogar que había tenido en los últimos años y le dijo adiós. Sabía que no podría volver allí nunca más. Volvió al coche y metió los cartones que le habían servido de colchón y aislante en los días de frío, la mochila y la bolsa de plástico. Eso era todo lo que poseía en su vida. Arrancó y con una idea en mente se dirigió a la autopista.

CAPÍTULO 14

TINA – LA PENA



Hay historias familiares que tus padres te cuentan hasta la saciedad cuando eres pequeña. La narración es casi idéntica. Está impregnada de emoción, intriga y dolor, como si fuera la primera vez que te la explican.

Mientras ahogo mis penas en lágrimas con los gritos embotellados en la almohada con la cadena de mi hermana en el puño, por primera vez soy muy consciente de cómo el destino marca la vida de las personas.

Desde una edad temprana nos han relatado, de manera reiterada, que Valen y yo experimentamos el síndrome de transfusión feto-fetal mientras estábamos en el útero materno. Consiste en que uno de cada dos mil embarazos gemelares donde se comparte placenta hay un riego sanguíneo descompensado entre gemelos. Mientras uno de ellos pierde sangre, el gemelo donante; el otro la recibe, convirtiéndolo en el gemelo receptor. Ambos bebés pueden tener problemas, normalmente, el donante suele nacer más pequeño, tiene anemia, está deshidratado y pálido.

Esa era Valen.

El gemelo receptor, en cambio, nace más grande, con la piel enrojecida, demasiada sangre e hipertensión arterial. Puede tener insuficiencia cardíaca debido al alto volumen sanguíneo.

Esa era yo.

Nuestro tamaño desigual como gemelas idénticas nos convirtieron en gemelas discordantes. Por suerte lo detectaron a tiempo y mediante cirugía fetal con láser interrumpieron el flujo de sangre entre nosotras. Si no probablemente una de las dos, o ambas, hubiéramos muerto. Yo necesité una reducción del volumen del líquido corporal o exanguinotransfusión y medicamentos para prevenir la insuficiencia cardíaca, y Valen necesitó una transfusión de sangre para tratar la anemia.

Gracias a Dios las secuelas no fueron graves, pero Valen siempre había tenido el estigma de ser la más débil y enfermiza de las dos y parece que de forma indirecta mis padres me culpaban a mí de que le hubiera robado la sangre en la placenta. O por lo menos eso sentía yo. ¡Pobre Valen! Había pesado muy poco al nacer y era una cosita pequeña y tú, en cambio, ¡estabas hinchada como un pavo el día de Navidad!

Por ello, que pusiera tanto empeño en patinar y que se levantara una y otra vez después de cada caída en el frío hielo era visto por mis padres como un logro aún mayor. Era todo un milagro que aquella cosita pequeña e insignificante al nacer se convirtiera en un motivo de orgullo tan grande. En contraposición yo no había destacado en nada en concreto y pasaba por la vida deslizándome sin brillar.

Y menos aún tras la muerte de Valen.

Para ellos se había ido la niña de sus ojos. Su motivo de orgullo. En cambio, me había quedado yo que me limitaba a estar encerrada en mi mundo presa de la pena. No se daban cuenta que tras su muerte me embargaba una sensación de soledad insoportable, tenía la percepción de ser una persona distinta e incompleta. Sin ella lo único que quería era aislarme del mundo refugiándome en unas emociones que nadie entendía salvo yo. Era como si una parte de mí misma se hubiera muerto, parte de mi identidad, parte de mi yo. Como si al ser la gemela superviviente tuviera que reconsiderarme como hija única.

Mi pérdida era mayor que la de ellos, no lo entendían y no me iba a molestar en explicárselo. Sin saberlo, entré en una espiral de

dolor y pérdida abrumadora como si me hubieran amputado parte de mi ser. Deseaba reunirme con ella.

Y más de esa forma tan horrorosa, con lo experta que era patinando era imposible que se hubiera ahogado. No podía ser un accidente. Después de meses meditándolo he llegado a la conclusión de que Valen fue al lago a quitarse la vida. Y yo no lo vi venir. Que no hubiera confiado en mí era la parte que más me dolía. Éramos parte de un solo ser.

En este momento, con la cadena de mi hermana aferrada en el puño y haciéndome un pequeño punto sanguinolento en la palma de mi mano, tomo la determinación de mi *leit motiv* de vida. Tengo que averiguar por qué mi hermana llegó a la conclusión de que no quería seguir viviendo. Para ello tengo que volver a la universidad donde pasó los últimos meses, volver a Estados Unidos. Para mi desgracia tendré que retomar mis malditos estudios.

CAPÍTULO 15

PACO – EL DEPÓSITO



Paco condujo de forma ejemplar hasta la entrada a la autopista y se incorporó por el carril de aceleración, respetando al máximo los límites establecidos en las señales de tráfico. No quería incurrir en ninguna sanción o que le pusieran una multa por exceso de velocidad portando un cadáver en el maletero. Hubiera sido muy kamikaze por su parte. Una señora que iba en paralelo a su vehículo lo miró con extrañeza y un poco de repulsión. Desplegó la visera solar y comprendió el motivo al ver su reflejo en el espejo. Por un momento se asustó ante su propia visión. Seguía siendo un vagabundo conduciendo un coche, y se sentía fuera de lugar. En los últimos años, en la medida de lo posible había estado evitando mirarse en cualquier objeto reflectante para ver su rostro. Sin embargo, en aquella ocasión se mantuvo la mirada. Mugre y patas de gallo que no recordaba le devolvieron el reflejo. Pero también vio en sus ojos azules un destello de esperanza que creía apagada. Tal vez esa locura fuera el inicio de algo, por lo menos de la ruptura de la monotonía de sus días y de la pérdida de sí mismo. Quizá esa desdichada experiencia fuera el medio para un cambio de vida, y si acababa en la cárcel, al menos lo habría intentado.

Divisó la señal del cementerio de Montjuïc a su derecha y giró por la salida 13 de la Ronda Litoral, pensó que deshacerse del cadáver en el cementerio sería una idea genial, pero enseguida se percató de que había cámaras de seguridad y vigilantes. Por lo que su maravillosa idea fue frustrada en un santiamén. Por suerte había pensado en varias alternativas para mandar el cuerpo de Arturo a paseo. Se dirigió por la calle Motors hasta una zona apartada y aparcó el vehículo.

Sacó la palanca del maletero y abrió la tapa de una alcantarilla de gran tamaño, lejos de la calle principal y de las naves industriales. Le costó la vida moverla, debido a su peso, pero finalmente pudo hacerlo. Era profunda y supuso que hacía mucho tiempo que nadie la visitaba. Le pareció un buen lugar.

Extrajo el saco de dormir del maletero y depositó el cadáver de Arturo en el suelo, cerca de la abertura de la boca de la alcantarilla. Lo fue empujando por los pies hacia la boca oscura y lo lanzó al vacío. Nunca olvidaría el sonido del cuerpo chocando con la vertiente del agua. Supuso que en pocos días el hedor sería insoportable, pero confiaba en que las ratas eliminaran la mayor parte de los restos. Y que la pestilencia propia de la cloaca disimulara el olor de la putrefacción y le diese más tiempo. Lo necesitaba.

Cerró la tapa de la alcantarilla y barrió la tierra con su calzado lo mejor que pudo para borrar su paso por allí. Pensó que ese día se había convertido para él en una especie de borrón y cuenta nueva. Recogió con aprensión el saco de dormir del suelo y lo metió en una bolsa de basura que había en el coche. Creyó que jamás podría volver a taparse con él, se había convertido en una mortaja. La metió dentro del maletero y cerró la puerta con suavidad.

Antes de irse echó un último vistazo a la improvisada tumba de Arturo y una lágrima se vertió por su rostro. La primera en mucho tiempo que dejó un surco sinuoso en la mugre de su cara.

Cerró los ojos y rezó una oración por su alma.

Subió al coche y buscó una localización distinta para seguir su plan de huida.

CAPÍTULO 16

TINA – TEMA TABÚ



—Veréis, he estado pensando que tenéis razón. He decidido volver a la universidad y retomar mis estudios —les digo. Y acto seguido la mandíbula de mi madre se abre unos grados de incredulidad.

Si la realidad en casa no fuera tan dramática, me habría reído de lo lindo al ver la cara de mis padres al darles la noticia. Por supuesto que no voy a decirles que tengo un plan, que voy a reconstruir la vida de mi hermana de los últimos doce meses antes de su desaparición, bonito eufemismo de su suicidio.

Voy a centrarme en el período que se fue a la universidad a vivir en la residencia del campus. Cuando nuestros caminos se bifurcaron cada vez era más distante y hermética con papá y mamá, pero lo que no podía entender es que lo fuera también conmigo.

Me tortura no encontrar el motivo de quitarse la vida. No saber encontrar la chispa que la llevó a querer salir de este mundo. En este último año me he informado sobre los suicidios, son un tema vetado, tabú, que no salen en los medios de comunicación para evitar el efecto llamada. Estos días he buscado noticias respecto a la chica del andén y no he podido encontrar nada de ella, como si nunca hubiera existido. En cambio, sí hay informes de hurtos de

cobre en los trenes de cercanías, como si una vida robada, seguramente por la depresión y un vagón como una bala simbólica, fuera insignificante.

Me duele que no existan campañas públicas para tratar esta lacra que duplica las muertes causadas por accidentes de tráfico. No se normaliza el hecho de que una persona quiera atentar contra su propia vida a causa de que para buena parte de la sociedad sigue siendo un pecado. Por ello la prevención no llega a los afectados, a los futuros suicidas que no saben qué hacer para buscar ayuda. Lo sé de primera mano, es un peso demasiado grande que alberga mi corazón.

Pienso en la chica del andén. Tardaré en olvidar su mirada triste, la opacidad de sus ojos carentes de ilusión, como si la pulsión de la vida se hubiera escapado por ellos.

Sacudo la cabeza con vehemencia y aparto de la mente esa imagen de un plumazo como a una mosca molesta. Me recuerda a los ojos de Valen. De la última videollamada que hice con ella. Me resulta muy doloroso pensar en eso. No supe distinguir lo que me decía su rostro.

Y ahí estaba de nuevo el sentimiento de culpa, como un huésped que se aloja más tiempo del que te gustaría en tu casa. No supe detectar a tiempo aquella mirada que, ahora entiendo, pedía a gritos socorro. No estuve allí para ella.

Me estoy rascando los brazos de nuevo, sin ser consciente, como si las manos tuvieran vida propia, me duele demasiado pensar en Valen. Quizá reconstruir su último año de vida me dé esa paz que tanto ansío. Tal vez encuentre respuestas, pero quizá no sean las que yo querría hallar.



CAPÍTULO 17

RAQUEL WILLIS – EL VIGÍA



—Hola, Jordan, soy la señora Willis, disculpa que te moleste.

—¿Señora Willis? Cuánto tiempo sin hablar con usted. ¿Va todo bien? No hablamos desde hace mucho, desde que encontraron el cuerpo de Tina y la enterramos.

—Lo sé. La verdad es que me resulta muy difícil volver a hablar contigo, ya sé que no tienes la culpa de nada, pero es que, sin querer, te relaciono con ella y todo el dolor y toda la pena vienen a mí como una tormenta.

—Para mí es lo mismo, incluso su timbre de voz es similar al de ella, mira que he intentado pasar página. La gente no para de decirme que soy muy joven y que tengo que rehacer mi vida, pero no es sencillo. He intentado tener citas y otras parejas, pero tengo un muro en el corazón que me impide implicarme, que me impide sentir.

—Espero y confío en que puedas superarlo, Jordan, el tiempo lo cura todo, o por lo menos eso dicen, el tiempo mitiga el dolor.

—Ojalá tenga razón.

—Verás, te llamo abusando un poco de tu confianza. Sé que querías mucho a mi hija.

—Por supuesto. Más que a mi vida.

—Es por Tina.

—¿Qué ha pasado?

—Supongo que ya lo sabrás, pero estuvo un tiempo muy perdida cuando Valen se fue a estudiar fuera, sumida en una fuerte depresión.

—Sí, algo me contó Valen, que su hermana estaba muy mal, pero luego se fue volviendo más y más hermética conmigo y ya no me contaba gran cosa. Después Valen parecía cada vez más hundida, sentía remordimientos por dejarla sola. Yo intenté hacerle entender que tenía una vida, lejos de ella. Que era una persona y no parte de otra. No sabía cómo ayudarla, en las últimas semanas parecía que me rehuía. Decía que no me preocupara, que todo iba bien, que solamente estaba muy estresada con los estudios.

—A nosotros también. Parecía que todo era normal. Pero la realidad era otra, por eso te pido ayuda con Tina. Verás, cuando encontraron el cuerpo de Valen en el lago, intentó acabar con su vida. Ahora parece que está mejor, su psiquiatra nos ha asegurado que si sigue tomando la medicación antidepresiva el riesgo de suicidio está minimizado. Pero como madre es inevitable padecer por una hija, no creo que pudiera soportar otra pérdida —dice conteniendo el sollozo.

—¡Oh, lo siento mucho, señora Willis! ¡No sabía nada! Debe de haber sido horrible para ustedes revivirlo todo. Lo siento de veras… ¿En qué puedo ayudarla?

—Pues precisamente por eso te llamo. Para nuestra sorpresa, va a retomar los estudios de Psicología. Me gustaría que fueras mis ojos. Su psiquiatra nos anima a que le demos una oportunidad y confiemos en ella. Pero nos da miedo, porque, en cierto modo, la historia se repite, es inevitable estar preocupados. Aunque es un poco esperanzador al mismo tiempo, por primera vez en un año la vemos ilusionada con algo.

—Verá, es que mi relación con Tina…, no acabó bien. Sería un poco raro aparecer así, de la nada, en su vida.

—¿No? Pensé que manteníais el contacto.

—Al principio sí, compartir el dolor y saber que otra persona la conocía tanto como yo nos unió mucho. Incluso en cierto modo me sentí confundido en ocasiones. Como eran tan iguales físicamente y echaba tanto de menos a Valen recurría a ella. Me da mucha vergüenza confesar esto, pero Tina quiso traspasar los límites conmigo y por ahí no estaba dispuesto a seguir. Le guardo mucho respeto a Valen y no me parecieron bien las insinuaciones de Tina. Estaban fuera de lugar y me violentaron.

—¿Tina hizo eso? La verdad es que no me sorprende mucho, siempre ha sentido celos de su hermana. Te voy a poner un ejemplo tonto, si tenían dos muñecas siempre quería la de ella, si les ponía un plato de comida en la mesa miraba a ver si el de su hermana tenía más que el suyo. Eso hasta cierto punto era normal entre hermanas, sin embargo, cuando tenía unos seis años, la descubrí una mañana que mantenía a su hermana debajo de una almohada y jugaba a ver si aguantaba la respiración y hasta cuándo. Me asusté de veras. Me dijo que era un juego, pero ver a Valen tan indefensa y que se dejara hacer, me produjo mucho miedo. Era enfermiza esa sumisión, su capacidad para controlarla. Temía que pudiera causarle daño. Me da pena hablar de esto, porque ambas son carne de mi carne, pero no me extraña que intentara conquistarte, Tina siempre ha querido poseer todo lo que tenía Valen.

—Pues podría haber tenido un buen amigo, pero lo echó todo a perder.

—Así es, Tina lo quiere todo o nada.

—No se preocupe, seré su vigía.

—Muchas gracias, chico, dale recuerdos a tu familia.

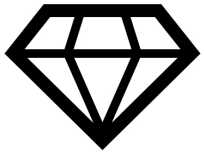
—Se los daré. Gracias, señora Willis. Cuídese mucho. Dele recuerdos a su marido.

—De tu parte. Estamos en contacto.



CAPÍTULO 18

PACO – EL NUEVO YO



Una vez se hubo deshecho del cadáver, lo más urgente era intentar cambiar su imagen. Se dirigió por la calle Motors hasta una zona apartada entre dos empresas que no tenían cámaras de vigilancia. Por suerte para él, era la madrugada del sábado al domingo y aquellas empresas estaban cerradas. Eran las seis de la mañana y faltaba muy poco para amanecer. El horizonte ya era de un color anaranjado y la temperatura estaba empezando a subir.

Se quitó la camiseta. Se metió por la cabeza una bolsa de basura que había en el maletero. La había desplegado y hecho un agujero en el centro convirtiéndola en una especie de capa de barbero. Entonces, dirigió el espejo retrovisor hacia él y abrió la visera solar para tener un ángulo de visión mayor. Con la tijera que había sacado del neceser empezó a cortarse la barba y el pelo hasta dejarse un tamaño de un centímetro. Tanteaba por detrás el cabello, arando con la medida de sus dedos con la izquierda y cortando con la derecha. Sabía que seguramente estaría hecho un desastre, lleno de trasquilones, pero de momento le serviría para salir del paso. Luego vertió agua en un recipiente de plástico que tenía entre sus pertenencias y se afeitó lo mejor que pudo. Se hizo bastantes cortes en la cara a consecuencia de que había perdido la práctica, fue pegando pedacitos de papel higiénico en su rostro para detener la

sangre que manaba, convirtiéndolo en un mapa de heridas como banderas rojas en la costa. Contemplar su reflejo en el espejo estaba siendo liberador, poco a poco veía cómo se iba convirtiendo cada vez más en lo que un día fue.

Luego tiró los restos de la palangana fuera del coche y la rellenó de nuevo con agua, vertiendo un poco de gel de baño. Empapó la camiseta con esa mezcla y fue frotándose por la cara y el torso. El efluvio del olor del gel de baño hizo que se sintiera cada vez mejor, borrando la fetidez de su cuerpo poco a poco.

Se puso desodorante. Se lavó los dientes y se enjuagó la boca con agua. Después tocó cortarse las uñas de las manos.

Abrió de nuevo la mochila de Arturo y cogió su ropa con un poco de repelús. Decidió que se la pondría. Por suerte era de su misma talla, a veces la vida te sorprende con casualidades, o quizá el destino, no estaba del todo seguro.

Se quitó los pantalones y empezó a vestirse. Tendría que contentarse con ponerse la ropa de Arturo por encima de sus calzoncillos tiesos por la suciedad y raídos. Pantalones, camisa, chaqueta y corbata. Le llevó un rato acordarse de cómo se hacía el nudo de la misma, pero al fin lo consiguió. Quizás las viejas costumbres nunca se perdían. Se roció el conjunto con una buena cantidad de colonia y se contempló en el espejo:

—Joder, Paco, ¿dónde has estado todo este tiempo? ¡Estás hecho un chaval! —soltó una carcajada de felicidad sintiéndose fenomenal por primera vez en no sabía cuánto tiempo.

Es verdad que le quedaba un poco grande, pero es que había perdido mucho peso en los últimos años malviviendo en la calle.

Se puso los mocasines por encima de sus calcetines roñosos y con tomates. Le pareció casi un sacrilegio, pero no iba a hacerles un feo a unos Prada. Era un número mayor que el suyo, pero pensó que era como caminar sobre las nubes. Ya se ocuparía de las uñas de los pies en otro momento.

Metió sus harapos y sus crocs de imitación barata en otra bolsa de basura y las tiró en un contenedor. Cruzó la calle y tiró el saco de dormir a otro. Quería dispersar las pistas al máximo. Por primera vez en muchos años se volvía a sentir un ser humano.

Miró al cielo y dio gracias a Dios por disfrutar del nuevo día que se abría por el horizonte. El astro rey daba paso a una nueva función. Se sintió fatal; supo con seguridad que Arturo no lo iba a contemplar jamás. Sus ojos, seguramente, ya serían pasto de las alimañas

CAPÍTULO 19

TINA – LA LLEGADA



No hay nada que mi padre no consiga moviendo hilos, es pertinaz, reivindicativo y cabezota nivel extremo. Por eso lleva tres meses insistiendo para que convaliden los pagos de la carrera de Valen y los transfieran a mi matrícula. Cosa que ha conseguido. Han tenido en cuenta que mi padre les ha insinuado que llamará a la prensa si no lo hacen y les ha recordado que mi hermana se suicidó mientras cursaba sus estudios allí. ¡Plaza conseguida! Punto para papá.

Además, he tenido la suerte inmensa de que una chica de la residencia se haya fracturado la pierna en un accidente de moto este verano. De verdad que lo siento por ella, pero a mí me beneficia su mala pata, nunca mejor dicho.

Hace unas horas que he llegado al aeropuerto y un taxi me ha traído a la residencia. Estoy subiendo las maletas y llamando a mi habitación compartida. Oigo una voz que me dice que entre. Pues es lo que hago:

—Hola, soy Tina —digo a la chica que está tumbada en la cama leyendo un libro de psicología social.

—Hola, Tina. —Se levanta y me da la mano—. Me llamo Beth. Llegas un poco tarde, las clases empezaron hace tres días.

—Lo sé. He tenido problemas con la matrícula, pero ya está todo solucionado. Es una larga historia.

—¡Ah, vale! Si tienes problemas para adaptarte yo te puedo ayudar a ponerte al día.

—¿Sí? Te lo agradezco mucho, Beth. —Me da buena vibra mi nueva compañera de habitación. Parece maja, voy a cruzar los dedos.

La habitación es sencilla, pero está francamente bien. Dos camas pegadas a cada lado de la pared. Un armario para cada una y dos escritorios. Lo mejor es que tenemos una ventana enorme que deja entrar mucha luz. Por ella puedo ver a los alumnos que van hacia la cafetería para empezar el día con un chute de cafeína para despertar a sus neuronas.

Coloco mis pertenencias en el armario y preparo los libros para las asignaturas de la mañana en la mochila.

—Veo que tienes varios libros que coinciden con los míos. —Señalo la pila de tochos que hay en su escritorio—. Creo que coincidimos en varias asignaturas.

—Pues seguro que sí. Por cierto, y creo que es una pregunta un poco indiscreta, si quieres no me la contestes, pero es que tengo costumbre de no tener pelos en la lengua. ¿No eres un poco mayorcita para ir a primer curso?

—La verdad es que sí, dejé mis estudios hace más de un año. Y ahora he vuelto. No pensé que lo haría, ¡pero aquí estoy!

—Bueno, supongo que nunca es tarde para volver. —Sonríe.

—Cierto. Voy a ir a la cafetería a desayunar antes de ir a clase de psicología del desarrollo. ¿Te vienes?

—No, tengo que hacer un par de cosillas antes de ir a clase. Nos vemos allí, que yo también tengo esa asignatura.

—¡Buff! Por cierto, me han dicho que la profe, es un hueso.

—¿La señorita Dickinson?

—Esa misma.

—Creo que su fama la precede.

—¡Ay! Pues creo que voy a necesitar un café doble, debo estar totalmente alerta por si se le ocurre preguntarme algo.

Beth suelta una carcajada. A veces echo de menos reír de forma despreocupada y sin sentirme culpable por ello.

Recuerdo que en muchas ocasiones mi hermana había mencionado a la señorita Dickinson, despotricaba de ella cosa mala. Cada videollamada salía el tema de lo exigente y puntillosa que era. Supongo que puede ser de esos profesores que dejan huella en los alumnos y que sacan lo mejor de cada uno. Si resistes la presión, claro. Me he matriculado en las mismas asignaturas que hacía Valen.

Bajo a la calle y voy directa a la cafetería. Pido un café con leche cargado y un cruasán de chocolate y veo que no hay ningún asiento libre, solamente veo un hueco al lado de un chico. Al lado de la cristalera que da al campus.

—Perdona, ¿está ocupado?

Levanta la cara que estaba mirando la pantalla del móvil y pone cara de sorpresa. Tarda unos instantes en reaccionar mirándome fijamente. Me sonríe.

No puedo creer que sea Jordan.

Se me muda el semblante y noto como me arde la cara de la rabia.

—Desapareciste de golpe, sin darme una explicación. ¡Me bloqueaste! Yo creía que querías a mi hermana, que estábamos unidos por el mismo dolor. ¡Qué rápido pasaste página! ¡Seguro que a los dos días estabas tirándote a otra!

Me doy cuenta de que he alzado más la voz de lo que debería y que la gente de las mesas de alrededor nos observan sin ningún disimulo.

No lo veía desde el entierro de mi hermana. Detesto reconocerlo, pero está más guapo de lo que lo recuerdo. Él me mira y no dice nada y me hierve la sangre.

Me giro con tanta velocidad que el contenido del café con leche se sale de la taza, se desborda por la bandeja y me salpica la pechera de la camiseta. Quedar en ridículo delante de él me supera.

Voy a las escaleras de fuera y me siento con la bandeja encima de mis piernas intentando calmarme.

«Tranquila, Tina. Ya te lo dijo la terapeuta. Debes canalizar tus emociones y relajarte. No puedes dejar que una cosa tan tonta

como esa te domine», pienso inhalando aire por la nariz y sacándolo por la boca.

Una vez más me pellizco los brazos con ansia, por encima de la camiseta, lo hago sin darme cuenta. Me hago tanto daño que reprimo las lágrimas. Se me ha quitado el apetito y dejo la bandeja en el escalón. En cuanto estoy fuera de la vista de la gente, me remango y torpedeo mi piel con las uñas hasta que abro una línea sanguinolenta en ella. Esto me calma lo suficiente para decidir entrar para dejar la bandeja en los rieles de la cafetería destinados para ese uso y envuelvo el cruasán con una servilleta para más tarde.

Veo de reojo a Jordan que me está mirando de nuevo y me saluda de lejos con la mano. «¡Maldito imbécil!». Cómo me molesta que tenga la capacidad de enfadarme.

Con esos pensamientos me voy de vuelta a mi habitación para cambiarme de ropa, no puedo ir con esta camiseta a clase apestando a café el primer día. Por suerte, cuando llego no está Beth y me puedo cambiar sin que me vea las heridas y cicatrices de los brazos. Me pongo otra camiseta de manga larga, a pesar de que hace bastante calor aún en septiembre y me dirijo a clase. Ya no hay nadie en los pasillos y tardo un rato en ubicarme por el recinto. Me arrepiento un poco de no haber aceptado el ofrecimiento de Beth de ir con ella hasta el aula.

No puedo creer que llegue tarde en mi primer día. Abro la puerta de la sala y todas las miradas se dirigen a mí.

—Señorita Willis, llega tarde —alza la voz la señorita Dickinson con un timbre duro y potente—. La disculpo hoy por que es su primer día y me avisaron de que se incorporaría tres días tarde. No tolero la impuntualidad, si llega otra vez después de que suene la campana no se le permitirá entrar en el aula. ¿Lo ha entendido? Ahora tome asiento y no interrumpa más mi clase. Ese será su asiento definitivo todo el semestre.

—Perdone, no volverá a pasar, señorita Dickinson. —Me sonrojo y me miro los pies pensando que esto no puede estar ocurriendo.

Entonces me doy cuenta de que estoy como un pasmarote de pie al lado de la puerta y que tengo que sentarme para que la clase

se reanude y no seguir siendo el centro de todas las miradas.

Levanto la vista, localizo un sitio en la última fila y respiro aliviada. El aula es un semicírculo y me recuerda al coliseo romano. Pienso que la fiera está en el foso y reprimo una sonrisa.

Al acercarme veo con perplejidad que Jordan está sentado en la primera fila.

Noto como mi cabreo va en aumento.

«¡Por Dios! ¿Voy a tener que aguantar a ese gilipollas todo el semestre? ¡No me veo capaz de soportarlo!», pienso asqueada.

Por un momento me dan ganas de coger mi mochila y huir del aula, pero no puedo hacer eso. Es lo que mis padres se esperarían de Tina. Valen no se merece que sea tan cobarde. Hago de tripas corazón y decido ignorarlo el resto del tiempo hasta que tocan el timbre de fin de la clase. Intento contener la pulsión de despellejarme. Nunca me había alegrado tanto de que un sonido me taladrara los oídos.

CAPÍTULO 20

PACO – LA LISTA



Cogió de nuevo el coche y la inercia le hizo volver a las inmediaciones de la montaña de Montjuïc. Se detuvo en la carretera de Miramar y aparcó el coche en un sitio donde podía estar tranquilo. Por primera vez fue consciente de que tenía una leve oportunidad de salir de aquella situación, pero debía jugar bien sus próximas cartas. Aún no se había atrevido a deshacerse de la pistola, los contenedores le parecían un mal lugar para tirarla, por si la viera algún empleado municipal. Creía que lo mejor sería enterrarla en algún lugar del parque de Montjuïc, pero le daba miedo que algún niño o transeúnte pudiese encontrarla algún día y tener un accidente. Se decidió por bajar del coche y enterrarla en la base de uno de los cactus de los Jardines de Mossèn Costa i Llobera, intentó hacerlo rápido y marcó la ubicación con un conjunto de piedras alrededor de la planta, por si tenía que recuperarla. Procuraría darse prisa, porque sería un poco extraño ver a un desconocido paseándose por allí con un traje de tres mil euros y escarbando en el suelo.

Volvió al coche. Cogió la botella de agua y se lavó las manos en la acera. Estaba teniendo demasiada suerte. No se había cruzado con nadie, pero eso seguramente iba a cambiar con la llegada del día. Una vez que hubo limpiado sus manos, se montó de nuevo.

Cayó en la cuenta de que por las prisas no había tenido tiempo de revisar la cartera de Arturo, es más, aún no se había deshecho de ella. La había dejado en la mochila y ya iba siendo hora de mirar qué contenía. Se la puso sobre las piernas y abrió la cremallera. Al coger la cartera también se percató de que aún conservaba el móvil de Arturo. Se maldijo por ser tan imbécil de no pensar en desbloquearlo con su huella, ahora ya era demasiado tarde para ello porque no iba a volver a las alcantarillas para recuperar su cadáver o su dedo que era lo único que necesitaba. Tampoco tenía la certeza de que fuera a funcionar el tema de las huellas dactilares una vez que la persona estuviera muerta. No iba a correr un riesgo innecesario. Creía que los iPhone se podían rastrear y eso no se lo podía permitir. No sabía cuándo se daría la voz de alarma sobre la desaparición de Arturo, ni siquiera si aquel tipo tenía alguien que lo echase de menos. Suponía que a él tampoco. Por ello y muy a su pesar salió del coche de nuevo mirando que nadie pasara y pisoteó el teléfono. Después lo escondió entre la basura de una papelera. Le exasperó tener que hacerlo; podría haber sacado un buen fajo de billetes por él.

«Paco, ponte a revisar de una vez la maldita cartera, que te distraes con una mosca que pasa».

Cogió un bolígrafo y un papel de la guantera e hizo una lista de cosas que le quedaban por hacer:

- ~~Limpiar la escena.~~
- ~~Deshacerse del cuerpo.~~
- ~~Deshacerse de la pistola.~~
- Revisar la cartera.
- Inspeccionar el coche.
- Comprobar la tarjeta de la habitación 507 del hotel Miramar (si tengo el valor suficiente)
- Huir lejos de allí.
- Buscar una nueva ropa, canta demasiado pasearse por ahí con esta guisa.
- Conseguir dinero.
- Deshacerse del coche.
- Averiguar ¿por qué yo? ¿Quién era Arturo?

De momento pensó que eso era todo, pero seguro que habría más cabos por atar. Creyó que hacer una lista así era la cosa más

absurda e incriminatoria que podría hacer jamás, pero temía dejarse algo por hacer.

CAPÍTULO 21

TINA – SIGUIENDO SUS PASOS



Los primeros meses tengo tanto por leer y tantas tareas por hacer, que casi se me olvida la misión por la que estoy aquí. Además, estoy tan concentrada en esquivar e ignorar a Jordan que tengo que hacer verdaderos esfuerzos por seguir las clases.

—Tina, ¿qué te pasa? Te veo muy dispersa en clase y últimamente te oigo por las noches que te revuelves en sueños. ¿Puedo ayudarte en algo?

Beth no reconoce a la chica que conoció en las primeras semanas, se ha vuelto taciturna e introvertida, en más de una ocasión la ha descubierto hablando sola y escondiendo en un cajón lo que parecía un diario. Las malas lenguas del campus le han contado qué es lo que pasó con su hermana gemela y si al principio le daba pena, la convivencia con ella se estaba volviendo casi imposible. A veces la pillaba mirándola fijamente cuando pensaba que dormía. Le estaba empezando a dar bastante repelús.

—No. Estoy bien —expreso sin mucho convencimiento sabiendo que ando obsesionada con Jordan y que no me puedo concentrar.

—Pues a mí me ha tocado hacer el trabajo de grupo con Bill, tengo que hacer verdaderos esfuerzos por reprimir las arcadas al mirarle los granos de la cara. ¡Qué grima! ¿Te has fijado que tiene

toda la cara llena de marcas? ¡Arggg! ¡Qué asquito! No sé cómo no se molesta en resolver ese problema. Yo no podría salir así a la calle.

El comentario de Beth me molesta y me duele en lo más profundo. Contando que tengo los brazos repletos de cicatrices, es una pulsión que no puedo controlar, todo empezó desde que vi a aquella chica tirarse a las vías del tren hace tres meses.

No soy consciente de que me he parado en mitad del pasillo y que la estoy mirando con desprecio.

—Pues me parece fatal que digas eso del pobre chaval, a lo mejor no puede evitar tocarse la cara. ¿Te crees doña perfecta o qué? ¿Quién eres tú para juzgar las imperfecciones de los demás?

—¿¡A qué ha venido eso!? —sisea con cara de incredulidad y con los ojos llorosos—. Tampoco es para tanto, ni que fuera tu amigo o algo. Si sigues así de borde te vas a quedar sola. Bueno, ya te estás quedando sola.

—Pues mira por donde, mejor sola que mal acompañada.

—¡De qué vas! Si te das cuenta yo soy la única amiga que tienes, ni siquiera te molestas en entablar conversación con nadie. Antes me dabas pena, por lo que le pasó a tu hermana, pero estoy teniendo mucha paciencia contigo.

—¿Cómo te atreves a nombrar a mi hermana ni tan siquiera? ¿Qué te crees que no se ven los granos que ocultas bajo esa espesa capa de maquillaje? ¡Pareces un puto payaso! Tendrías que lavarte esa jodida boca con lejía antes de referirte a Valen. Y de paso, que sepas que con esa cara te ves ridícula. Mírate a ti misma antes de criticar a los demás.

Sonrío para mis adentros. No estoy orgullosa de ser jodidamente despiadada con la gente, pero en lo que a peleas dialécticas se refiere siempre procuro tener la última palabra. Sé dar en la diana con lo que más puede herir a mi contrincante.

Veo con deleite que Beth se pone pálida a pesar de esa gruesa capa de maquillaje, me sorprende que eso sea posible. Mira avergonzada a las dos chicas que se han detenido en el pasillo y que se ríen debido a que han escuchado nuestra discusión.

Sus puños se aprietan con fuerza a ambos costados de su cuerpo.

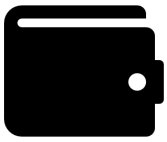
—Eres cruel y mala persona. ¡No me extraña que tu hermana se suicidara! —chilla y las lágrimas corren por sus mejillas emborronando sus ojeras con una capa negra de rímel. Se da la vuelta y corre, supongo, a nuestra habitación.

La jodida Beth ha resultado ser un rival inesperado e implacable. Me deja petrificada en el pasillo sin réplica posible.

Jaque mate.

CAPÍTULO 22

PACO – LA CARTERA



«Paco, ponte a revisar de una vez la maldita cartera, que te distraes con una mosca que pasa».

Recitando esa cantinela abrió la cartera de Arturo, ya había visto el DNI, tenía además varias tarjetas de débito y de crédito. Pensó que sería una locura intentar usarlas, suponía que lo primero que haría la policía en el caso de desaparición sería revisar los movimientos bancarios. O por lo menos es lo que salía en las series policíacas que veía hacía unos años, cuando tenía casa y televisión.

—¡Hostias, Paco, cuánta pastuqui! —Alucina con los ojos saliéndose de las órbitas—. No había visto tanto dinero en lo que le parecían siglos.

En la parte trasera de la cartera había un total de dos mil euros en billetes de 500, 200 y 100 euros. Lo primero que pensó era si era lícito disponer de ese dinero, luego creyó que si le preguntaba a Arturo no le importaría, más que nada porque estaba muerto. Además, estaba muy cabreado con el muy mamón por timarle con la recompensa económica, así que se merecía ser robado. Suponía que después de matar a alguien, desplumarlo ya no agravaría la pena.

El tener dinero contante y sonante le hizo sentir fenomenal, solo pensar que podría despreocuparse de qué llevarse a la boca en la siguiente comida le suministró unos años extra de vida.

La cartera también tenía algunas tarjetas de visita, fotos tamaño carnet, la licencia de conducir y algún ticket de compra, de los que se guardan por si acaso tienes que cambiar algún artículo y que en general no sirven para nada. También divisó un papel con cinco dígitos escritos: 59786. No tenía ni idea de qué era, pero lo guardó donde lo había encontrado, quizá era importante. Paco dio por zanjada esa tarea. Por lo demás no encontró nada interesante.

Una vez inspeccionada la cartera se dedicó a revisar la guantera del coche. Se trataba de un coche de alquiler cuya fecha de devolución sería dentro de una semana. Constaba de un seguro a todo riesgo con kilómetros ilimitados. Paco se preguntó por qué habría alquilado un coche para una semana si tenía previsto jugar a un juego cuyo posible resultado fuera incierto y si el resultado era su muerte, quién pensaba que iba a devolverlo. Supuso que para una persona que no le importaba morir o matar, ocupar sus pensamientos en esa nimiedad no tendría sentido. Las preguntas no hacían más que agolparse en su mente y por el momento tenía pocas respuestas.

Una vez revisado el habitáculo del vehículo sin más descubrimientos destacables, meditó en los siguientes pasos a seguir por orden de prioridades. Sin embargo, cuando su estómago empezó a rugir, llegó a la conclusión de que su motor necesitaba combustible y que no sería capaz de pensar en nada más sin llenarlo. Así que recogió todos los papeles y los volvió a meter en la guantera y, a pesar de que era aún muy pronto, se dirigió a la zona de la playa para darse un opíparo desayuno. Pensó que después de la escena dantesca en la cual se había visto involucrado, sería incapaz de volver a probar bocado, pero no hay nada como la capacidad del ser humano para levantarse una vez que se cae. En uno de los restaurantes del paseo marítimo de Sitges, se concedió un homenaje como hacía años que no se había dado y con el estómago lleno, a unas decenas de kilómetros de donde yacía Arturo y con el sol lamiéndole la cara, se sintió un poco menos culpable de seguir con su vida. Como si todo lo acontecido la noche anterior formara parte de una pesadilla.

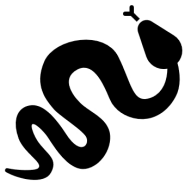
Al acabar de desayunar, y con el estómago a rebosar, sintió que el sueño le vencía; pensó en registrarse en uno de los hoteles de la zona, pero le apuró seguir gastando dinero a mansalva. Aparcó en un sitio muy poco transitado a las afueras del pueblo y se dispuso a dormir unas cuantas horas. Pensó que todo sería más fácil si recuperaba un poco de energía, en esas condiciones se sentía incapaz de seguir ningún plan.

Tomó la lista que había realizado y tachó otra más de las propuestas:

- ~~Limpiar la escena.~~
- ~~Deshacerse del cuerpo.~~
- ~~Deshacerse de la pistola.~~
- ~~Revisar la cartera.~~
- ~~Inspeccionar el coche.~~
- Comprobar la tarjeta de la habitación 507 del hotel Miramar (si tengo el valor suficiente)
- Huir lejos de allí.
- Buscar una nueva ropa, canta demasiado pasearse por ahí con esta guisa.
- ~~Conseguir dinero.~~
- Deshacerse del coche.
- Averiguar ¿por qué yo? ¿Quién era Arturo?

CAPÍTULO 23

BETH – EL TEMOR



En los siguientes días, después del encontronazo con Tina en el pasillo, la convivencia se hizo imposible. Intenté que me cambiaran de compañera o de habitación, pero a esas alturas del semestre no había ninguna disponible. Tendría que seguir aguantando a Tina a no ser que hubiera una baja inesperada.

Me había estado increpando con el tema de su hermana Valen, me preguntaba que si tenía información sobre su suicidio y si yo estaba involucrada de alguna manera. Empezó a faltar a clase y su comportamiento era errático y cambiante. De repente se mostraba cercana, arrepentida y lloraba, pero a los cinco minutos explotaba, te chillaba y se iba dando un portazo.

Llegué a tener miedo en su compañía.

Lo único que se me ocurrió era evitarla durante el día, pero teníamos que seguir durmiendo juntas por las noches.

Un día me acusó de guardar un diario que yo le había visto ocultar bajo el colchón. ¡No entendía nada! Tuvimos una bronca monumental que la oyó todo el pasillo. ¡Estaba completamente loca! Pensé que me pegaría, pero no lo hizo. Quizá hubiera sido mejor que lo hiciera y la expulsaran.

Por suerte en dos días me marcharía a casa de mis padres para pasar las vacaciones de Navidad y la perdería de vista unas

semanas.

Llegó un punto en que me daba miedo permanecer en la oscuridad junto a ella. Temía que pudiera pasarme algo malo.

CAPÍTULO 24

TINA – INTENTANDO SACAR PISTAS



Había intentado que Beth me aclarase lo del suicidio de Valen, pero me hacía el vacío como si no estuviera enfrente de ella, como si no supiera de lo que le hablaba. Yo me había acostumbrado a ir a la biblioteca a estudiar y pasaba el menor tiempo posible en la habitación, con tal de no coincidir con ella. Me desesperaba tanto su silencio que lloraba de la frustración que sentía.

Por suerte se acercaban las vacaciones de Navidad y Beth se iría a pasar unos días a casa de sus padres. Yo había decidido quedarme en el campus, primero para evitar ver a mis padres y segundo porque quería proseguir mi investigación. Días atrás había descubierto a Beth escondiendo algo en un cajón cuando entraba a la habitación. Me pareció muy sospechoso. Cuando fue a ducharse miré lo que era.

¡No podía creer lo que veían mis ojos! Era el diario de Valen.

Cuando llegó a la habitación le pedí explicaciones, sin embargo, me trató de loca y me acusó de que era yo quién escondía el diario debajo de mi colchón. Tuvimos una bronca monumental, casi llegamos a las manos.

No puedo dormir, la vigilo por la noche. Creo que sabe más de lo que dice. Creo que está involucrada en la muerte de mi hermana. Me da miedo su compañía, no tenía tanto temor desde el

día que Valen tuvo el accidente, y en esa ocasión todo fue por mi culpa.

Recuerdo una tarde de las que pasábamos en el pueblo de mi abuela materna, en España, de aventuras, o gamberradas, para ser más específicos. La reté a saltar una tapia para colarnos en un solar que estaba abandonado y repleto de basura. Valen estaba muerta de miedo: los niños decían que la casa que había dentro era de una bruja. Para convencerla a entrar, yo le juré y le perjuré que eso eran tonterías. Entramos a inspeccionar el terreno y le dije que quería jugar a 1, 2, 3 escondite inglés. Se hacía de noche. Valen lloriqueó pidiéndome que lo dejara y que se hacía tarde, que papá y mamá nos estarían buscando preocupados, que saliera de mi escondite. Cabezota de mí, agazapada entre los escombros, me negué a salir por más que gritara mi nombre. La oí suplicar y llorar. Me negaba a perder, rabiosa debido a que la última partida había ganado ella.

Estaba segura de que no se iría, siempre había sido incapaz de hacer algo sin mí, sin mi apoyo, pero esa vez estaba tan aterrada que saltó la valla con tal mala pata, que se cayó sobre un clavo que estaba escondido en la hierba y se atravesó la zapatilla. La oí chillar desesperada y las ganas de ser ganadora se esfumaron, sentí verdadero temor de que algo grave pudiera haberle sucedido. Cuando bajé la tapia tenía la deportiva llena de sangre y la punta del clavo sobresalía por ella. Entré en pánico y corrí como una loca hacia casa para pedir ayuda. Menuda nos cayó. El médico de urgencias nos dijo que tuvo mucha suerte de no atravesar ningún hueso ni alguna estructura importante que afectase el movimiento. Encima le tuvieron que pinchar la vacuna del tétanos y mi hermana odiaba las agujas. Aunque después de que el clavo le atravesara el pie, creo que un leve pinchacito no fue nada. Mis padres estaban furiosos con nosotras. Estuvimos el resto del mes castigadas en casa sin poder salir, fue una pesadilla estar encerradas todo aquel verano por mi culpa, aunque Valen nunca me lo echó en cara, ni me delató. Se le quedó una cicatriz blanquecina, brillante y circular en la planta y el empeine del pie derecho que cuando se ponía morena resaltaba y me hacía sentir culpable.

A veces miro mi pie y creo ver esa cicatriz. Porque, aunque yo no llevase esa marca en mi piel; la sentía como si fuera mía.

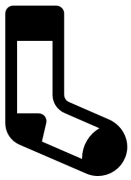
Creo que papá y mamá se vieron muy desbordados por nuestro nacimiento. Eran muy jóvenes y creo que les sobrepasó la llegada de gemelas. De pequeñas nos trataban como si fuéramos la misma persona, esto hacía que no tuviéramos muy clara nuestra identidad individual. Por eso nos volcábamos la una con la otra. Solo estando juntas nos sentíamos completas.

Por eso no comprendí su decisión de ir a la universidad sin mí, encima de vuelta a Estados Unidos, a un mar de distancia de nuestra casa en España, a la que nos habíamos mudado por el nuevo destino de papá en la empresa donde trabajaba. Me sentó fatal. Supongo que nunca creí que tuviera iniciativa propia y que fuera capaz de dejarme de lado de ese modo. Lo tomé como una traición por su parte, entiendo que por una vez en su vida quería ser solamente Valen sin Tina, no la parte de alguien, sino alguien. Encontrar su propio yo. Muchos de aquellos libros que había tomado prestados en la biblioteca eran sobre la depresión y la autoayuda. Me destrozó el alma no haber sido consciente de lo mal que lo estaba pasando. Pero lo que más me dolía era, ¿por qué no acudió a mí en busca de ayuda?



CAPÍTULO 25

PACO – LA ROPA



«No sé quién inventó lo del hábito no hace al monje», pensó Paco mientras se contemplaba en el espejo de una tienda de ropa con una sonrisa satisfecha en la cara. «Está claro que el muy gilipollas nunca se pasó tres años de su vida durmiendo en la calle. No solo me veo mejor, sino que me siento mejor y está claro que la respuesta del mundo hacia mi persona no tiene nada que ver a lo percibido hace menos de cuarenta y ocho horas. Antes era un estorbo, algo incómodo, las personas que me cruzaba evitaban el contacto visual, en cambio, ahora la gente es amable y respetuosa. Ahora me ven. Por primera vez en mucho tiempo vuelvo a ser yo. Hasta ahora no me había dado cuenta cuánto añoraba ser parte de esta sociedad. No sentirme excluido, por mucho que a veces he odiado formar parte del mundo».

—Me queda fenomenal. Tenías razón con la talla —dijo al dependiente—. Me quedo las bermudas, los tejanos, el polo y la camiseta.

—Es que son muchos años vistiendo cuerpazos como el suyo, señor… —Guiñó un ojo el dependiente con descaro.

—Señor García —dijo utilizando el apellido más común que se le ocurrió—. Pero puedes llamarme Paco.

—¡Uy, sí! Tanta formalidad no me va… ¡Mejor te tuteo! Mira qué guapo vas… Es que estás *Paco-merte.* —Soltó una carcajada

atrevida y pestañeó en un evidente flirteo.

Paco, no acostumbrado a recibir esa clase de atenciones desde hace muchos años, ni de ese ni de ningún otro tipo, se sonrojó como un guiri a pleno sol. Nunca había tenido problemas con las tiradas de caña de su mismo sexo, se sintió halagado y en absoluto violentado, como podrían haberlo estado algunos de sus compañeros de la obra años atrás. Pero él echaba de menos disfrutar del cuerpo de una mujer. Le parecía que hacía décadas que no estrechaba a alguien entre sus brazos. Añoraba sentir la calidez de una persona alrededor, sentir su olor, su aliento sobre tu piel. En ese momento lo deseó con tal intensidad que algo se quebró en su interior y una escurridiza lágrima se quedó acumulada en la comisura de su lagrimal, como pidiendo permiso.

«Cálmate, Paco. En las últimas horas has tenido tantas emociones que si hace unos días te lo hubieran anticipado jamás te lo hubieras creído. Ahora no te vayas a morir de un ataque al corazón», pensó inspirando fuertemente.

—Muchas gracias por tu amabilidad, no puedes ni imaginar lo que significan esas palabras, aunque sean mera cortesía de tu parte —contestó con una sonrisa cálida y sincera.

—No, hombre, no. Te lo digo como lo siento. Tienes un buen porte y estás cañón. Eso sí, tienes un gusto pésimo para la ropa interior. Te aconsejo que te hagas con unos bóxer y con un par de calcetines. Y una buena pedicura. Pero bueno, sobre gustos no hay nada escrito. Ya ves que no me callo ni una. Ya me lo dicen mis amigas: ¡Maricón, cuando hablas sube el pan, no hace falta ser tan sincera! Pero una es como es. Y a quien no le guste, ¡pues que se vaya a comprar a otro sitio!

Paco cambió a rojo cangrejo de río hervido.

—Acepto el cumplido y la sugerencia. Ponme también un par de calzoncillos y de calcetines, reina.

—Ahora sí nos entendemos, rey. Si es que eres como un diamante en potencia.

Paco se contempló en el espejo un buen rato más mientras le hacía la cuenta el dependiente, se le fueron 253€ de su presupuesto, pero creyó que estaban muy bien gastados. Junto con el desayuno

que habían sido 43€ estaba gastando dinero más rápido de lo que pensaba. No tendría más remedio que inspeccionar la habitación del hotel de Arturo antes de huir de allí, porque no sabía cuánto tiempo tendría que permanecer escondido hasta que fuera seguro volver.

CAPÍTULO 26

TINA – LA NOCHE



Sonó y sonó y sonó. Y lo oí a la perfección. Pero no me apeteció contestar al móvil. Había estado ignorando mis llamadas y mensajes durante semanas.

No sabía que iba a ser la última vez que tendría la oportunidad de hablar con ella.

Me arrepiento tanto. Debí haberle cogido el teléfono aquella última noche, pero me pudo la ira que sentía en ese momento por haberse atrevido a abandonarme. Me reconcome la culpa. Creo que fue la noche que tomó la decisión de poner fin a su vida. O tal vez la decisión ya la habría tomado y no podía hacer nada para impedir sus actos autodestructivos, o quizá solamente necesitaba saber que estaba ahí y que nunca la iba a abandonar. Aquella última llamada tenía todas las respuestas a las preguntas que me he hecho desde entonces, pero nunca lo sabré.

Recuerdo que siempre habíamos sido incapaces de tomar una decisión la una sin la otra, que con solo una mirada ya sabíamos comunicarnos entre nosotras, un hilo invisible entre cerebros, una especie de telepatía inexplicable. Con frecuencia nos reíamos de la gente porque había una conexión única que nos unía y a la que no tenía acceso todo el mundo. No hacían falta palabras. Los compañeros de clase con frecuencia se enfadaban porque pensaban

que les estábamos tomando el pelo, pero no nos importaba. A veces nos hacíamos pasar la una por la otra y disfrutábamos de lo lindo. También el ser bilingües y dominar perfectamente el castellano y el inglés, porque mamá era española y papá americano, nos facilitaba las cosas. Podíamos comunicarnos sin que nadie se enterara, menos los latinos que fuimos encontrando en nuestra escalada curricular.

Pero toda aquella felicidad se esfumó en el momento. Valen, que siempre había tenido muy claro que quería ser psicóloga, dijo que quería volver a Estados Unidos. Alegó que quería ayudar a la gente a luchar con sus propias mentes, que para ella eso era lo más difícil. Argumentaba que, las enfermedades mentales, ansiedad, depresión, etc., eran la nueva enfermedad de nuestro siglo, y que nadie estaba a salvo de caer en las redes de sus propios demonios internos. Yo pensaba que no se atrevería a hacer nada sin mí, fui tan presuntuosa y egocéntrica. Yo siempre había sido la voz cantante de las dos, la que decidía, la que siempre tomaba la iniciativa. Por eso me quedé pasmada cuando vi a Valen con las maletas en la puerta. Creí que era un farol, que no se atrevería a abandonarme. Pero lo hizo. Y estuve tan molesta que cuando llamaba a casa alegaba una excusa para no ponerme al teléfono y respondía vagamente a sus mensajes cuando me hablaba por WhatsApp diciéndole que estaba muy ocupada. Los meses pasaron y se acercaba Navidad. Yo estaba ansiosa por verla, aunque no quisiera reconocerlo, pero no vino a casa. Mis padres me dijeron que había llamado y que prefería quedarse las fiestas en el campus estudiando, que el billete era muy caro, ¡ni que lo pagara ella!, y que no quería que se gastaran más dinero. Les pareció tan raro como a mí, sobre todo con lo que le gustaban las Navidades a Valen. Yo no sabía qué pensar, claramente nos estaba evitando, bueno, más bien creía que me estaba evitando a mí y que en cierto modo estaba dolida conmigo. No era nada habitual en su carácter dependiente, siempre la tenía pegada como una lapa.

De niñas prometimos que nunca nos separaríamos y que incluso nos casaríamos con otro par de gemelos y que viviríamos los cuatro juntos. ¡Qué inocentes éramos!

La primera disputa de las buenas fue por un chico. Lo recuerdo como si fuera ayer. Tommy vino a vivir enfrente de nuestra casa cuando teníamos quince años. Llegó nuevo al barrio y nuestra madre nos obligó a llamar a su puerta y ayudarlo a que se integrase en el vecindario y también en el instituto. Tenía nuestra misma edad y enseguida nos hicimos inseparables. Era guapo a rabiar, tenía los ojos azules y el pelo castaño rapado por los lados. Su flequillo era ingobernable y tenía la costumbre de soplar hacia arriba para apartárselo de los ojos. Y aquella sonrisa suya abarcaba toda su cara. ¡Estaba loquita por ese chico!

Lo que pasó es que el bueno de Tommy un día invitó a Valen a ver una película al cine. ¡A ella sola! Yo pensaba que ella declinaría la invitación alegando que éramos un pack y que nunca hacíamos nada la una sin la otra. Pero cuál fue mi sorpresa al ver que no solo no le dijo que no, sino que estaba loca de contenta y nerviosa como un flan. Se cambió tres veces de ropa para acudir a la que sería su primera cita con un chico.

Por lo que parecía, el muy imbécil había tomado partido y no había sido yo la elegida. La verdad es que estaba tremendamente ofendida —y celosa— porque pensaba que al ser más extrovertida y la que más destacaba me elegiría a mí sin lugar a dudas, pero resultó que Tommy apreciaba la compañía de Valen y su carácter más sosegado, y tenían bastantes cosas en común. Fue entonces, y no me siento nada orgullosa de lo que hice, cuando me propuse a toda costa ir a por él.

Valen, por su carácter introvertido, era más recatada vistiendo, sin embargo, yo creía que si Dios o la naturaleza, o quién fuera, me había dotado de un buen par de melones les iba a sacar provecho. Al final, con mis armas de mujer, lo conseguí, y una vez que lo tuve perdí interés. Valen estaba muy molesta conmigo y me dijo que en realidad nunca me había gustado, solamente quería ser el centro de atención y salirme con la mía. Me avergüenza pensar que, en parte, tenía razón con sus palabras.

Por suerte mi madre había desistido de vestirnos iguales hacía unos años, cuando ya me planté y le dije que ya bastaba. Creo que si fuera por Valen aún iríamos igual vestidas, como si ser parte de un

todo la reconfortase de alguna manera. Yo era muy diferente en ese aspecto siempre la he querido a morir, pero estaba deseando formar mi propio yo. Ser un ente propio y diferenciarme vistiendo y que la gente no nos confundiera era un gran paso. Ya estaba un poco harta de decir:

—No, te confundes, estás hablando con la otra gemela.

Ya me consideraba un poco mayor para divertirme suplantándonos la identidad como cuando éramos unas crías y nos reíamos de la gente. Sobre todo, a la pobre difunta tía abuela Madison, Mad, la volvíamos loca con nuestras travesuras.

Pero todo había cambiado en el momento en que Valen murió. Si antes me molestaba en lo más hondo de mi ser, que me confundieran con mi hermana, ahora hubiera dado cualquier cosa para que ocurriera, porque ella ya no existía. Aunque tuviera que vestirme igual que ella. Aunque me sintiera mayor y ridícula.

Que me llamasen por su nombre era como si me clavaran un puñal en el corazón y lo retorcieran.

CAPÍTULO 27

PACO – LA HABITACIÓN



Con el culillo apretado cruzó por la recepción del hotel Miramar esperando que en cualquier momento alguien le dijera que a dónde demonios se dirigía. Por suerte hizo como si supiera a donde iba buscando cualquier letrero, de escaleras o ascensor, que le indicara cómo subir a la quinta planta.

El interior del *lobby* del hotel le fascinó, ya no estaba acostumbrado a este tipo de lujo. Tuvo que recordar cuando su vida y su actitud ante ella era otra. Cuando era otra persona y no la sombra de una.

Una lámpara de araña majestuosa coronaba el techo haciendo la atmósfera cálida y atemporal. Las balconeras de cristal dejaban contemplar una panorámica de las plantas superiores. Las escaleras eran impresionantes, estaban iluminadas y parecían flotar. Estuvo tentado a subir por ellas, pero se decidió por el ascensor porque lo dejaba menos expuesto a miradas ajenas.

Portaba la tarjeta de la habitación de Arturo agarrada firmemente en la mano por si se encontraba con algún empleado curioso sobre su emplazamiento, pero por suerte nadie le preguntó nada. En uno de los corredores se cruzó con una chica de la limpieza que conducía un carrito, pero solo intercambiaron un respetuoso saludo.

Cuando pasó por el umbral de la habitación 507 tuvo que contener el aliento. Las vistas al mar eran impresionantes. A aquella hora de la tarde ya había bajado un poco la luz exterior y el mar Mediterráneo resplandeció ante sus ojos, los cruceros de lujo estaban anclados en los muelles, dispuestos a salir. El teleférico del puerto estaba iluminado y las cabinas oscilaban sobre los cables como insectos destellando con la luz anaranjada del sol.

La suite Miramar estaba decorada con lujo y gusto, cosa que no siempre iban de la mano. La terraza tenía dos sillas de mimbre y una mesa redonda. La cama *kingsize* le llamaba con intensidad, hacía mucho que no dormía en una y menos en una como esa, pero al entrar en el baño no dudó en darle prioridad. No recordaba cuándo fue la última vez que se tomaba una larga y placentera ducha, en eso pensaba hasta que vislumbró, en altura, la bañera de hidromasaje. Tardó un rato en saber cómo funcionaba, se sentía un poco paleto y desubicado en ese emplazamiento, pero en cuanto se sumergió en el agua empezó a encontrarse cada vez mejor. Como si se tratara de un bautismo y resurgiera siendo una nueva persona. Tardó bastante en salir, siempre le había gustado esa sensación de ingravidez. En cuanto se puso el albornoz y se iba a calzar las zapatillas, descubrió consternado que el amable dueño de la tienda de ropa tenía del todo razón en cuanto a la pedicura. Sus uñas eran largas y deformes, descuidadas con los años de vivir en la calle. Estuvo un buen rato arreglándose los pies y untándose crema en ellos. Una vez aseado y oliendo como los dioses, puso el cartel de *No Molestar* en el pomo exterior de la puerta. Luchó con firmeza bastante rato contra el ansia que sentía por no abrir el mueble bar, pero sabía que sería incapaz de dormir sin beber. Eran muchos años de dependencia alcohólica a sus espaldas. Tomó una botellita de whisky y se la bebió de un solo trago. El contenido bajó por su garganta y le proporcionó el sosiego que necesitaba. Se juró a sí mismo que dejaría el alcohol, pero pensó que quizá no era el momento adecuado, tal vez nunca lo fuera. Luchó contra sí mismo para no vaciar aquel dispensador, tenía que estar lúcido a la mañana siguiente. Después se metió en la cama como su madre lo trajo al mundo y al instante se quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO 28

TINA – EL ENCUENTRO



Es un encuentro casual. Estoy sentada en el poyete de un ventanal en el pasillo exterior de las aulas. Soy la única que merodea por el campus a esas horas del mediodía. Me da una pereza increíble volver a mi habitación porque sé que sin duda Beth aún estará recogiendo las maletas para pasar las Navidades en familia. El sol es como un regalo que me cubre los hombros con su calidez inesperada a pesar del frío que hace fuera. Como si alguien se hubiera acercado a mí con sigilo y me hubiera envuelto en una manta mientras duermo encogida. Permanezco con los ojos cerrados, dejándome llevar por este abrazo reconfortante, ligeramente amodorrada, por la luz exterior hasta que un ruido, molesto y rítmico, me perturba y me hace salir de ese estado placentero. Sin duda lo reconozco en mi almacén de la memoria como unos ruedines que raspan con velocidad, a través de las baldosas de terrazo, pegando un ligero salto cuando se encuentra las gruesas líneas de lechada marronácea.

Chasqueo la lengua, ya que me han sacado de esa especie de trance hipnótico donde estaba refugiada y abro los ojos molesta. A lo lejos veo una chica que va con prisas arrastrando una gran maleta, lo que me provoca una ligera sonrisa; tenía razón con mis cábalas sobre el objeto que rueda por el suelo.

Va encorvada y tirando con fuerza. Cuando se va acercando veo una ligera capa de sudor que hace que el pelo de su frente se pegue como un chicle a la suela de un zapato. Como estamos las dos solas en el pasillo me veo obligada a saludarla, como en el lenguaje universal de los montañeros cuando se cruzan con un extraño.

—¡Hola! —digo y me sorprendo de mi propio volumen de voz que retumba en el eco del espacio demasiado vacío.

La chica mira hacia arriba y noto su cara de perplejidad ante lo que creo que es el sonido de mi saludo, tan concentrada como estaba en su tarea.

Se detiene de golpe y me mira con los ojos desorbitados y la boca abierta con expresión absorta como en los dibujos animados que veía de pequeña. Parpadea y se frota los ojos con desconcierto. No entiendo que es lo que está pasando hasta que un sonido brota perezoso de su garganta como un bramido de una bestia extinguida.

—¿Valen? —carraspea, tose y aclara la voz que cuesta arrancar de su interior, casi con dolor.

Y escuchar ese nombre, allí, en la desolación de ese pasillo, me rasga el alma.

—¿Qué has dicho? —apremio con desesperación.

—No, no puede ser —masculla y por la palidez de su cara temo que se vaya a desmayar.

Bajo de la cornisa y me dirijo hacia ella. Advierto cómo me repele como el agua al aceite a medida que me voy acercando. Retrocede unos pasos. Percibo que tiene que apoyar el peso de su cuerpo contra la maleta para no desplomarse.

Soy consciente de que está realmente aterrada ante mi presencia y pienso que me ve como una especie de aparición con el sol irradiando en torno a mi cabeza como un aura incorpórea.

Decido no avanzar más con el temor de que salga huyendo como en la escena de un crimen, se le ve como un animal acorralado buscando una salida para huir de una muerte certera.

—Espera, no, no te vayas, por favor.

—Esa voz. Esa voz no la reconozco, no me cuadra con tu imagen. Por un momento pensé que eras ella. —Sacude la cabeza

en una negación recurrente.

—¿Ella? ¿Te refieres a Valen? Es, era mi hermana.

—¿Su hermana? Ahora lo entiendo.

—¿La conocías?

—Sí, era la mejor amiga de tu hermana. Soy Vecka.

—¿Su mejor amiga dices? ¿Y cómo es que nunca la he oído hablar de ti? —respondo indignada y recelosa.

—¿Y cómo es que yo tampoco? Supongo que hay muchas cosas que no sabes de Valen, me acabo de dar cuenta de que yo tampoco llegué nunca a conocerla realmente. Como si el tiempo que pasamos juntas hubiera llevado puesta una careta. No supe… no supe intuir lo que estaba pasando por su cabeza. Lo que haría. Lo siento, lo siento mucho. Tengo que irme.

—Espera, no me puedes dejar así. Tengo miles de preguntas que hacerte.

—Ahora no puedo. De verdad, me están esperando, volveré a principios de enero y te buscaré. Te lo prometo —dice sonriéndome por primera vez mientras se aleja a paso firme y me mira. Veo con gozo cómo su piel se sonroja y parece volver a la vida—. ¡Vaya susto me has dado! Casi me da un ataque al corazón. Creía que eras una especie de fantasma de las Navidades pasadas, como en el cuento de Scrooge.

—¡Así es como me apellido! —digo sacando la lengua y riéndome para aligerar la tensión—. ¿Ya estarás aquí el día dos? ¿Te parece bien quedar a las doce en la cafetería y comemos juntas?

—Me parece genial. Nos vemos.

Y así es cómo conozco a la inexistente mejor amiga de Valen, Vecka. Y me pregunto qué más secretos me ocultaba mi hermana gemela. De repente me doy cuenta de que para mí también se ha convertido en una desconocida.

CAPÍTULO 29

PACO – LA INSPECCIÓN



La noche, a pesar de la pesadilla que le había boicoteado el sueño, fue reparadora. A las tres de la madrugada se había despertado sudando y con la respiración agitada. Creía haber chillado, pero no estaba seguro. Su garganta lastimada le hacía creer que sí. En sus sueños veía la cabeza de Arturo explosionando, sus sesos estaban decorando la pared de la habitación donde estaba y a pesar de ello caminaba hacia él intentando agarrarlo del cuello para acabar con su vida. Lo conseguía y él permanecía petrificado, anclado al suelo sin poder moverse. Al alcanzarlo, le apretaba tan fuerte el cuello y de forma tan despiadada que sabía que sería incapaz de liberarse de esos cepos afilados. Sabía que ese sería su último aliento y él tenía mucha vida por recorrer. No estaba dispuesto a morir ahora. El sueño había sido tan vívido que suponía que se había desvelado por eso, como un mecanismo de defensa de su propio cerebro para sobrevivir al terror. Si es que era posible morir aterrorizado por tus propios sueños, la verdad es que no le apetecía nada comprobarlo.

Ya eran las ocho de la mañana y no recordaba haber dormido tan cómodo en su vida. Sabía que seguramente no sería así, pero las experiencias «antes de» le parecían del todo lejanas.

Se levantó, orinó, se limpió la cara y los dientes. Se revisó el cuello. No estaba aún muy convencido de la irrealidad del sueño

de la noche anterior y quería cerciorarse de que no había marcas de dedos en él. Respiró aliviado, comprobando que solo había unos puntitos de la barba que estaban a punto de perforar su piel y nada más.

Estuvo tentado de meterse de nuevo en la cama y remolonear otra horita, pero se dijo a sí mismo que estaba corriendo un gran riesgo por permanecer en aquella habitación. No sabía si habrían encontrado el cadáver en las alcantarillas y lo estaban buscando. Desconocía de cuántos días era la estancia en ese hotel y con toda certeza él no era Arturo. Debía inspeccionar la habitación con presteza y salir de allí cuanto antes, por más que la tentación del aire acondicionado y aquella bañera le hicieran pensar que podría quedarse unos días más en aquel sitio idílico sin tener repercusiones.

Lo primero que hizo fue inspeccionar las mesillas de noche. Allí no había nada más que el mando a distancia y un listado de platos del servicio de habitaciones. Al leerlo le rugió el estómago, pero se conformó con hacerse un café de cápsulas y encender la televisión mientras se lo tomaba. Sabía que era improbable que las noticias cubrieran el asesinato, pero se estaba volviendo paranoico por momentos.

«Nada en la caja tonta, Paco. No la he echado nada de menos», pensó y se calmó un rato liberando tensión.

Lo siguiente que hizo fue ir a por los armarios. Allí había una maleta de tamaño medio, con lo que suponía que serían las mudas para una semana. La puso encima de la cama para abrirla cómodamente. El problema es que estaba cerrada con un candado.

—¡Mierda, Paco! Vas a tener que ser creativo.

Luego pensó que la mayoría de esos dispositivos, a no ser que fueras un maniático de la seguridad, estaban protegidos por claves sencillas, «para salir del paso», como las había bautizado él hace mucho tiempo.

Probó un trío de repeticiones de números y el 777 fue la combinación que abrió la cerradura. Paco pensó que menos mal que no había sido el 666 ya estaba con el agua al cuello y no quería

invocar al mar fario. Era bastante supersticioso para según qué cosas.

Con más excitación que el día de su boda abrió la maleta.

CAPÍTULO 30

TINA – NAVIDAD



Estoy la mar de aburrida. Las horas van pasando lentamente como crisálidas que atrapan el tiempo y no llegan a eclosionar. Me siento como un preso que espera su hora en el corredor de la muerte. Creo que nunca va a llegar el día dos. Me siento muy estúpida al no haberle pedido el teléfono a Vecka para hacerle mil preguntas, pero creo que estaba tan alucinada que no supe cómo reaccionar. Ni yo, ni ella, me dio la impresión.

Me arrepiento, en parte, de no haber ido a pasar las fiestas con mis padres. Si a mí se me hace insoportable este tipo de celebraciones tras la desaparición de Valen, no me quiero ni imaginar su estado de ánimo después de que este año nos hayan ratificado que está muerta. Solo quedo yo y no he tenido fuerzas para volver a España a que me sigan recordando cada día su ausencia, más de lo que lo tengo presente cuando me miro al espejo y veo su cara reflejada en él.

Además, para rematar, hace tanto frío que hace varias jornadas que casi no salgo, me paso casi todo el día encerrada en mi habitación. Subsisto a base de sándwiches de sucedáneo de cangrejo y atún. Las pocas veces que me aventuro a ir a la biblioteca he estado a punto de romperme la crisma con el hielo del suelo.

Hoy he decidido ir a la cafetería a comer algo caliente y reponer fuerzas; creo que si engullo un bocadillo más de la máquina expendedora del vestíbulo pillaré como mínimo el escorbuto.

Me abrigo bien y me aventuro a lidiar con el frío. Me alegra que, a pesar de que está nevando, no lo hace con tanta intensidad como estos días pasados y no hace nada de aire, por lo que la sensación térmica no es tan acusada. Hoy es Navidad y me siento muy sola, mi madre me ha llamado llorando y creo que estaba un poco achispada. No hacía más que repetirme que ya no tenía fuerzas para celebraciones. No la culpo, por refugiarse en ese anestésico mental en un día como hoy. Yo he estado tentada muchas veces en meterme algo para olvidar mi dolor, pero eso solo agravaría el problema.

Recuerdo que estas fechas me encantaban, Valen y yo solíamos ser muy pesadas cantando villancicos y poniéndonos finas de turrones y barquillos de chocolate. Me recreo en estos recuerdos felices, no quiero pensar más en su falta hoy. Por lo menos quiero intentar hacerlo.

Me sacudo la nieve de las botas en la rejilla de entrada a la cafetería. Avanzo hacia el mostrador atraída por el olor de la comida recién preparada. Me decido por la carne estofada con puré de patatas. Estoy relamiéndome mientras paso con la bandeja hacia la caja a pagar.

Al darme la vuelta veo que no hay nadie sentado en las mesas. Supongo que todo el mundo está con su familia en un día tan especial. Me siento junto a la cristalera de espaldas a la entrada y al lado del radiador. Achino los ojos mientras me da el sol en la cara y pienso en lo placentera que es esa sensación cálida. Necesito que sea verano, tostarme en la playa y recargar energía. El frío no es, definitivamente, para mí. Es curioso como pronto te olvidas de los inviernos helados en Chicago, sobre todo cuando piensas en el clima cálido de España, en contraposición. Pero por ahora voy a centrarme en degustar el estofado que tiene un aroma que dice: cómeme.

Cuando estoy a punto de meterme la primera cucharada en la boca con deleite, veo con aprensión cómo Jordan se me planta

delante y se sienta enfrente de mí. Con todo el descaro del mundo.

—Supongo que no hay nadie, ¿verdad?

—¿En serio? ¿Esto es real? ¿Te tienes que sentar conmigo teniendo el comedor totalmente vacío? *Gilipollas.* —Suelto la cuchara sobre el plato, mosqueada.

—Bueno, estás sentada en mi mesa favorita, además te he visto muy sola. Supongo que en un día como hoy agradecerás mi compañía.

—Pues la verdad es que no, me gusta estar sola. Es más: deseo estar sola.

—¿No puedes dejar esa arrogancia y esa mala baba por un día? Hubo un tiempo en que éramos amigos, en parte echo de menos nuestras conversaciones a altas horas de la madrugada, no sé qué hubiera hecho sin ti, después de desaparecer Valen, creo que hubiera perdido la cabeza. Te olvidas de que sé pocas palabras en español y lo primero que me enseñó Valen fueron los insultos. *No soy ningún gilipollas.*

—Sí, te insulto, ahora te lo mereces más que nunca. Eras la única persona que comprendía mi dolor, con mis padres nunca he podido hablar de esto.

—Lo siento. No debí dejarte sola. Tienes razón. Me asusté porque empezaba a confundir mis sentimientos, no eres Valen, pero eras tan parecida a ella que creí quererte.

—Me pasó lo mismo y cuando te expuse lo que sentía huiste, me bloqueaste. En el entierro de Valen ni me miraste a la cara.

—Ya te he dicho que lo siento… No sé qué quieres que te diga más. Por favor no te vayas, es Navidad, hasta el Grinch tenía un amigo, Max, yo puedo ser tu perro de compañía. ¡Ay, por Dios, qué mal ha sonado eso! ¿Bandera blanca? Por favor. —Ondea una de las servilletas de papel delante de mis narices, por encima de su cabeza.

Por un segundo se despierta algo en mí que creía dormido. Y me hace reír.

—Vale, bandera blanca —digo bajando la cabeza y evitando mirarlo a los ojos—. Me deja indefensa su seguridad y su descaro. A pesar de que soy muy extrovertida, en general, no sé qué me pasa

con Jordan que me desarma. Creo que me gusta más de lo que quiero admitir.

Cuando me doy cuenta, la cafetería está a punto de cerrar, los empleados nos informan de que nos apresuremos a recoger y salir. No entiendo cómo se ha volatilizado el tiempo tan deprisa, de repente son las seis de la tarde y creo que es el día más divertido que he pasado desde que estoy en la universidad. Desde hace muchos meses, quiero decir.

Cuando salimos, los camareros cuchichean sobre la chica tan rara que ha pasado toda la tarde en la cafetería, sola, menos mal que ya se ha ido, no veían el momento de cerrar y ponerse a salvo del temporal de nieve. Y reunirse con sus amigos y familias.

CAPÍTULO 31

PACO – LA MALETA



En la maleta no había nada. Por lo menos nada que le sirviera de pista. Unas cuantas camisas impecablemente planchadas, unos pantalones de pinzas, unos tejanos, tres polos Ralph Lauren, ropa interior y calcetines. En un departamento había unas deportivas Gucci y unos náuticos.

No sabía lo que pensaba encontrar, pero no era nada de eso. Aunque por supuesto se iba a llevar la maleta y se iba a poner todo lo que había dentro, era de su talla. Había perdido mucho peso en los últimos años, pero es verdad que siempre había tenido una constitución bastante atlética. Daba gracias a Dios por no ser uno de esos hombres con barriga cervecera que desmejoraban con los años. Pero la vida en la calle es despiadada y es verdad que la piel de su cara había sufrido estragos. Había envejecido mucho cuando se miró en el espejo detenidamente en el baño la noche anterior; le costó asimilar esos cambios.

Se sentó en la cama pensando cuál sería su siguiente paso y pensó que Arturo no sería tan tonto de guardar en la maleta nada de valor, que hubiera usado la caja fuerte.

«¡Joder, Paco, lo tienes claro! Una cosa es abrir una combinación de una maleta y otra es saber qué combinación de la caja fuerte ha puesto el tío».

Se fue hasta el armario y comprobó que la caja fuerte estaba alarmada y cerrada. Eso sin duda quería decir que había algo dentro. Algo que Arturo no quería dejar en su maleta y que alguien se la llevara. Algo de valor que mereciera la pena esconder.

Leyó las especificaciones de seguridad de la caja fuerte. Debía poner una contraseña de cinco dígitos. «Cinco dígitos, cinco dígitos. A ver que piense». Entonces le vino a la cabeza como una bofetada dada con saña: cinco números, como el papelito que guardaba en la cartera de Arturo.

«No, Paco, no creo que Arturito fuera tan gilipollas».

Pero por intentarlo no perdía nada. Sacó el papel de la cartera de Arturo. Pensó para sus adentros, de nuevo, que debía deshacerse de ella cuanto antes. Pero si tenía razón con eso, por suerte aún no lo había hecho.

Marcó los cinco dígitos escritos comprobando una y otra vez cada número antes de pulsar el teclado: 5-9-7-8-6.

No pasó nada. Con ansiedad creciente volvió a leer las instrucciones de la caja fuerte.

«Falta la almohadilla, tonto del culo».

5-9-7-8-6-#

Entonces oyó el inequívoco sonido de apertura de una cerradura, que para él fue como oír el repiqueteo del agua sobre el tejado en un día de lluvia, tan placentero que esbozó una pícara sonrisa de satisfacción.

«Para tu suerte, Paco, sí que era tan gilipollas. Aunque esté feo hablar mal de los muertos».

Seguía con esa sensación de irrealidad. No podía creer que siguiera teniendo tanta suerte.

Abrió la puerta con total expectación, pero con cautela. No quería llevarse la misma decepción que puso en las expectativas al abrir la maleta.

CAPÍTULO 32

TINA – LA RESIDENCIA



No me puedo creer que, en solo unas horas, la percepción nefasta que tenía de Jordan haya revertido así la balanza, creo que siento mariposillas por el estómago mientras lo veo que me mira y me está hablando.

—¡Hola! —Aletea su mano por delante de mi cara—. Aquí la Tierra llamando a Tina. ¿Estás ahí?

—¿Quéééé? —pregunto y muy a mi pesar creo que estoy poniendo cara de pánfila.

—¿Que si quieres que te acompañe a tu residencia? Ahora parece que está empezando a nevar de lo lindo —dice mientras caminamos resguardados bajo los aleros de los edificios.

—Pero ¿no me has dicho que tu bloque está al otro lado del campus? Te tienes que desviar mucho para acompañarme.

—Sí, pero trato de ser un caballero, por si no lo has notado. Mis padres me educaron de esa manera, aunque hoy en día a muchas mujeres les ofenda que seas atento. No es que no crea que no seas capaz de llegar a tu habitación, sino que me parecería descortés no acompañarte.

Trato de hacerme la dura, pero me muero porque me tome del brazo y me proteja de la ventisca. A veces me gusta que cuiden de mí y me protejan. Supongo que, últimamente, no estoy muy acostumbrada a ser el centro de atención de nadie.

—De acuerdo, con la condición de que mañana te invito a desayunar. —Intento no parecer muy desesperada por volverlo a ver.

—Me encantaría, Tina. —Me desintegra con esa mirada suya de la cual rehúyo bajando la vista.

Nieva con fuerza y llegamos a duras penas a la puerta de mi residencia. Estoy empapada y muerta de frío. El viento corta mi cara de forma despiadada. He resbalado y al estar cogida a él hemos caído ambos al suelo, sobre el hielo. Estamos temblando descontroladamente. Jordan está pálido como una vela y le castañean los dientes. Mis labios están tan secos que los noto cuarteados y en carne viva. Como si me hubieran afilado un cuchillo sobre ellos.

—Hasta mañana, Tina —tartamudea.

—No, así no puedes ir hasta tu residencia, *puñetas*. Te van a encontrar por la mañana como a Jack Nicholson en *El Resplandor*. Más tieso que un carámbano. Venga, sube a mi habitación, sécate un poco y entra en calor. No me perdonaría que te pasara algo por mi culpa. No hay prácticamente nadie en todo el edificio y nadie se va a enterar de que entras.

Percibo que quiere resistirse y hacerse el fuerte, pero su instinto de supervivencia le hace recapacitar. Es un kilómetro a través de la nieve que tiene que recorrer a pie, y no se ve nada a menos de un metro de distancia. Sería un suicidio por su parte seguir caminando cuando ya ha anochecido. Ni siquiera las farolas tienen la fuerza suficiente para iluminar el camino haciendo que la atmósfera sea un tanto londinense.

Asiente. Le cojo de la mano y subimos como dos furtivos por la escalera hasta la segunda planta, a pesar de que en los últimos días no he visto ni un alma aún queda algún alumno que nos podemos cruzar. Las normas son muy claras al tratarse de una residencia exclusivamente femenina: nada de chicos en las habitaciones.

Estoy inquieta, me siento como cuando tenía nueve años y revisaba los bolsillos de nuestra tía abuela Madison para ver si tenía alguna moneda suelta. Valen era incapaz de hacerlo, pero yo me atrevía incluso cuando estaba durmiendo una de sus interminables

siestas. Pero ahora mismo no quiero pensar en Valen, no mientras estoy cogida de la mano de Jordan y mi corazón va más rápido que las alas de un colibrí.

Esprintamos en el pasillo hasta llegar a la puerta de mi habitación y freno de golpe con lo que casi me tira al suelo con la fuerza de la carrera. Se oye un ruido de una persona canturreando por las escaleras. Seguramente será el vigilante de seguridad que va haciendo la ronda. A mi acompañante le da la risa nerviosa y se tapa la boca con la mano. Le indico que guarde silencio poniendo un dedo sobre mis labios, con cara de mosqueo. Si nos pillan me sancionarán, incluso me podrían expulsar. Pero a mí también me da por reír sin control y pienso que me voy a mear encima. Me lloran los ojos y veo doble el mecanismo del bombín. No atino con la llave, hasta que finalmente lo consigo. Logramos entrar en la habitación y cerramos la puerta tras nosotros. Riendo y sofocados. Estoy sudando a mares cuando hace unos minutos estaba pelada de frío.

Guardamos silencio y el canturreo se va alejando de donde estamos hasta volverse apenas audible. Nos sentamos en el suelo contra la puerta, exhaustos.

—¡Ufff! Por los pelos —susurra cerca de mí.

Noto esa especie de excitación de hacer algo que, aunque sabes que está mal, aun así lo haces. No me permito pensar en Valen, espero que Jordan tampoco piense en ella en este momento.

El éxtasis de lo prohibido consigue que mi adrenalina se dispare a tope.

Nos miramos fijamente sin pronunciar palabra y no puedo evitar lanzarme a sus labios.



CAPÍTULO 33

PACO – LA CAJA FUERTE



Un sobre abultado de color crema fue lo primero que vio. Al lado un Rolex Datejust de acero y oro blanco que rondaría los diez mil euros. Lo sabía perfectamente debido a que antes había tenido uno igual a ese, Paco llamaba a ese período de su vida AHM: antes de hundirse en la mierda. Sin pensárselo dos veces se lo puso en la muñeca y el peso del mismo hizo que se sintiera mucho mejor.

Luego sopesó el sobre en su mano y sintió un escalofrío.

«Aquí debe haber pastuqui, Paco».

Se sentó en la cama y abrió el sobre.

En ese paquete había cuarenta mil euros, en billetes de 100, 200, 500 y 50.

Paco estaba tan alucinado que le costó un buen rato reaccionar. Ese dinero era una puerta que le iba a ayudar muchísimo a salir de la situación en la que estaba. Podría iniciar una nueva vida, podría tener el suficiente valor como para volver a tener contacto con sus hijos, no ya con la zorra de su ex. Ella no se merecía nada. Ella le había puesto en aquella situación.

En el sobre también había una pequeña agenda, con nombres y direcciones que miró por encima. Sin embargo, no tenía tiempo para eso, pensaba que debía largarse de allí antes de que alguien descubriera que había ocupado una habitación que no era suya. Y

menos pagar la cuenta de Arturo que debía ascender a un buen pico.

En el baño estaba el neceser de Arturo. Paco se afeitó, se lavó los dientes, la cara y se echó colonia.

Después se vistió con ropa cómoda y metió todo en la maleta sin muchos remilgos.

«A saco, Paco. Vete de aquí cagando leches», pensó con una sonrisa en la cara.

Antes de salir tomó la lista que había realizado y tachó más de las propuestas:

- ~~Limpiar la escena.~~
- ~~Deshacerse del cuerpo.~~
- ~~Deshacerse de la pistola.~~
- ~~Revisar la cartera.~~
- ~~Inspeccionar el coche.~~
- ~~Comprobar la tarjeta de la habitación 507 del hotel Miramar (si tengo el valor suficiente)~~
- Huir lejos de allí.
- ~~Buscar una nueva ropa, canta demasiado pasearse por ahí con esta guisa.~~
- ~~Conseguir dinero.~~
- Deshacerse del coche.
- Deshacerse de todas las pertenencias de Arturo.
- Averiguar ¿por qué yo? ¿Quién era Arturo?

CAPÍTULO 34

TINA – LO INESPERADO



Puedo notar cómo sus ojos, de tener la capacidad, hubieran gritado formando una O bien abierta. Claramente puedo percibir que no se esperaba en absoluto una reacción así por mi parte. Pero esta sorpresa se evapora enseguida como el vaho que deja el aliento sobre una ventana. Cierra los ojos y se integra en mi beso a la perfección, como si nuestros labios hubieran estado destinados a juntarse.

Noto mi pulso acelerado y siento un calor interno que hace tiempo que no sentía. No me entiendo a mí misma, cómo ha podido suceder de aborrecer a esta persona a querer comérmela enterita. Pero no me sorprende, a veces ni yo misma entiendo lo que pasa por mi mente y mucho menos mis reacciones ante lo que me rodea.

Debo reconocer que nunca he tenido tapujos ni problemas en seguir los protocolos sobre lo que las mujeres debemos hacer y no hacer. Lo de dejar que el hombre debe dar el primer paso, de estar segura de que siente algo por ti. Hacerse la dura y no ponérselo fácil para hacerte valer. Eso que nos enseñan de niñas sobre lo de hacerte respetar. No, no soy una de esas falsas pudorosas. Soy impulsiva y tal como lo siento, lo hago. Me entrego sin meditar las implicaciones de mis actos. Por muy imprudentes que estos sean, no quiero pensar que era el novio de mi hermana. No, ya me arrepentiré mañana si es que lo hago.

Miro de reojo la habitación a ver si está presentable por si los besos pasan a mayores y mi cama está hecha. Sin ser consciente dejo de mover los labios y percibo cómo Jordan abre los ojos y se aleja de mi cara con lentitud, como si no quisiera separarse de mi calidez.

—¿Estás bien? —me dice.

Aparto los ojos de su mirada pretendiendo que no perciba mi contrariedad, aunque creo que no lo estoy consiguiendo.

—Sí, estoy bien, un poco descolocada, pero por primera vez en mucho tiempo estoy feliz.

—Yo también, Valen.

—¿Cómo me has llamado? —digo presa de la furia—. ¡No puedo creer que hayas hecho eso!

—Lo siento, perdóname, es que os parecéis tanto… Discúlpame.

Oigo su voz lejana, como en un sueño, y me vuelvo a desvanecer.

Noto suaves golpecitos en las mejillas. Tardo unos segundos en reaccionar a los estímulos que me rodean y enfocar la vista.

—Tina, Tina… ¡Despierta! ¿Estás bien?

—Sí, sí, siento haberte asustado. —Me incorporo lentamente—. Últimamente me pasa mucho. Sobre todo, desde que sufrí un buen susto en la estación de tren hace unos meses. A veces pierdo el hilo de las conversaciones y cuando me doy cuenta ha pasado un espacio de tiempo donde no sé qué ha ocurrido, como si mi cerebro se hubiera reiniciado. Por ejemplo, el otro día en clase de la señorita Dickinson, miré el reloj y eran las doce y cuarto. No recuerdo nada hasta que sonó el timbre a la una.

—¿Cómo? ¿Cuarenta y cinco minutos volatilizados y no te acuerdas de nada? Vale que a veces me pasa que estoy pensando en mis cosas y me despisto de la clase, pero ni por asomo tanto tiempo. ¿Seguro que no estabas dormida?

—No, seguro. En la actividad del reloj inteligente fue lo primero que miré. Si bien, es verdad que la actividad cardiaca estaba ralentizada, me marcaba ese período como tiempo despierta. He venido comprobando que he tenido varios apagones de conciencia

en los últimos meses, pero no he llegado a desmayarme hasta hoy. No se te habrá ocurrido llamar a mis padres, ¿verdad?

—Pues si te digo la verdad he estado a punto de hacerlo.

—¡Menos mal que no lo has hecho! No quiero preocuparlos, estoy bien. Ya sabes cómo es mi madre.

—No te juzgo, supongo que tendrás tus razones. —Levanta las manos formando una paloma de la paz.

Sonrío ante su respuesta, estoy acostumbrada a que la gente me dé su opinión como si alguien se la hubiera preguntado.

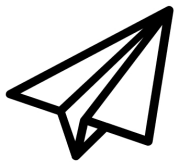
Claro que tengo mis razones.

Y muchas.

Más de las que querría.

CAPÍTULO 35

PACO – LA HUIDA



Si hay un momento crítico en esa retirada del hotel es el paso por la recepción. Paco está cagado pensando en que le van a detener en cualquier momento diciéndole que quién es y a dónde demonios se dirige.

Pero si algo le ha enseñado la calle es a volverse un poco zorro. Allí no debes andarte con chiquitas, que si no te comen. Lo peor que llevaba eran las noches y no tanto por dormir al raso, sino por el sentimiento de indefensión e inseguridad que sufría. Nunca podías descansar plenamente, siempre debías dormir alerta, casi literalmente con un ojo abierto, por si te robaban o intentaban algo peor. Recordaba con horror a un compañero sin techo que estaba durmiendo en un cajero automático, un grupo de chicos rociaron sus cartones con líquido inflamable. Se despertó sobresaltado al oír los gritos desesperados de aquel hombre intentando salvarse de morir calcinado. Como Paco era perro viejo, dormía con un bate de béisbol dentro de su saco. Salió como alma que lleva al diablo y se lio a batazos contra ellos.

«Malditos chicos», lo peor es que se reían mientras lo hacían como si fuera una broma graciosa y no la vida de un hombre. Para ellos aquella persona no era nada.

Aquel pobre desgraciado se salvó de morir, pero las quemaduras lo desfiguraron para el resto de su vida. Aquellos hijos

de mala madre salieron corriendo como ratas que eran y Paco no se enteró de si habían sufrido consecuencia alguna. Se alegraba de haberles dejado un par de costillas rotas.

Sentir el desprecio de las personas, era desolador. Te repudiaban como si no fueras parte de la sociedad, como si tu vida no valiera tanto como la de ellas, por ello la mayoría de los indigentes paliaban esa insoportable soledad con drogas o alcohol con tal de anestesiar el dolor y para no recordar lo que un día fueron.

Al pensar en aquella noche tuvo una idea, fue al baño de la planta baja, acumuló un buen montón de papel higiénico y le prendió fuego acercándolo a los detectores contra incendios. En un abrir y cerrar de ojos saltaron las alarmas y los aspersores se pusieron en funcionamiento. En un momento reinó el caos y pudo salir del hotel sin incidentes, un poco mojado, eso sí, pero sin que nadie le diera el alto ni le hiciera preguntas que no sabría cómo responder.

Cruzó el vestíbulo del hotel con una pícara sonrisa y con un poco de culpabilidad, pero con la gratificante sensación de la victoria.

Cargó la maleta en el coche y se montó en el asiento del conductor a toda velocidad. Hasta que no pusiera unos cientos de kilómetros de por medio no se sentiría completamente seguro.

Antes de salir tomó la lista que había realizado y tachó alguna más de las propuestas:

- ~~Limpiar la escena.~~
- ~~Deshacerse del cuerpo.~~
- ~~Deshacerse de la pistola.~~
- ~~Revisar la cartera.~~
- ~~Inspeccionar el coche.~~
- ~~Comprobar la tarjeta de la habitación 507 del hotel Miramar (si tengo el valor suficiente)~~
- ~~Huir lejos de allí.~~
- ~~Buscar una nueva ropa, canta demasiado pasearse por ahí con esta guisa.~~
- ~~Conseguir dinero.~~
- Deshacerse del coche.
- Deshacerse de todas las pertenencias de Arturo.
- Averiguar ¿por qué yo? ¿Quién era Arturo?

CAPÍTULO 36

TINA – ÉL



Me despierto con la luz mortecina del amanecer. Pienso que es tan débil que el sol debería tomarse un día de descanso y volver con más fuerza mañana. Sigue nevando copiosamente y agradezco la calidez de dentro de la habitación.

Ahí está Jordan, durmiendo plácidamente en la cama de Beth. Tan bello que su imagen duele verla.

Es tan irreal lo que estoy sintiendo que no quiero que este momento forme parte del pasado. Quiero atrapar ese instante para siempre. Aunque sé que es imposible.

Estuvimos charlando hasta altas horas de la noche hasta caer rendidos. Parecía que ninguno de los dos quería renunciar a la compañía mutua para hacer algo tan aparentemente insignificante como dormir. Ni siquiera insistió en acostarse en mi cama ni retomar los besos que le robé y que acabaron siendo mutuos. Parecía francamente preocupado por si estaba bien y es una sensación desconocida para mí. Rara vez he sentido que alguien se interesara por mí de esa forma. Sin contar a Valen, claro.

Veo su ropa colgada sobre la puerta del armario. Ha formado un pequeño charco de agua. Descubro consternada que también están sus pantalones y me sonrojo pensando que debe de estar o desnudo o en ropa interior ahí abajo.

Tengo que ir al baño, pero no quiero hacer ruido para no despertarlo. Me levanto lo más sigilosamente que puedo, pero una de las tablas del parqué del suelo cruje como los huesos de un octogenario. Me detengo congelada con la esperanza de no haberlo despertado. Me pongo la bata y recojo la ropa mojada para meterla en la secadora de la planta baja.

—¿Dónde vas, Tina? —pregunta mientras voy a abrir la puerta.

Sonrío de espaldas a él. Me ha pillado.

—Voy a la secadora —susurro—. La ropa sigue empapada.

—Bueno, no hay prisa. A no ser que me eches, pretendo vaguear toda la mañana en la cama.

—No te quiero echar, al contrario, me metería en la cama ahora mismo…

—No parecías tan lanzada. Primero me besas y ahora quieres meterte en mi cama.

—¡Ay! Quiero decir que me metería en la cama yo también. ¡En la mía! —digo cada vez más abochornada.

Jordan se ríe intentando no alzar mucho la voz.

—Te estoy tomando el pelo, Tina. Aunque no te iba a decir que no a dormir un rato más acurrucado a tu lado.

De nuevo esbozo esa tonta sonrisa y bajo la mirada con timidez. ¿Qué demonios me está pasando con este chico? Parezco boba, dos cariñitos, unas palabras de afecto y he caído rendida a sus pies. La verdad es que pienso en que con este día de mierda lo mejor que podría hacer es meterme en la cama de nuevo, pero me muero de vergüenza. Creo que Jordan se está dando cuenta de que titubeo sobre qué decisión tomar. Por mi parte estoy meditando en lo que se supone que debería hacer una chica en esta situación. Nos han adoctrinado durante toda nuestra vida sobre lo que se supone que es seguro para nosotras mismas, para proteger tus sentimientos y tu integridad.

—De acuerdo, pero tengo que ir al baño.

Corro a los aseos comunes y vuelvo lo más rápido que puedo.

Me quito las zapatillas y el pantalón, me meto vestida con él en la cama de cintura para arriba y en braguitas. No quiero que vea

mis cicatrices.

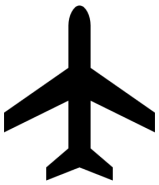
—¡Venga va, hazme un huequito! —Tirito de frío de repente, más por la vergüenza de sentirme desprotegida sin ropa que por la temperatura de la habitación.

Jordan sonríe y aparta la ropa de cama para dejarme un lado y poder meterme con él, mientras recula a pegarse lo máximo posible a la pared, le pillo una mirada furtiva que me recorre las piernas con disimulo.

Me pongo de espaldas a él y me abraza haciendo la cucharita. Me sorprende que nuestros cuerpos se amolden a la perfección de ese modo. Es una sensación tan placentera que enseguida me quedo amodorrada a su lado.

CAPÍTULO 37

PACO – EL VIAJE



Paco tomó la autopista AP-2 dirección Madrid. Es la última dirección que consta en el documento de identidad de Arturo y también en los papeles de alquiler del coche. Además, suponía que sus hijos seguirían viviendo con su madre, en la casa que se encargó de quitarle aquella perra desagradecida.

En sus pesadillas muchas veces había soñado una secuencia tan vívida que se despertaba con lágrimas en los ojos, en ella sus hijos lo veían por la calle y lo repudiaban con miradas de asco y vergüenza. Paco en su mente había imaginado sus rostros y les había dado forma, adaptándolos al paso del tiempo, a consecuencia de que cuando los abandonó tenían doce y quince años. Ahora estarían irreconocibles.

Se permitió fantasear con verlos. No solía pensar a menudo en ellos, debido a que ahondar en esos sentimientos le destrozaba el corazón. Por una vez sintió que tenía una mínima oportunidad de recuperar su cariño. Al menos ya no se avergonzaba de su aspecto físico y un *tal vez* se había apoderado de su ilusión.

Pensó que en cuanto llegase a Madrid se desharía del coche, pero lo mejor sería que se fuera deshaciendo durante el camino de todas las pertenencias de Arturo. Llegó a Zaragoza en unas tres horas y media y se paró a repostar en una estación Repsol. Procuró

no rebasar los límites de velocidad y respetar hasta la mínima señal de tráfico que se encontrase. No se podía permitir que nadie, ni mucho menos la policía, lo parara y le pidiera su documentación ni la del coche. Su DNI estaba caducado hacía años y se alegró de tenerlo tan siquiera porque en más de una ocasión se lo habían intentado robar. Tener papeles en un mundo como en el de los sin techo es contar con una oportunidad por la que muchos matarían. Pensó en algún que otro compañero de calle que conoció en aquellos últimos años que vivían de forma ilegal, que no tenían posibilidades de tener trabajo y necesitaban algún documento que acreditase su identidad.

Una vez en Zaragoza buscó aparcamiento lo más cerca del centro. El motivo era que suponía que las pensiones que le dejasen pagar en efectivo y no le preguntaran gran cosa estarían en las inmediaciones del casco antiguo. No era la primera vez que visitaba la ciudad, pero siempre se había alojado en otro tipo de hoteles, más de lujo. Ahora pensar en un colchón, aunque fuera lleno de chinches, le parecía un sueño.

Lo siguiente que hizo fue comprar un teléfono de prepago en una tienda de telefonía pakistaní y una tarjeta de veinte euros. No era la primera vez que lo hacía viviendo en la calle y era habitual que le robaran. Con la tarjeta tenía acceso a internet, se dijo que más tarde en la habitación miraría si habían encontrado el cuerpo de Arturo. Se comió un durum en otro local y se dirigió a la Pensión Dorotea. Pagó por adelantado una noche y no le pusieron ningún problema con su carnet caducado. La habitación era correcta y tomó una ducha rápida para quitarse el sudor del camino. En la mochila llevaba ropa de recambio y los utensilios de aseo personal. Se puso una camiseta de algodón y se lavó los dientes con esmero.

Con miedo en el cuerpo comprobó que no había noticias del descubrimiento del cadáver y eso le hizo inmensamente feliz. Se bebió otra de las botellitas que había afanado en el mueble bar del hotel Miramar de Barcelona. Le costó un poco conciliar el sueño anticipando lo que podría pasarle si lo pillaban, pero el cansancio le venció y pronto se quedó dormido.

CAPÍTULO 38

TINA – UN NUEVO DÍA



El tenue sol me despierta, es tan débil que casi no noto su calor sobre mi rostro. Por un momento no sé identificar dónde estoy, hasta que me froto los ojos y giro la cabeza. Es una sensación poderosa sentir que alguien te observa. Es Jordan con la cabeza apoyada en la almohada que me mira fijamente:

—Buenos días, dormilona. ¿Sabes que estás preciosa cuando duermes?

Me cuesta reprimir una sonrisa. Siento un rubor que sube por mis mejillas y una repentina timidez que me recorre el cuerpo. Siempre he sido bastante lanzada y descarada en la vida. Pero no sé qué me pasa con este chico que me desarma.

—Lo sé. Soy un angelito. —Me enfrento a sus ojos en un duelo que pierdo bajando la mirada y desviándola hacia la ventana. Ha dejado de nevar, una parte de mí se alegra, porque habrán subido un poco las temperaturas, pero, por otro lado, el terreno será transitable y él dejará mi habitación.

—Ha dejado de nevar —dice siguiendo mi mirada y mi razonamiento—. Tendré que escabullirme de aquí sin que me vean, por no buscarte problemas, pero no me quiero separar de tu lado, a no ser que me pidas que me vaya.

Me quedo muda ante su seguridad y la aparente despreocupación de mostrar sus sentimientos. Mis últimas

relaciones, si es que se pueden llamar así, han sido con tíos inmaduros con miedo al compromiso, que parece ser el mal de esta época, cuya frase recurrente ha sido: para qué poner etiqueta a lo nuestro, dejemos que fluya. Cómo odio esa maldita frase, ni que las relaciones fueran un río.

—Por mí no te vayas, pero nos tendremos que levantar para desayunar. —Mi estómago reafirma mi discurso rugiendo de forma sonora en el silencio de la habitación.

—Creo que tu barriga ha hablado. Habrá que hacerle caso, parece que tiene mala leche —dice riendo y le sigo esa risa deliciosa que no me espero.

Llaman a la puerta y quedamos mirándonos petrificados.

—¡Rápido, métete debajo de la cama! —le indico a Jordan en un susurro y haciendo aspavientos con las manos.

Mientras él, con cara de susto, se desliza debajo de la cama, yo me pongo los pantalones e intento hacer la cama de Beth lo más veloz y eficiente que puedo.

Aporrean la puerta de nuevo, con más intensidad.

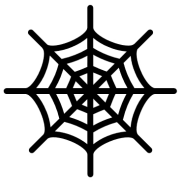
—Un momento, ahora voy —alzo la voz mientras me pongo las zapatillas.

No puedo creer lo que veo al abrir la puerta.

Es la policía.

CAPÍTULO 39

PACO – EL MAL FARIO



Se despertó temprano, con los primeros rayos de luz de la mañana dándole en medio del rostro. Le costó un poco ubicar dónde estaba, además el ángulo de visión lo tenía desconcertado. Luego recordó que a medianoche, harto de dar vueltas como una peonza, tiró la ropa de cama en la alfombra y pudo dormir tranquilo. Aún le costaba descansar en un colchón al uso, tantos años en el suelo habían hecho que se acostumbrara a la dureza del mismo.

Se dio una ducha rápida y se vistió en un santiamén. Recogió la mochila con sus pertenencias y bajó al vestíbulo. No había nadie en recepción y se alegró por ello. Dejó la llave de la habitación sobre el mostrador y salió de la pensión.

La temperatura a esas horas de la mañana ya era bochornosa, pero le apetecía caminar por las callejuelas de Zaragoza, sintiéndose un turista más de paso por la ciudad hasta el coche.

Por un momento casi olvida el motivo de su viaje y por qué huía, pero enseguida a su mente le vinieron ráfagas de esa maldita noche al darle, sin querer, una patada a una chapa de cerveza que había en la acera peatonal deslizándola unos metros. Ese sonido metálico le recordó a la jodida moneda impactando en el suelo. Jamás olvidaría ese sonido, como jamás olvidaría el estallido de la detonación de la pistola en el paladar de Arturo. Nadie más que él

tenía la culpa de esas dos resonancias que se habían instalado a perpetuidad en su memoria auditiva. Sin contar el crujir de los huesos de Arturo rebotando en las paredes y precipitándose al fondo de aquella alcantarilla profunda.

Volvió a tener esa sensación de que podría estar en busca y captura, por lo que decidió seguir en movimiento, caminando un poco más deprisa hasta que llegó al coche. Subió la mochila en el maletero y siguió por la autopista AP-2 dirección Madrid conduciendo como si tuviera la L de prácticas. No tenía ninguna intención de que, en un descuido tonto como una multa, le pillasen en un brete. Asimismo, se sentía fresco y tan solo quedaban un poco más de tres horas para llegar a un terreno que conocía de sobra. No recordaba lo mucho que lo echaba de menos hasta que atisbó el paisaje que le resultaba tan familiar, aun así decidió parar en un restaurante de carretera para desayunar. Se sentía famélico. Además, la cena del día anterior no le había sentado nada bien y sus intestinos pedían clemencia.

Se colocó en una mesa cerca del aire acondicionado y agradeció el fresquito después de ir al minúsculo baño a hacer sus necesidades y sudar como un cerdo. Pidió un bocadillo de jamón serrano y una cerveza helada que le sentó de maravilla. Estuvo muy tentado de pedir otra y otra y las que hicieran falta para apagar su sed infinita de alcohol, pero su fuerza de voluntad ganó por ese momento a su dependencia física. Cuando se fue a levantar de la mesa tiró el salero y su contenido se derramó por la mesa.

«Joder, Paco, ¿qué has hecho? ¡Qué mal fario!», pensó mientras se arrojó sal por encima del hombro izquierdo.

Entonces volvió en su mente otra vez esa sensación de irrealidad, de creer que el destino ya tiene un plan establecido para su futuro y que este lo está condenando. Que desde que pilló en la cama a Carmela con su mejor amigo, su vida iba irremediablemente cuesta abajo.

Sacudió la cabeza intentando alejar esos malos augurios y se dirigió a la barra a pedir la cuenta.

CAPÍTULO 40

TINA – LA VISITA



Una mujer de uniforme, bastante guapa, con el pelo negro recogido en una coleta de caballo baja. Me mira de arriba abajo, como si confirmara mi identidad provista de Rayos X en sus ojos castaños.

—Buenos días. Disculpen si he tardado un rato, me estaba vistiendo —digo abochornada.

—Buenos días, soy la agente Piper. —Me enseña la placa. Y él es el agente Wilson, cabecea señalando con un leve gesto de la barbilla al hombre negro que tiene al lado. Somos del FBI. ¿Es usted Tina Willis?

Por un momento todo me vuelve a la cabeza tras la desaparición de Valen, los patines, recuperar su cuerpo en el lago Michigan, ojalá se hubieran equivocado en su reconocimiento, pero las pruebas de ADN que realizaron en el cadáver no daban ninguna opción de duda. Me pregunto qué es lo que quieren, pero creo que no voy a tardar mucho en saberlo.

—Sí, lo soy —digo mirando la placa con atención—. ¿Qué es lo que necesitan de mí?

—Estamos llevando a cabo una investigación, ¿podemos pasar?

Pienso en el panorama que tengo en mi habitación y no sé si Jordan aguantará escondido mucho rato debajo de la cama.

Además, no sé qué me van a preguntar ni si quiero que se entere de según qué cosas, aún no tengo la suficiente confianza con él.

—Iba a coger un café de la máquina que hay en la sala común, mejor hablamos allí, si no les importa. —Aventuro a decir sin que parezca evidente que los quiero alejar de mi cuarto—. Además, estaremos más anchos, tengo la habitación hecha un desastre.

—Sí, no hay problema —dice la agente Piper siguiéndome por el pasillo mientras camino angustiada. Por su tono de voz firme deduzco que es la que manda. Por eso y porque su compañero aún no ha abierto la boca.

—¿Qué investigación están realizando? Supongo que no será el caso de mi hermana Valen. No sé si está al tanto de que ya encontraron su cuerpo. —Intento ser fuerte, pero percibo cómo mi voz se rompe. Aprieto el paso para llegar rápido a la sala y creo que en vez de un café debería tomarme una infusión relajante o un chocolate caliente.

Todo este tema me está removiendo por dentro y eso que no sé por qué quieren hablar conmigo. Si es la policía no será nada bueno, tengo una asociación enfermiza ante su vista. No puedo evitarlo.

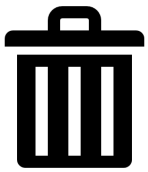
—Estamos investigando el accidente de su compañera Elisabeth Clark.

—¿Cómo? ¿Beth? ¿Ha… ha tenido un accidente?

—Exacto. Y creemos que usted es la última persona que tuvo contacto con ella.

CAPÍTULO 41

PACO – SOLTAR LASTRE



Cuando fue a pagar la consumición fue consciente de que estaba postergando el momento de deshacerse de las cosas de Arturo y que no debería. También pensó en que aún no había revisado la agenda que encontró en el sobre de la caja fuerte, la que contenía nombres y direcciones.

«Paco, céntrate, si no fuera importante, no estaría en la caja fuerte. De eso no te puedes desprender», pensó consternado.

Le pidió un bolígrafo al camarero y sacó la pequeña agenda que llevaba encima. Apuntó los datos del domicilio que constaba en el DNI de Arturo.

Pagó la cuenta y se despidió de los empleados que habían sido muy amables con él. A un lado había un contenedor que le pareció un buen lugar para deshacerse de la cartera, aunque no se atrevió a dejar el resto de sus pertenencias. El bar tenía mucha afluencia y temía ser visto por algún transeúnte y que recuperaran la maleta.

Cogió la lista que había realizado y modificó las propuestas:

- ~~Limpiar la escena.~~
- ~~Deshacerse del cuerpo.~~
- ~~Deshacerse de la pistola.~~
- ~~Revisar la cartera.~~
- ~~Inspeccionar el coche.~~

- ~~Comprobar la tarjeta de la habitación 507 del hotel Miramar (si tengo el valor suficiente)~~
- ~~Huir lejos de allí.~~
- ~~Buscar una nueva ropa, canta demasiado pasearse por ahí con esta guisa.~~
- ~~Conseguir dinero.~~
- Deshacerse del coche.
- Deshacerse de todas las pertenencias de Arturo.
- ~~Deshacerse de la cartera de Arturo.~~
- Averiguar ¿por qué yo? ¿Quién era Arturo?

Siguió rumbo a la capital con un único pensamiento en la cabeza, quizá no fuera lo más sensato, pero en esos momentos su corazón mandaba. Debía ver a sus hijos. Aunque fuera de lejos, no sabría si tendría el valor suficiente para dirigirse a ellos. La vergüenza de desaparecer y no dar señales de vida en tres años le pesaba como un lastre sobre su conciencia.

Pero después de todas las mierdas de los últimos años y sobre todo de los últimos días no se iba a poner muy puntilloso. Tenía un miedo horripilante a ser rechazado por ellos, pero sobreviviría. Sobre Carmela solo le quedaba rencor y un odio visceral, amasado día a día de su paso por la calle. Si la viera ahora, con ella sí sabría perfectamente qué haría.



CAPÍTULO 42

TINA – BETH



—¿Qué tipo de accidente? ¿Pero está bien?

Debo de tener cara de pasmarote con la boca abierta y los ojos desorbitados, pero no puedo disimular lo noqueada que estoy. Lo primero que pasa por mi cabeza es que si preguntan a cualquier persona del campus les dirán que mi relación con Beth era más tirante que la goma de hacer *puenting*. Recuerdo nuestra última conversación, bueno, creo que la recordará la planta entera, nos dijimos de todo menos bonita. No estoy muy orgullosa de todo lo que solté por mi boca esa tarde, la insulté y casi llegamos a las manos. Ella me gritó como una energúmena y me lanzó un libro de su escritorio. Yo me encaré con ella y casi le suelto un guantazo. Eso fue antes que la ley del silencio y la indiferencia reinara en nuestra habitación. Pero supongo que si han llegado hasta aquí es que todo esto ya lo saben, el edificio está lleno de oídos y bocas que habrán testificado antes que yo.

—Está en estado muy crítico, su coche se salió de la carretera a gran velocidad y chocó contra un árbol. No sabemos si ha sido premeditado o accidental, lo estamos analizando.

—¿Cómo premeditado? ¿Beth? ¿Se refiere a un intento de suicidio? ¿Por qué narices se querría Beth suicidar? No lo entiendo.

Si han venido a hablar conmigo, supongo que saben que en los últimos tiempos no éramos las mejores amigas.

—Bueno, es cierto que diversos testimonios nos han hablado de la mala relación que había entre ambas y que Beth intentó cambiar de habitación para no coincidir con usted. Supongo que nos podrá dar su versión de lo acontecido debido a que, por desgracia, ya no podemos hablar con ella. ¿Sabe qué le ha podido ocurrir?

—Pues la verdad es que no. Se fue el día 23 de diciembre a pasar las Navidades a su casa, lo sé porque me lo dijo cuando nos llevábamos bien. Procuré hacer tiempo para no cruzarme con ella cuando se marchara y cuando pensé que ya se habría ido, fui a la habitación. Al cabo de un rato oí la llave y era Beth. Creo que vino a recoger la bufanda. Le deseé buenas vacaciones, pero no me contestó. Esa fue la última vez que la vi. Hoy es 26, ya han pasado tres días desde que se fue con su coche. ¿No llegó a casa?

—No, no lo hizo. El noreste ha sido azotado por un temporal de nieve como no ha habido en los últimos veinte años, pero eso han sido las últimas veinticuatro horas. Por lo que dice, ¿Beth salió a primera hora del día 23 de diciembre?

—Sí, eso es lo que creo, aunque, por supuesto, ni la vi subirse a su coche ni esperaba que me llegase un mensaje para decirme que había llegado a su casa. Ahora me siento un poco mal por ella, creo que se nos fue un poco de las manos la discusión y ya no había vuelta atrás. Ni siquiera se molestó en disculparse por todo lo horrible que me dijo, ahora parece una minucia la discusión si es que realmente está tan grave. Me sabe fatal. —Me aguanto las lágrimas.

Toda esta mierda me resulta demasiado familiar y estoy sintiendo cómo se me va momentáneamente la cabeza, tengo que sentarme en las sillas de la sala común. Noto que me estoy mareando.

—¿Se encuentra bien? —Se agacha y posa su mano en mi hombro—. ¿Quiere beber un poco de agua?

Asiento con la cabeza y casi que es peor. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en la pared de detrás de mí. Oigo cómo suena el

dispensador de monedas y, enseguida, cae un objeto con fuerza. Abro los ojos y agradezco que me esté sosteniendo la bebida cerca de los labios, tengo la boca como el desierto y mi lengua es un gusano de arena que repta por los repliegues de mis labios como si fueran dunas.

CAPÍTULO 43

PACO – UN PUÑAL EN EL CORAZÓN DUELE MENOS



Paco contuvo la respiración al ver de lejos cómo su exmujer, Carmela, salió del portal con brío, con un ajustado vestido negro y unos zapatos rojos de tacón medio.

«¡Joder, cómo estás, Carmelita!», pensó Paco con asombro de sí mismo, no esperaba sentirse así al verla después de tres años. Creía que el odio y el rencor que había albergado los últimos años aflorarían en cuanto se cruzara de nuevo por su vida. Pero no era así, muy a su pesar él nunca había dejado de amarla, por ello fue tan dolorosa su traición.

Le fastidió verla de tan buen ver, la vida no le había maltratado tanto como a él, es más, juraría que se había hecho más de un retoquito estético, sin duda con su dinero. Aquellas tetas que había manoseado hasta la saciedad parecía que estaban más erguidas, como si la gravedad no actuara sobre ellas.

Al ver que giraba la calle y se dirigía hacia el lugar donde estaba él dentro del coche, se agazapó en el asiento y se cubrió la cara con una mano actuando como visera. Al contemplarla tan cerca estudió su trasero, más firme que nunca, que había pellizcado hasta decir basta. Carmela se contoneaba en el vestido sin ningún complejo. Paco sintió bastante resquemor y, para qué negarlo, un poco de deseo. Bueno, mucho deseo. Le vinieron a la mente tantas escenas sexuales que había practicado con ella que sintió un

calentón en su entrepierna. Por suerte, Carmela pasó de largo y no fue consciente de que alguien la observaba y mucho menos que tenía intención de seguirla cuando se subió a un flamante BMW rojo que hacía juego con su pintalabios.

Paco arrancó el coche y la siguió a una distancia prudencial.

El tráfico a esas horas de la tarde era muy denso por las calles de Madrid y él, que ya no estaba acostumbrado a conducir, se puso histérico. Hasta el punto de que casi la pierde de vista en dos ocasiones.

«¡Joder! Carmelita, ¿dónde has aprendido a conducir así? Antes me decías que te daba miedo coger el coche y que preferías que lo llevase yo», se preguntó si conocía realmente a la persona con la cual había estado casado treinta y cinco años. Tuvo la certeza de que no. Jamás se hubiera creído que jugara de ese modo con su vida y sus sentimientos.

Al cabo de veinte interminables minutos, Carmela puso el intermitente para estacionar en zona verde. Paco aparcó con cautela unos metros detrás agazapándose en el coche por si era descubierto.

Entró decidida en un portal. Paco hizo *zoom* en el GPS del móvil para ver en qué calle se encontraban.

Tuvo un ligero vahído en cuanto se percató de la localización que le indicaba la pantalla. Se trataba de la calle Andrés Mellado, en el Barrio de Chamberí, uno de los más pudientes de Madrid. Sin lugar a dudas, reconoció la dirección: era la casa de Arturo.

CAPÍTULO 44

TINA – VIEJOS TEMORES DESBLOQUEADOS



Agradezco el frescor del líquido que baja por mi garganta y recupero un poco la estabilidad. Carraspeo antes de poder volver a hablar:

—¿Y por qué vienen a verme a mí?

—Ya se lo he explicado; usted es, supuestamente, la última persona que la vio consciente. Ella envió un mensaje a su familia diciendo que había recogido sus cosas de la habitación y que salía. Pero nunca llegó a su destino. Puede imaginar cómo está su familia en unas fechas como estas.

—Lo imagino, bueno, lo sé de primera mano. Me he encontrado en la misma situación.

—Disculpa. No he tenido mucho tacto. Lamento por lo que ha pasado, usted y su familia. Es muy duro perder a un ser querido, lo sé por experiencia.

Asiento con la cabeza ensimismada ante su empatía. Me pregunto si en el FBI los adiestran para ser distantes, pero humanos. Han hecho un buen trabajo con la agente Piper, porque me creo de corazón sus palabras. A lo mejor, fue un caso personal la que la llevó a ingresar en la academia. Por un momento una línea invisible une nuestras miradas y siento dolor, pérdida y entendimiento como solo las personas que han sufrido ese tipo de ausencia pueden hacerlo. O

al menos eso creo imaginar. Solo es un leve instante, minúsculo, hasta que la agente Piper decide desviar los ojos y mirar hacia el agua que sostiene en la mano.

En ese momento, como surgiendo de la nada para romper la atmósfera tan íntima que habíamos creado sin querer, y como recordatorio de que era una investigación y no un confesionario, llega el agente Wilson. Doy un respingo. Me había olvidado completamente de su presencia. Veo que la agente Piper, a mi parecer, también presta atención como sorprendida de su intervención.

—Disculpad, he tenido que coger la llamada, era urgente. Agente Piper. Salga un momento, por favor.

La agente Piper sale mirando extrañada su propio teléfono y con prisa. Observa al agente Wilson con expectación, pero no hablan hasta que están lo suficiente lejos de mí para que no perciba más que cuchicheos.

Estoy tan intrigada que me va a dar algo si no me entero pronto de lo que está pasando. Por sus rostros no creo que sea nada bueno.

Al cabo de tres minutos, que me han parecido tres décadas, entran los dos en la sala en la que me encuentro. Tienen la cara seria, e intuyo, que sea lo que sea que me van a decir no serán buenas noticias.

—Es Beth, señorita Willis, tenemos que irnos. Nos acaban de comunicar que ha muerto —explica la agente Piper de forma seca y sé que aquel momento que hemos compartido las dos se ha volatilizado.

Estoy desolada. Pienso que mis peores pesadillas se están haciendo realidad, parece que la muerte me persigue allá donde vaya.

—Una última cosa, ¿reconoce este diario? —Abre el portafolios y saca una bolsa de plástico transparente. Se pone unos guantes de látex y me enseña la primera página. La leo con avidez:

Madrid, 7 de julio de 2022

He tomado una decisión, y quizás sea la más difícil que tome en mi vida. Separarme de mi hermana gemela, de Tina. Tengo la sensación de que nunca he sido una persona completa, siempre he ido a remolque de ella, de su personalidad avasalladora, de su carisma, de su extroversión. Siempre me he quedado en un segundo plano, y no es que no tuviera nada que decir, es que mi punto de vista quedaba eclipsado bajo su gran halo de luz.

Mucho tiempo he estado molesta sin saber exactamente qué era lo que iba mal, pero es que ella tampoco era consciente de tener ese tipo de personalidad arrolladora que hace que, en cuanto entra en una habitación, todo gire a su alrededor. No la podía culpar por ser como era. Creo que mi foco de atención estaba desencaminado, tal vez de mí misma por no saber imponer mi criterio. Por eso esperaré a comunicar mi decisión de estudiar lejos de casa cuando ya lo tenga todo preparado. Sé que nadie se espera que sea capaz de algo así, que quiera volar sola. De verdad que estoy aterrada, pero debo hacerlo. Espero no arrepentirme de ello.

—Por supuesto, sabría reconocerlo en cualquier parte del mundo: es el diario de Valen, es su letra. He estado buscándolo mucho tiempo. ¿Dónde estaba? ¿Lo tenía Beth? ¿Qué demonios está pasando?

—Estaba en su maleta. No podemos decirle nada más. No salga de la ciudad y tenga el teléfono operativo por si tenemos que localizarla en algún momento. Aquí tiene mi tarjeta por si recuerda algún dato.

Se despide con un apretón de manos y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no arrancarle el portafolios a la fuerza. Se giran para irse.

—Pero no puede llevárselo. Es el diario de mi hermana.

—No, ya no lo es. Es una prueba.

Creo que me podría morir de tristeza ahora mismo, la única pista real en un año y es como si tuviera alas y se alejase volando. Se alejan con su diario en una bolsa aséptica. Como si los pensamientos de mi hermana estuvieran recubiertos por una mortaja.

CAPÍTULO 45

PACO – EL REENCUENTRO



Paco llamó a todos los timbres y le abrieron la puerta alegando que era un mensajero. En más de una ocasión había utilizado la misma técnica para dormir en algún portal en los días más fríos del invierno, hasta que lo descubría algún vecino, llamaban a la policía y lo echaban a patadas, amablemente, como a un perro. Miró en los buzones y allí estaba el nombre de Arturo Quintanilla López en el 4ºA. También comprobó que no había ningún nombre más en la etiqueta de los ocupantes.

Paco contempló como la puerta del ascensor se cerraba en ese momento, con estupor pensó que casi se había cruzado en el portal con Carmela. Subió corriendo por las escaleras lo más rápido que le fue posible. Llegó sin resuello al cuarto piso y observó que su exmujer llamaba sin descanso al timbre de la puerta de Arturo. Paco supo con certeza que nadie le iba a abrir, a no ser que hubiese resucitado y vuelto del reino de los muertos. Carmela desistió de su empeño, y se giró. Descubrió a Paco en el rellano de la cuarta planta. Muy cerca de ella. Carmela lo miró detenidamente. Parecía que se demoraba un poco en reubicar su cara en ese contexto, pero finalmente su gesto de desprecio le indicó que lo había conseguido.

—¿Tú qué haces aquí? ¿Me estás espiando, desgraciado?

Paco notó cómo la bilis le trepaba por la garganta. Si un resquicio de amor o deseo o añoranza por los viejos tiempos se le había despertado al verla hace unos minutos, todo eso se había esfumado, como un caramelo en la puerta del colegio. En ese milisegundo recordó por qué la detestaba y por qué la había estado odiando todo este tiempo.

«Es una arpía despreciable, no merece más que dolor y pagar por todo lo que me ha hecho», pensó fuera de sí.

—¡Eso mismo te digo! ¿Qué haces tú aquí? —le dijo furibundo y agarrándola del brazo con fuerza para que no huyera escaleras abajo.

—¡Quítame tus sucias manos de encima, cerdo! —exclamó con desprecio mientras se zafaba de su agarre de forma abrupta, tironeando para soltarse de su mano.

Se desprendió con tanta fuerza que salió propulsada hacia atrás y al no tener agarre suficiente en el suelo cayó escaleras abajo rodando, con un grito agudo de sorpresa.

Paco advirtió aterrado cómo Carmela caía y se empotraba con la pared del descansillo del piso inferior. Se oyó un crujido que no auguraba nada bueno. Yacía desmadejada como una fregona en un día de lluvia, piernas y brazos como aspas de un molino y la cabeza en una postura antinatural, como un insecto aplastado por un matamoscas.

Entró en pánico. Su cerebro analizaba miles de posibilidades, de opciones a seguir, buscando la mejor alternativa, se sentía como un ratón en un laberinto buscando la salida. Oyó cómo se abría una puerta en los pisos superiores y que una mujer preguntaba si había pasado algo. Con la voz lo más calmada posible dijo que no, que todo iba bien y que se le había caído la bolsa de la compra. La puerta superior se cerró de nuevo con una disculpa y una despedida. Rezó para que la puerta del 4ºB no se abriera, si no estaría totalmente perdido.

Bajó con rapidez y situó sus dedos en la yugular buscando el pulso. Su cerebro le decía que era un paso baldío: su cuello tenía la forma de un *boomerang*, pero sin un posible retorno a su posición original. Su mirada estaba fijada en el techo, con los ojos

desorbitados. Paco pensó que había sido una muerte demasiado buena e instantánea para aquella mala puta.

Tapó su desnudez. Cogió su bolso y se fue escaleras abajo como si el mundo estuviera en llamas.

CAPÍTULO 46

TINA – ESTADO DE SHOCK



Tina se queda unos instantes aturdida, como si la vida estuviera suspendida en unos hilos invisibles y girara sin control a su alrededor. Se siente como una marioneta dirigida por un ente externo y malicioso. Aún no se cree que todo esto esté sucediendo, como si fuera una pesadilla de la que no puede despertar. Beth era un grano en el culo y habían tenido discusiones, pero no le deseaba ningún mal y menos un final como ese. Piensa en su familia y las lágrimas ruedan por sus mejillas, sin pedir permiso. Al menos tienen suerte de poder velar un cuerpo y no un ataúd vacío, sin duda, que la hayan encontrado muerta es mucho mejor que no hallarla jamás.

Toma entre sus manos la tarjeta que le ha dejado la agente Piper, le ha dicho antes de salir que si recuerda algún dato importante que se ponga en contacto con ella, pero no se le ocurre qué podría ser. Últimamente tiene unas lagunas mentales y unos dolores de cabeza constantes que la dejan baldada. Solo se recupera durmiendo y confiando en que al despertar será una persona nueva. Pero últimamente dormir es algo que le cuesta horrores.

Además, le parecía un poco inútil intentar recordar sus últimas conversaciones, Beth está muerta, no hay nada que se pueda hacer con ello. ¿Otro suicidio? Su cabeza hierve con miles de interrogantes y ninguna respuesta posible. Piensa en qué nueva compañera le pondrán el semestre que viene y se siente como una

cerda desalmada. Pero una vez más la vida sigue. Después de los batacazos emocionales recibidos en los últimos años, ya no le sorprende. En el momento que se cae en el pozo la primera vez, la siguiente te limpias las rodillas magulladas y te levantas de nuevo.

Ve por los ventanales cómo los agentes salen del edificio, el día es gris y frío como su ánimo, respira cerca de la ventana y el vaho deja un rastro opaco que le nubla la visión. Dibuja un emoticono de cara triste y lo emborrona con la mano para poder seguir los pasos del FBI hasta su coche. Recuerda cómo Valen y ella dibujaban mensajes secretos en los espejos del baño al salir de la ducha y que su madre las reñía porque debía limpiarlos y era un engorro. Ellas hacían caso omiso de sus advertencias, era demasiado tentador encontrar la superficie del vidrio como una pizarra en la que tallar sus mensajes secretos.

Esos recuerdos se hacen demasiado dolorosos. Tina vuelve a expulsar aire de su interior y emborrona de nuevo el cristal. Dibuja un corazón para Valen. Su mensaje secreto para que no lo olvide jamás. Puede que desde donde esté pueda verlo.

No puede creer que tengan su diario. Le destroza el corazón.

CAPÍTULO 47

PACO – CON LA MIERDA HASTA LAS CEJAS



Sabía que disponía de poco tiempo hasta que alguien diera la voz de alarma y descubriera el cuerpo sin vida de Carmela. Sin duda algún vecino la vería en una posición incompatible con la vida. Paco tuvo la decencia de bajarle el vestido tapándole sus zonas íntimas, por mucho que la odiara no quería que nadie la viera con el culo al aire. Era mala, pero no se merecía que la hallaran de ese modo.

No hacía más que pensar que estaba de mierda hasta las cejas, ya se le acumulaban dos cadáveres. Arturo, que nadie se creería que fue un suicidio, y Carmela, que nadie se creería que fue un accidente. Y más robándoles a ambos. Ahora no solo tenía las pertenencias de uno de ellos, sino de los dos. No sabía por qué narices había cogido el bolso de su exmujer, pero es que necesitaba saber qué tenían aquellas dos personas en común. Aparte de él y de que fuera el responsable de sus muertes.

Subió al coche con el corazón desbocado y sin aliento. En su cabeza repiqueteaba la advertencia de que no debía llamar la atención y que debía mantener la calma, pero eso no lo habían tenido en cuenta sus piernas cuando pisaron la acera. Tenía la cara desencajada por el horror y los remordimientos. Había estado a punto de desmayarse cuando se cruzó con un vecino en la portería, pero se limitó a agachar la cabeza y susurrar un buenas tardes.

«Paco, tienes que pensar. No dejes que la histeria te domine como si tuvieras el cerebro empalmado. Hasta ahora has tenido demasiada suerte, pero estás cagándola con muchas cosas que no sabes ni que la has cagado. Estás dejando más migas por el camino que Pulgarcito de borrachera. ¡Piensa, por Dios! ¡Piensa! ¡Te estás jugando permanecer los últimos años que te quedan de vida en la cárcel! Solo tienes una oportunidad de salir de esta, no es como los libros de *Elige tu propia aventura*, no vas a poder deshacer tus pasos».

Cerró los ojos con fuerza y aguantó la respiración. Unos segundos antes parecía un pez boqueando fuera del agua e hiperventilando. Si seguía así perdería el conocimiento.

Sacó la lista de la cartera y el bolígrafo de la guantera. Pensó que no solo no había cerrado las propuestas, sino que tenía más cosas que hacer:

- ~~Limpiar la escena.~~
- ~~Deshacerse del cuerpo.~~
- ~~Deshacerse de la pistola.~~
- ~~Revisar la cartera.~~
- ~~Inspeccionar el coche.~~
- ~~Comprobar la tarjeta de la habitación 507 del hotel Miramar (si tengo el valor suficiente)~~
- ~~Huir lejos de allí.~~
- ~~Buscar una nueva ropa, canta demasiado pasearse por ahí con esta guisa.~~
- ~~Conseguir dinero.~~
- Deshacerse del coche.
- Deshacerse de todas las pertenencias de Arturo.
- ~~Deshacerse de la cartera de Arturo.~~
- Averiguar ¿por qué yo? ¿Quién era Arturo?
- Averiguar qué tenían en común Carmela y Arturo, ¿por qué yo? ¿Qué está pasando?

Necesitaba tanto una copa para ahogar la ansiedad que le consumía por dentro, que tuvo miedo de volverse completamente loco. Debía tener la cabeza despejada, su vida y su libertad dependían de ello. Arrancó el coche con un objetivo claro, tenía que ponerse en marcha.

CAPÍTULO 48

TINA – LA AUSENCIA



Vuelvo a la habitación compungida, como si me estuvieran estrujando el corazón, es muy fácil caer en la autocompasión y refugiarme en «todo me pasa a mí, me persigue la mala suerte, la vida me pone la zancadilla, etc.», pero me niego a caer de nuevo en el desánimo. Desde hace mucho tiempo no tenía una brizna de ilusión por algo y debo admitir que Jordan es la razón de que tenga muchas ganas de abrir esa puerta. Entro con sigilo y lo llamo en susurros:

—Soy yo. Ya puedes salir, se han ido. —Cierro la puerta.

Espero unos segundos para ver si sale de su escondite. Tal vez se ha quedado dormido ahí debajo y por eso no me contesta. Aguzo el oído, pero no escucho nada.

Me agacho, subo la colcha encima del colchón y miro debajo de la cama de Beth.

Para mi asombro ahí debajo no hay nadie.

«¡Qué raro! Solo deben haber pasado unos veinte minutos. ¿Dónde demonios se habrá metido?», pienso angustiada. No hay nada que me produzca más ansiedad que el sentimiento de abandono. Y ahora mismo se ha fugado como un mago en plena actuación. Me he quedado desolada pensando que he hecho algo para molestarle, que quizás se arrepienta por Valen. Puede que haya

escuchado que me buscaba la policía y le ha entrado el canguelo. Aventuro mil opciones, pero no obtengo ninguna respuesta; debido a que él no se encuentra aquí. Su ropa, ni nada que indique su paso por mi habitación. Está desaparecido como el conejo en el sombrero de copa.

Me meto en la cama y un torrente de lágrimas afloran por mis ojos, me siento sola, me siento triste y quizás me sienta culpable de muchas de las barbaridades que le dije a esa pobre chica que no verá un nuevo amanecer, que no conocerá al amor de su vida, que no criará a sus futuros hijos. Como Valen. Y eso me desgarra el alma.

En un plazo indeterminado de tiempo me despierto alterada. A veces no soy consciente de que tengo esta especie de apagones mentales que vienen y van cuando les place.

Estoy aturdida.

SU DIARIO.

Es la primera pista real que tengo de Valen. Pero ¿por qué demonios lo tenía Beth? Yo tenía razón. Estaba en su poder todo este tiempo. Si se ha convertido en una prueba, Beth tendría algo que ver con la muerte de Valen.

¡Maldita cabrona! Ahora mis lágrimas son de rabia, si es así, se merece estar muerta.

Estoy rendida física y emocionalmente. Me acurruco llorando hasta que finalmente me duermo de nuevo.

CAPÍTULO 49

PACO – PERDIDO EN LA GRAN CIUDAD



Paco no pudo creer en qué nuevo embolado se había metido, le pareció totalmente surrealista no solo tener un muerto a sus espaldas sino a dos. Confiaba en que lo de Carmela pareciera un accidente, pero llevarse su bolso no había sido muy buena idea. Por un momento pensó en sus hijos, Pablo e Ivana, ya debían de tener dieciocho y quince años respectivamente, si se enteraran de que había tenido algo que ver con la muerte de su madre, no se lo perdonarían jamás.

«Si es que se dignan a mirarme a la cara después de todos estos años de ausencia. Seguramente Carmela les habrá metido mucho odio en vena. No sé si querrán saber nada de mí, aunque sea lo único que les queda. Bueno, no sé si aún estará en sus vidas ese malnacido de Luis, esa rata asquerosa que un día fue mi mejor amigo. Espero que no lo llamen papá. Eso me mataría».

Paco deseaba en su fuero interno que, si algo de amor quedaba en los corazones de sus hijos, jamás lo llamaran papá. Creía que había sido bueno con ellos, pero no había sido muy cariñoso, ni había estado muy presente en sus vidas. Solo se limitaba a trabajar como una mula para intentar situarlos en una buena posición económica. Siempre había tenido una ética de trabajo muy férrea. Siempre había situado en primera posición su carrera profesional pensando que cuanto más tuvieran más felices

serían, su padre era igual que él, es lo que había mamado toda su vida. El trabajo era lo más importante. Ahora sabía que eso no era así, el dinero iba y venía y lo crucial era el amor de sus seres queridos. Hubiera dado una mano para volver atrás y leerles un cuento por la noche a sus hijos o prestarle más atención a Carmela. En su fuero interno sabía que había descuidado bastante su relación de pareja, que estaba demasiado cansado para satisfacer a su mujer como hacía años y que siempre tenía una excusa para hacer unas horas de más y llegar a casa cuando ya estaban durmiendo. Pero todo lo había hecho por su familia. Por proporcionarles un futuro mejor. Ahora sabía que las joyas que le regalaba a Carmela para comprar sus ausencias no tenían ningún valor para ella. En su momento ella se lo advirtió, que lo echaba de menos, que lo necesitaba, que la carga del día a día y de los niños era muy difícil de sostener para una persona sola. Que no necesitaban lujos, sino que tanto sus hijos como ella necesitaban a su padre y a su marido.

—¡Qué imbécil que fui! —susurró conduciendo aquel coche—. Lo tenía todo y no supe valorarlo.

Se dirigió a las afueras de Madrid, hacia Coslada, que había sido la ciudad donde vivieron sus abuelos paternos, necesitaba ir a un lugar conocido y que le diera seguridad. A pesar de que no había ido allí en treinta años, desde la muerte de su abuela, y que muchas cosas habían cambiado, se sintió en paz. Lo necesitaba. Estaba al borde de un colapso mental y físico.

Se bajó del coche y fue a uno de los bares con los que había ido con su abuelo de pequeño. Le pareció mentira que aún conservara la misma fachada. Se veía desfasada y amarillenta, como apolillada. Le encantaba estar con él mientras jugaba al dominó y se tomaba un vaso de jerez, bueno, uno detrás de otro. Paco se sentaba en un rincón y tomaba un vaso de leche con granadina y unas rosquillas. El humo lo rodeaba. Sonrió ante aquella imagen de felicidad, tan simple e irreal en los tiempos que corrían. Ahora le sería impensable estar con un niño en un ambiente rodeado de fumadores, pero eran otros tiempos.

«¡Y tanto que eran otros tiempos!», pensó cuando un camarero chino vino a pedirle qué quería tomar.

La mayoría de los locales eran regentados por chinos, se había acostumbrado, pero en aquel entorno le arañaba el alma. Echaba de menos a Lola, con sus grandes domingas y su delantal mugriento, que le rellenaba el vaso de leche y le pellizcaba las mejillas. Extrañaba el olor a fritanga y la máquina de discos que cantaba una y otra vez rancheras. Ahora solo había un tipo enganchado a una máquina tragaperras y los borrachuzos asiduos a un bar de barrio.

Cree que aquel fue el inicio de su adicción a la bebida. Su abuelo le dejaba remojarse los labios con aquel resto de Moscatel del vaso, dulce y cálido. Y él se reía pensando en que si lo viese su madre le zurraría en el pandero. Aquella sensación de bienestar y de complicidad con su abuelo, de guardar un secreto a medias y de qué tal vez estuviera haciendo algo prohibido, pero que estaba permitido entre ellos dos.

«No pasa nada, Paquito, mójate los labios. Esto sabe a gloria bendita. Está *pa´* remojar el pan».

Recordaba aquella imagen, cuando la bebida era una aventura y no una adicción. Percibió aquella sensación de calidez, e hizo regresión emocional a cuando era niño y los problemas eran inexistentes. Ahora estaba tentado a ahogar sus penas en vino, pero luchó contra esa tóxica y dañina asociación; ya estaba en un pozo muy profundo, no era necesario seguir cavando su fosa. Si se emborrachaba, fijo que podría cagarla más, y ya lo había hecho bastante.

Por ello, muy a su pesar, pidió un refresco y un bocata de calamares, eso sí que lo había añorado, y mucho. Le hizo gracia como un simple bocadillo podía hacerlo feliz de esa forma. La textura crujiente del pan en contraste con la suavidad del calamar frito y la mayonesa. Estaba relamiéndose los labios y disfrutando de su cena, hasta que prestó atención a las noticias que salían en la televisión.

CAPÍTULO 50

TINA – DESCONCIERTO



He dormido mal, poco y he tenido una pesadilla atroz. En ella veía a la chica del andén. En el último momento, antes de lanzarse a las vías, me miraba y veía con horror cómo su rostro era el mío. Sabía que iba a morir arrollada por el maldito tren y no podía hacer nada por remediarlo. No sé por qué sueño con ella de nuevo, parece que desde que vi su suicidio su dolor se ha quedado grabado en mi mente a fuego. Tengo los brazos en carne viva, sin querer me he rascado hasta hacerme sangre. Casi al alba he caído en un sueño profundo hasta que me ha despertado el sonido del móvil. Era un sonido tan lejano que parecía irreal. Era mi madre, que quería llorar un poco y hacerme sentir como una mierda por no pasar las fiestas con ellos.

Y ha salido el tema de Valen, como no. No he sido capaz de contarle la visita de la policía, y mucho menos que han encontrado su diario.

En más de una ocasión me llama por su nombre sin darse cuenta, como si quisiera en el fondo de su corazón y en su inconsciente que la que estuviera muerta fuera yo y no ella. Lo siento así en mi interior, pienso que si mis padres pudieran chascar los dedos y hacer una conversión instantánea la elegirían a ella y no a mí. La buena y maravillosa Valen. A veces yo también querría desaparecer y que fuera ella quien me sustituyera. A veces me

cuesta levantarme cada mañana y salir de las sábanas estranguladas a mi cuerpo como una mortaja.

Me recojo el pelo en un moño alto y me doy una ducha ardiente. Quiero intentar que desaparezca esa sensación de irrealidad y desconcierto en la que me hallo. Froto mi piel con la manopla de esparto con dureza por cada cicatriz reciente y antigua, ese dolor me reconforta, me hace sentir viva por un momento. Mi terapeuta me dijo que tengo una relación enfermiza que une el placer con el dolor y que me cuesta mucho parar y poner límites. Me doy cuenta de que estoy sangrando y decido bajar la presión. Me cuesta. Me parezco a los religiosos que se autoflagelaban y me siento identificada con sus comportamientos viciosos y compulsivos. De asociar ese maltrato físico con el placer, de castigarte porque no has sido del todo buena. Así me he sentido siempre, como si no fuera suficiente.

Me pregunto qué ha sido de Jordan. No paro de rayarme pensando en dónde está y qué he hecho para alejarlo de este modo. Vuelvo a la habitación con la intención de vestirme e ir a la cafetería. Me quedo petrificada al abrir el armario de mi cuarto. Son los patines de Valen, no hay duda, tienen su nombre grabado en la cuchilla derecha. Ya no recuerdo nada más. Mi mundo se funde en negro, como en una mala película de serie B.

CAPÍTULO 51

PACO – MALAS NUEVAS



Paco contempló la televisión y no podía creer lo que veían sus ojos, en el telediario de la noche, Piqueras, con su habitual optimismo, narraba cómo un empleado del alcantarillado de Barcelona había descubierto el cuerpo sin vida de un desconocido. Decía que creían que había sido un asesinato y que presentaba signos de violencia. Para Paco no era un desconocido y supo que se le estaba acabando el tiempo. Con toda seguridad lo identificarían y seguirían sus pasos hasta él. Ni por asomo pensó que el cuerpo sin vida de Arturo sería descubierto tan pronto, confiaba que los hedores del subsuelo camuflarían la descomposición del cadáver, pero no había sido así, quizá fuera un hallazgo fruto de la casualidad. ¡Estaba jodido! De nuevo le azotó aquel sentimiento de irrealidad. Como si el destino ya hubiera jugado sus cartas por él.

Cambiaron de noticia y se quedó por un momento contemplando la caja tonta como si fuera a confesarle algún secreto, pero eso no ocurrió. De repente, el bocata de calamares se agrió en su estómago y amenazó con seguir el camino inverso por su esófago. Tuvo que salir a la calle a coger aire. De repente, ese coche y las pertenencias de Arturo habían pasado a primer plano. Esperó a las afueras de la ciudad a que fuera noche cerrada y se dirigió hacia un descampado debajo de uno de los puentes de la autovía. Pensó en prenderle fuego al coche y volver caminando hasta la ciudad,

pero temía que algún conductor viera el humo y alertase a los bomberos o a la policía. Además, tenía miedo de que se extendiera el fuego con la sequía y que se prendiera todo el monte de los alrededores. Era un asesino accidental, pero no un desalmado, y no quería cometer un atentado contra el medio ambiente. De chico había recorrido aquella zona verde con sus amigos, había hecho cabañas en los árboles, había rescatado pájaros que habían caído del nido. No, no podía prenderle fuego a ese paraje. Volvió al centro y fue a una tienda de pakistaníes y compró una botella de ron. Intentó aguantar lo máximo posible, pero la pulsión era más fuerte que él mismo. Aparcó en las inmediaciones del Parque del Humedal y se debió la botella entera. Sabía que no podría conciliar el sueño si no estaba completamente colocado por el alcohol. Hacía mucho que no lloraba de esa forma, recordó los buenos momentos con Carmela antes de que se convirtiera en una mala pécora, antes de que le agujerease el corazón. Los embarazos, el nacimiento de sus hijos, todo lo bueno que hubo antes de la traición y el desamor. Estaba tan extenuado que se quedó dormido dentro del coche, entre penas y vómito.

CAPÍTULO 52

JORDAN – EL DIARIO



—¿Diga? —responde adormilada.

—¡Mierda! No había tenido en cuenta el cambio de horario. Disculpe, señora Willis, ¿la he despertado?

—¿Quién demonios es a estas horas, Raquel? ¡Son las tres de la madrugada! —dice mosqueado su marido que se ha despertado sobresaltado con el sonido del teléfono.

—¡Shhhh! ¡Calla un momento, Harry! Es Jordan —tapa el auricular con la mano—, si llama será algo importante.

—Dime, cielo. No te preocupes por la hora. ¿Es Tina? ¿Por eso nos llamas? ¿Te importa si pongo el manos libres?

—No, no me importa, señora Willis. Sí, verá, a lo mejor es una tontería, pero después de lo que pasó con Valen y su suicidio ya no sé qué pensar, ya hemos hablado de este tema muchas veces. Que debería haber visto señales… no sé. De que estaba mal y que podría atentar contra su vida, por eso no paro de darle vueltas al tema…

—No te preocupes, Jordan. Supongo que todos hemos analizado nuestras palabras y actos de los últimos años buscando respuestas y pensando qué podríamos haber cambiado para que las cosas fueran de otro modo, pero no podemos cambiar el pasado. Ya sé que abusé un poco, o más bien mucho de tu confianza al pedirte

que vigilaras a Tina, pero es que después de la muerte de Valen y su reclusión en el centro psiquiátrico durante meses nos sorprendió mucho que quisiera retomar sus estudios, bueno, los estudios de su hermana.

—No pasa nada, he intentado ser lo más discreto posible, ya saben que dejé mis estudios después de lo de Valen y que ya no estoy viviendo en el campus, pero aún tengo muchos amigos que siguen estudiando allí. Por eso les expliqué la situación y que estaban preocupados por su hija.

—¿Qué es lo que te han dicho, Jordan? Por favor no te andes más por las ramas —dice el señor Willis ya totalmente despierto.

—El diario.

—¿Qué diario, Jordan? —pregunta la señora Willis.

—El diario de Valen. Ya sé que es un poco ñoño e infantil, pero como le gustaba escribir, le regalé un diario por su cumpleaños. Era blanco con violetas en la portada, tenía una llave y un candado dorado, cuando murió no lo encontré entre sus pertenencias. Suponía que lo tendrían ustedes. Se lo pregunté a Tina y me dijo que no sabía de qué le estaba hablando, que no tenía ni idea de ningún diario. Después de su muerte estuve bastante obsesionado con él, pensando que contendría todas las respuestas a mis preguntas… ¡No sé por qué nunca les mencioné el tema! Supongo que me sentía culpable por no saber lo deprimida que estaba.

—No, te aseguro que nunca he visto ese diario. Ni siquiera sabía de su existencia —dice la señora Willis.

—¿Qué pasa con el diario, Jordan? —se interesa el señor Willis intrigado.

—Lo tiene Tina.

—¿Cómo que lo tiene Tina? —pregunta la señora Willis—. Yo nunca he visto un diario así. ¿Y cómo sabes que es el mismo?

—Por Roger.

—¿Quién demonios es Roger? —dice el señor Willis perdiendo los nervios.

—Mi perro.

—¿Y qué narices tiene que ver tu perro en todo este asunto, chico? Ya estoy perdiendo un poco la paciencia, ¡son las tres de la madrugada, hora española! —Se irrita el señor Willis.

—Tiene que ser el mismo diario, mi perro Roger mordió la tapa y arrancó la esquina inferior, a Valen le costó bastante quitárselo de la boca, le pegó en el hocico y aun así no lo soltaba. Era un cachorro y se pasaba el día mordisqueándolo todo. Por eso sé que es el mismo. Hace unos días, mi amigo Mike vio a Tina caminando hacia la biblioteca, parecía que hablaba sola, tenía la mirada perdida, estaba desaliñada y sostenía fuertemente un diario en la mano, mordisqueado en una esquina. Como si se lo hubiera comido un perro. Me lo dijo en broma, ¿saben? ¡Que parecía que se lo había comido un perro! Pero se me puso la piel de gallina porque es exactamente lo que pasó con Roger. ¡He intentado ir al campus y hablar con ella, pero las carreteras están cortadas por el temporal!

—No te preocupes, Jordan. Vamos para allá en el primer vuelo que esté disponible. Sea lo que sea lo que esté pasando, lo averiguaremos juntos. Gracias por llamar —se despide la señora Willis.

Cuando cuelga el teléfono, llama a Tina. Tiene el teléfono apagado. Raquel tiene un muy mal presentimiento. Algo le ha pasado a su hija.


BACD

CAPÍTULO 53

PACO – BORRAR LAS HUELLAS



La mañana lo despertó con unos rayos rabiosos en la cara. La resaca era como un puñetazo de Mike Tyson en su estómago. Abrió la puerta y vomitó los restos de lo poco que quedaba en su estómago lastimado.

Cuando recuperó un poco la compostura, fue a un guardamuebles y guardó todas sus pertenencias. Ya había creado un plan sobre los pasos a seguir.

Tendría que intentar dejar el menor rastro en el interior del vehículo, por ello fue a un taller donde limpiaban las tapicerías y les pagó por adelantado. Les indicó que lo dejaran aparcado en su zona de estacionamiento. Temía que, si la policía lo buscaba, sin duda los del taller podrían dar una descripción de cómo era, pero seguro que sería de forma muy vaga. En todo momento había evitado mirar a la cara al chico de recepción y llevaba una gorra que dejaba parte de su rostro camuflado. Se aseguró de ir con prisa, pagar en efectivo y evitar que le hicieran demasiadas preguntas.

No pensaba ir a recogerlo jamás. Suponía que a ellos no les importaría, una vez que hubieran cobrado, que se quedara unos cuantos días en su *parking*, y si pasaba más tiempo de lo necesario, lo moverían de allí porque ocupaba una valiosa plaza.

Fue paseando hacia la estación con la mochila a cuestas. Había cogido lo justo para tener un par de mudas y cosas para el aseo personal. El resto de las cosas de Arturo, y muy a su pesar, las había tirado en un contenedor mientras caminaba. Para él ya no eran importantes las respuestas, solamente quería huir lejos y llevar un perfil bajo. Meterse en su caparazón y dejar que pasara el tiempo. Decidió que iría hasta el centro y se alojaría en una pensión discreta o un hostal y se escondería unos días.

Estaba extenuado y la desesperación se habría paso en sus entrañas, casi tanto que tenía ganas de ser atrapado y descansar con sus huesos en una cárcel. Por lo menos allí tendría un plato caliente y una cama fija en la que dormir. Después de muchas noches en la calle, hasta ese le parecía un buen plan.

Compró el billete y se sentó en el primer vagón al lado de la ventanilla, le encantaba ir de viaje e ir contemplando el paisaje que se abría ante sus ojos. Se amodorró con el vaivén del tren. Hasta que oyó un fuerte golpe y sintió un frenazo. Casi se cae de su asiento.

Todos los pasajeros se agolpaban en la ventanilla oteando para ver si veían la causa del posible accidente.

—Señores pasajeros, por su seguridad las puertas permanecerán cerradas, el servicio ha sido interrumpido por encontrarse una persona en las vías —explicó el interfono del conductor del convoy.

«Jolines, ¡qué mierda! Seguro que vamos a estar un buen rato parados aquí. ¿Qué demonios ha pasado?», pensó Paco.

Paco evitó mirar el andén, pero la curiosidad era demasiado poderosa, contempló asqueado los restos de lo que era evidente que era sangre y restos humanos. Tuvo que volver la cabeza para evitar vomitar.

Decidió ir al lavabo y refrescarse la cara, al volver el conductor estaba fuera del vagón. Tuvieron que esperar veinte minutos hasta que llegó la policía, los bomberos y el servicio de salud.

Después los evacuaron del tren y de la estación. Mucha gente miraba con morbo la escena, pero Paco ya había tenido bastante

sangre y muerte últimamente y no le apetecía en absoluto contemplar más desgracias.

—¡Ha sido un suicida! —decía una mujer chillando—. La he visto en el andén, llevaba una capucha negra y el pelo con mechones rosas.

Paco no quería saber nada del tema, solamente quería dormir en una cama y, con suerte, meterse algo para el cuerpo, en unas cuantas horas, ya que ahora sería inviable comer. Afortunadamente, la compañía ferroviaria había fletado un autobús de línea que los condujo hasta Atocha.

Al llegar, necesitaba aire fresco y se fue paseando a los jardines de El Retiro, disfrutó de la sombra y del canto de los pájaros. Había echado mucho de menos este pulmón en la gran ciudad. Estuvo un par de horas deambulando y a ratos se sentaba en el césped, casi olvidándose de que era un prófugo.

Cuando el hambre empezó a apretar, para su sorpresa se comió un menú de hamburguesa con patatas en el McDonald's, hasta que vio el kétchup que se escurría por el pan y tuvo que dejar de comer, difícilmente olvidaría los churretes rojos que se deslizaban por la ventanilla del vagón, o en la escalera de la comunidad de Arturo.

Tiró los restos de su comida a medio terminar en la papelera y se dirigió a un hostal con habitaciones privadas, antes de subir compró alcohol, agua y cuatro cosas para comer en un supermercado. No saldría de allí en un tiempo.

CAPÍTULO 54

TINA – EL LAGO



Estoy sobre la superficie helada del lago. No tengo ni idea de cómo he llegado hasta aquí. Tengo los patines de Valen en los pies. Estoy temblando y me acabo de dar cuenta de que es porque no tengo ropa de abrigo encima. Me cuesta coordinar mis movimientos, parezco un títere al que han cortado los hilos y se balancea igual que un borracho, como un tren que descarrila. Intento volver sobre mis pasos cuando oigo cómo el hielo se resquebraja bajo mis pies y la posibilidad de huir es nula. Me hundo en el agua gélida. Caigo a plomo. Intento gritar, pero es un error y a consecuencia de ello, una bocanada de líquido glacial llena mis pulmones. Intento patalear con fuerza, pero la corriente me arrastra lejos del agujero de entrada. Braceo con todas las fuerzas de las que dispongo, que no son muchas, y siento como si nada fuera suficiente. Pienso en la imagen de la que hablan los que han vuelto de la muerte, de la luz al final del túnel y eso es a lo que me recuerda. Veo la luna llena como un pequeño Big Bang decreciente, que se aleja cada vez más de mi vista.

Supongo que llega mi fin y me gustaría decir que la travesía fue plácida y que tuve tiempo de despedirme de mis seres queridos, pero no es así.

Intento salvaguardar el poco aire que contienen mis pulmones para evitar la penetración del agua, pero al cabo de unos segundos soy incapaz de evitar inhalar el líquido verdoso que me envuelve. Una vez más, nado con todas mis fuerzas hacia delante y hacia arriba, pero la corriente es cada vez más fuerte y me deja sin fuerzas. Noto cómo mi cuerpo sufre convulsiones asfícticas y no puedo evitar que el líquido continúe penetrando de forma discontinua en mis vías respiratorias.

En los últimos momentos lúcidos que tengo pienso que la muerte por ahogamiento no es dulce, nada dulce, y siento un dolor atroz y un miedo mucho más profundo de lo que nunca imaginé.

¿Por qué, por Dios, por qué he caído por aquel miserable agujero?

Horrorizada y mientras me abraza la muerte, recuerdo los meses recluida en el centro psiquiátrico. Sabía que Valen estaba pasando por un mal momento, yo misma estaba inmersa en una depresión profunda, ahora soy consciente. La convencí para hacer un pacto suicida, le insistí durante meses de que era la única posibilidad, que no quería vivir sin ella, haciéndola sentir culpable de abandonarme, de dejarme sola, de que estuviera en un pozo sin fondo. Pero en el último segundo me entró miedo y no cumplí mi promesa, no me quité la vida, tenía planeado tomar una cantidad letal de tranquilizantes de mamá y ahogarme en la bañera, mientras ella se hundía en el lago. Pero en aquel estado, mientras me estaba adormeciendo, me entró miedo y vomité las pastillas. No solo no hice nada por ayudarla, sino que le hice creer que nuestro final sería juntas.

No pude soportar lo que había hecho, la envidia y el rencor habían ganado a mi amor. Ahora entiendo por qué Valen, que soy yo misma o mis remordimientos, me ha arrastrado hasta el lago y ha movido los pies que una vez fueron suyos para traerme hasta aquí, para evitar que haga más daño, para evitar que lastime a más personas.

Perdóname, Valen, a veces el amor es muy enfermizo, en el fondo sabes que te quiero, eres parte de mí, somos una.

Rendida, realizo un par de inspiraciones profundas y dejo que el agua llene mis pulmones, merezco morir. Me agarro a la mitad del corazón de mi cuello, la mitad de un todo que ya no es nada.

Mi cuerpo inerte es arrastrado por la corriente, como un barquito de papel en un día de lluvia.

CAPÍTULO 55

VALEN – PERSONALIDAD DESDOBLADA



Y allí, en sus últimos segundos de vida, Tina, fruto del remordimiento o de la falta de oxígeno en el cerebro, tuvo por fin percepción de su otro yo[3]. De su otra conciencia:

Confié en ti. Me juraste con el meñique que juntas éramos más fuertes, que acabaríamos con nuestra vida. Era un pacto suicida. Un pacto de sangre, como la que habíamos compartido en la placenta.

Día tras día, conversación tras conversación, tú me convenciste de que lejos de mí tu vida no tenía sentido. Acordamos un día y una hora para acabar con nuestra existencia a la vez, pero en la distancia. Pensar en que me reuniría contigo en la otra vida me animó a tomar la determinación final. En el fondo siempre me he sentido a tu sombra, que no era nadie sin ti. Siempre has sido la gemela receptora, la dominante, siempre hemos sido discordantes. Pero en el último segundo te arrepentiste de tu decisión. Recuerdo aquella última videollamada días antes de mi muerte, me lanzaste un beso. El beso de Judas. Me dijiste que no tuviera miedo, que estaríamos unidas en la eternidad.

Cuando viste a aquella pobre chica del andén todo cobró sentido, de forma inconsciente, el trauma desdobló nuestra personalidad. Volvíamos a ser dos Valen y Tina, en el mismo cuerpo.

He estado aletargada dentro de ti. Cuando te rascabas hasta hacerte sangre, era yo quien arañaba, quien te hacía daño. Era yo quien me autolesionaba para dañarte, quien arrancaba cada uno de los pelos que podía para sacar mi personalidad ante la tuya. ¿Te acuerdas cuando de pequeñas jugábamos a 1, 2, 3 escondite inglés? ¡¡Pues te encontré!! Aquí estoy, confié en ti en mi momento más oscuro y dijiste que te hundirías conmigo. ¡Qué necia fui!

Lo mismo hiciste con Beth, desconfiada, paranoica, te sirvió de coartada en mi muerte. Manipulaste los frenos de su coche para simular un accidente de tráfico premeditado, la línea es muy fina en estos casos y cuesta discernirlo. Dejaste una nota incriminándola de mi muerte dentro del diario. Estuviste meses practicando su letra en cuanto te sentiste amenazada. Incluso enviaste un mensaje a su familia como coartada.

Cuando te encontraste a Vecka, mi mejor amiga, por los pasillos lo que viste en su rostro fue temor, temor de que le hicieras daño como sospechaba que me hiciste a mí. Te mintió sobre que no conocía tu existencia.

¿Y Jordan? Era mi novio, estaba loquita por sus huesos, a toda costa quisiste estar con él en cuanto lo conociste. Después de mi muerte viste una nueva oportunidad y no pudiste soportar su rechazo. Quisiste seducirlo como hiciste con Tommy, nuestro vecino del barrio, no soportaste que yo le gustara más que tú. Intentaste hacerte pasar por mí. Necesitabas poseer lo que era mío, engatusarlos a los dos.

Jordan nunca ha subido a tu habitación, nunca has coincidido con él en el campus. Estás tan enferma que lo has imaginado todo. No había nadie más aparte de ti. Estabas tan sola y necesitada de amor que casi hasta me darías pena si no fueras el diablo en persona.

Mi diario sabías dónde estaba escondido, tú misma me sugeriste dónde dejarlo. Al venir al campus te ocupaste de buscarlo y esconderlo a buen recaudo. No recordabas haberlo hecho. Te reconcomía la culpa y en el fondo te daba demasiado miedo leerlo.

Quizás lo que vieras en el reflejo del espejo te diera demasiado terror.

Allí, en letras de sangre, estaba escrito nuestro pacto suicida. Y… ¡Qué casualidad! Aquella última hoja estaba arrancada de cuajo, como las malas hierbas.

CAPÍTULO 56

ARTURO – LA BÚSQUEDA



—Buenas tardes, señora Ponte, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo Arturo al recibir a Carmela en su despacho.

—Pues verá, quiero encontrar al desgraciado de mi exmarido. No es que me importe una mierda qué es lo que le haya pasado a ese pichafloja, pero es por mi hija, se está muriendo, ¿sabe usted? Tiene un meduloblastoma diseminado en la médula espinal, le han dado seis meses de vida. Llegará un momento que se le entumezcan los brazos y las piernas. Que tenga debilidad y un dolor insoportable en la columna, que no controle los esfínteres. Ninguna madre está preparada para ver eso. Me ha pedido ver a su padre antes de morir y me veo incapaz de decirle que no. Creo que se quiere despedir de él. Ya sabes, la niña de papá, siempre ha querido más al capullo de su padre que a mí, y eso que desapareció hace tres años.

Como detective privado, Arturo estaba acostumbrado a seguir a gente, sobre todo para descubrir infidelidades o investigar bajas laborales, fraudes económicos, pero era la primera vez que debía cumplir el último deseo de una moribunda. Se quedó bastante impresionado con el encargo y juró para sus adentros que haría todo lo posible para que la niña pudiera darle un último abrazo a su

padre. Él también era padre de una niña, y este encargo en concreto le tocaba la fibra sensible.

****

Pasaron cinco meses y por fin llamando a albergues, asociaciones de indigentes y comedores sociales localizó a un vagabundo que encajaba con la descripción de Francisco Alcántara Antúnez.

Estaba mendigando en la calle, su aspecto era mísero. Tenía una lata de espárragos en la que la gente iba dejando la limosna, eran las diez de la noche y estaba vacía. Había visto fotos de la persona que en un día fue, de la vida ostentosa que llevaba y le costaba creer que se hubiera convertido en aquel despojo humano. Las uñas negras, el pelo mugriento y la roña se le asomaba por el cuello. Se rascaba la cabeza como si los piojos anidaran en él desde hacía mucho tiempo.

No lograba verle la cara con claridad, tenía el rostro mirando al suelo, por ello se le ocurrió lanzar una moneda a la lata desierta. Esta causó un tintineo sobre la hojalata. Rodó hasta asentarse en el fondo, elevando ese sonido metálico.

Entonces Francisco levantó la cara y clavó su mirada en él, era gélida, perdida y turbia. Como si no supiera si era real o una alucinación, como si el sonido hubiera despertado en él algo dormido.

—¿Si adivino si es cara o cruz doblas la apuesta? —graznó con una voz ronca y dañada.

Arturo sintió un escalofrío, pero consiguió disimularlo. No tuvo valor para contestarle. Siguió adelante como si sus sensaciones fueran erróneas, como si el mal pálpito que sentía fuese una ilusión. El instinto, ¡ay, amigo! ¿Por qué no escuchó las señales que le decían que era una mala idea cruzarse con esta persona? Por el último deseo de una preciosa niña, porque pensaba que podría ser la suya.

Esperó que fuera noche cerrada. Sabía que dormía en un parque en la ladera de Montjuïc, lo zarandeó para despertarlo lejos de la vista de la gente. Craso error. Francisco o Paco, como lo

llamaban sus conocidos, sufría *delirium tremens*, llevaba siete días desde el último trago y sufría delirios y alucinaciones.

Su mirada helaba la sangre, sufría agitación y cambios bruscos en su estado mental y de ánimo.

—¿Eres tú quién me ha dejado la moneda? ¿Me estás siguiendo? ¿Eres real? ¿Quieres jugar por tu vida a cara o cruz? —Lo agarró del cuello con firmeza, con su escuálida mano, como si fuera un cascanueces.

Arturo supo que no podría razonar con aquella bestia, que nada de lo que le dijese surtiría efecto y recurrió a la pistola que tenía en la parte de detrás de sus pantalones, por debajo de la americana.

Lo amenazó con ella, pero ese indigente tenía una fuerza inhumana fruto de la locura. Forcejearon y el cañón de la pistola acabó en su paladar. Lo demás es historia. Fin de su historia.

FIN

EPÍLOGO

Paco permaneció una semana a resguardo, escondido como un caracol en su caparazón, hasta que pensó que ya estaría a salvo.

Aquellos días había tenido mucho tiempo de pensar, y de beber. Y de llorar y de sentirse como un miserable. Encontró una tarjeta de visita en la cartera de Carmela, donde ponía que Arturo era un detective privado. Por mucho que quisiera no pensar, las preguntas no se borraban de su mente, es más, a medida que pasaban los días cada vez había más preguntas aglutinadas en su cabeza. ¡Si no salía de allí, se iba a volver loco!

En la agenda de Arturo había direcciones y teléfonos de sitios de Barcelona donde él solía acudir, personas a las que conocía y notas de días de búsqueda. Llevaba meses detrás de él. No entendía nada. ¿Lo estaba buscando? ¿Por qué motivo?

Lo primero fue intentar comprobar si estaba fuera de peligro. Hacía unos años habían comprado un panteón familiar en el cementerio de la Virgen de la Almudena, y como no, Carmela se apoderó de la propiedad alegando que era un bien para sus hijos. En aquel momento estaba tan hundido que hubiera firmado hasta su sentencia de muerte. Creyó que, si la habían enterrado, pensarían que había sido un accidente y no un homicidio involuntario, y que por lo menos esa investigación estaría cerrada. Quería comprobar que todo había acabado y que estaba bajo tierra.

Cogió un taxi y se dirigió al camposanto, al acercarse contuvo la respiración al ver a su hijo mayor, llorando frente a la puerta de la cripta. Agarrando los barrotes roto de dolor. Pensó en correr hacia él, abrazarlo, cubrirlo de besos como cuando era pequeño y se dejaba. Cuando su padre era todo su mundo. Su referente. Su ejemplo a

seguir. Ahora tuvo miedo de ser rechazado, que lo echara de allí a patadas como a un perro. Como a un perro vagabundo apaleado por la mala vida. Tenía tanto miedo al rechazo, a ser dañado de nuevo, que no pudo mover un solo músculo para reunir el valor para caminar hacia él.

Esperó agazapado como el cobarde que era, detrás de los árboles, hasta que Pablo, destrozado y con los hombros caídos, se levantó al encuentro de Luis, que lo esperaba en el camino. Luis, su padre en funciones, lo abrazó con fuerza. Lloraron juntos, acurrucando el rostro del uno sobre el hombro del otro.

Sintió arder su rabia y los celos se hicieron puñales en su corazón. Aquel miserable le había robado a su mujer y le había arrebatado el cariño de sus hijos. Esa escena cercenó lo poco que quedaba de su maltrecho corazón.

Al cabo de unos minutos, Luis levantó el rostro de su hijo Pablo, y él chilló.

—¿Por qué? ¿Por qué tuvo que suicidarse?

Luis lo consoló con palabras que suponía dulces y que no oyó. Se alejaron juntos con los brazos enlazados el uno con el otro como en el símbolo del infinito.

«¿Suicidio? No entiendo nada. ¿Han pensado que Carmela se ha suicidado?», meditó. Y de nuevo emanó en él aquella sensación de irrealidad, como si el destino fuera un mal consejero.

Paco no contenía el dolor y las lágrimas surcaban su rostro mientras las sombras de la tarde se alargaban haciéndose oblicuas.

Cuando estuvieron a una distancia prudencial, se acercó a la puerta del panteón para despedirse de Carmela, para lanzar preguntas que no tendrían jamás respuesta. Y entonces lo descubrió. Y pensó que se había vuelto loco. En el interior de la cripta reposaban dos ataúdes, Carmela, y su hija Ivana. Las coronas que había sobre ellas no dejaban espacio para la duda. Detrás había dos carteles funerarios con las fotos de las difuntas. Le costó reconocer a Ivana, la niña de sus ojos, estaba demacrada y pálida y llevaba el pelo con unos mechones de color rosa.

¿Era su niña la que se había suicidado?

Entonces su corazón colapsó.

Fundido en negro.

Fin de la historia.

A la mañana siguiente el sepulturero lo encontró muerto sobre la losa de mármol de la entrada de la cripta que había pagado.

Pero no lo enterraron junto a ellas, sino en la fosa común.

No tenía suficiente dinero.

Solamente había una moneda que creían que había rodado de su bolsillo.

Marcaba cruz.

Fin de la partida.

NOTAS DE LA AUTORA

Si recreáis en la mente vuestro primer recuerdo de niños, seguramente esa escena estará ligada a las emociones. Recuerdo perfectamente mi escena, estaba sentada en la cama y mi madre me explicaba que había tenido más hermanas que no llegaron a nacer. Recuerdo que lloraba al ver su dolor, percibí su tristeza, aunque no comprendiera del todo lo que ocurría.

Con los años supe que había sido melliza de otra niña y que ella no sobrevivió. Nací a las 26 semanas y llegué a pesar 850 gramos, estamos hablando de 1975. He oído desde que tengo uso de razón que soy un milagro. Sin duda esta experiencia ha marcado mi vida. Ser prematura, permanecer meses en la incubadora lejos del apego materno, esto formó mi carácter tímido y mis inseguridades, no tengo la más mínima duda al respecto.

Cuando estaba cursando psicología, carrera que sin duda elegí para llegar a comprenderme a mí misma y a los demás, estudiamos el caso de los gemelos idénticos y cómo el ambiente influía en sus vidas. Los mismos genes, separados al nacer, los convertían en personas completamente distintas. También una dependencia muy fuerte con el co-gemelo se ha visto como un factor de riesgo de problemas de salud mental (Joseph y Tabor, 1961; Leonard, 1961; Fiegelson, 1983), y un exceso de dependencia interpersonal se ha asociado con una vulnerabilidad a varios trastornos psiquiátricos; por ejemplo, a la esquizofrenia (Jacobs y Mesnicoff, 1961; Kringlen, 1967), la anorexia nerviosa (Bruch, 1969), y la depresión mayor (Bornstein, 1992; Sanathana et al, 2003).

El Trastorno de Identidad Disociativo, antes conocido como Trastorno de Personalidad Múltiple, suele estar asociado a los abusos

físicos, sexuales o emocionales a largo plazo durante la infancia, pero también están ligados a eventos traumagénicos. La muerte de Valen, instigada al suicidio por Tina para que llegue al convencimiento de que deben quitarse la vida, provoca que otra de sus personalidades haga acto de presencia. En este caso una personalidad vengativa primaria que ataca a Tina mediante autolesiones.

Por otro lado, la muerte diádica es la muerte de dos o más personas estrechamente vinculadas entre sí, incluye los pactos suicidas (PS) y los casos de homicidio-suicidio. Los suicidios dobles (SD) y (PS) son casos extremadamente raros. Clásicamente, se han descrito en cónyuges o amantes, pero también hay casos de gemelos. Cuando hay un pacto suicida, siempre hay una figura más inductora que la otra, más proactiva, en este caso Tina.

Sigo con el convencimiento de que un trauma te alcanza, te mastica y te escupe siendo otra persona. Te cambia la vida.

Espero que os haya gustado ser parte de esta historia.
Gracias de corazón.

AGRADECIMIENTOS

A Maite, mi ángel literario. Gracias por seguir creyendo en mí y darme alas para volar.

A mis lectores Beta, Maru, Maribel, Lourdes y Andreu, gracias por vuestras críticas y elogios. Me ayudáis a mejorar y seguir creciendo.

Como diría Stephen King a mis lectores constantes, gracias de corazón por estar de nuevo ahí. Me encantaría saber vuestra opinión en IG @ana.masago.escritora

[1] En inglés mad significa loco o enojado.

[2] La saponificación o Adipocira, es un cambio físico de la grasa corporal, que por medio de la hidrólisis se convierte en un compuesto ceroso similar al jabón. Suele comenzar en las zonas con más grasa, como las mejillas y las nalgas.

[3] Antes de morir por asfixia, el cerebro experimenta una serie de cambios notables debido a la falta de oxígeno. Inicialmente, hay una disminución de la actividad cerebral y pérdida de conciencia. Posteriormente, se pueden observar patrones de ondas cerebrales que sugieren actividad relacionada con la memoria y la recuperación de recuerdos, incluso después de que el corazón se ha detenido. Finalmente, las células cerebrales mueren, lo que lleva a la muerte cerebral.